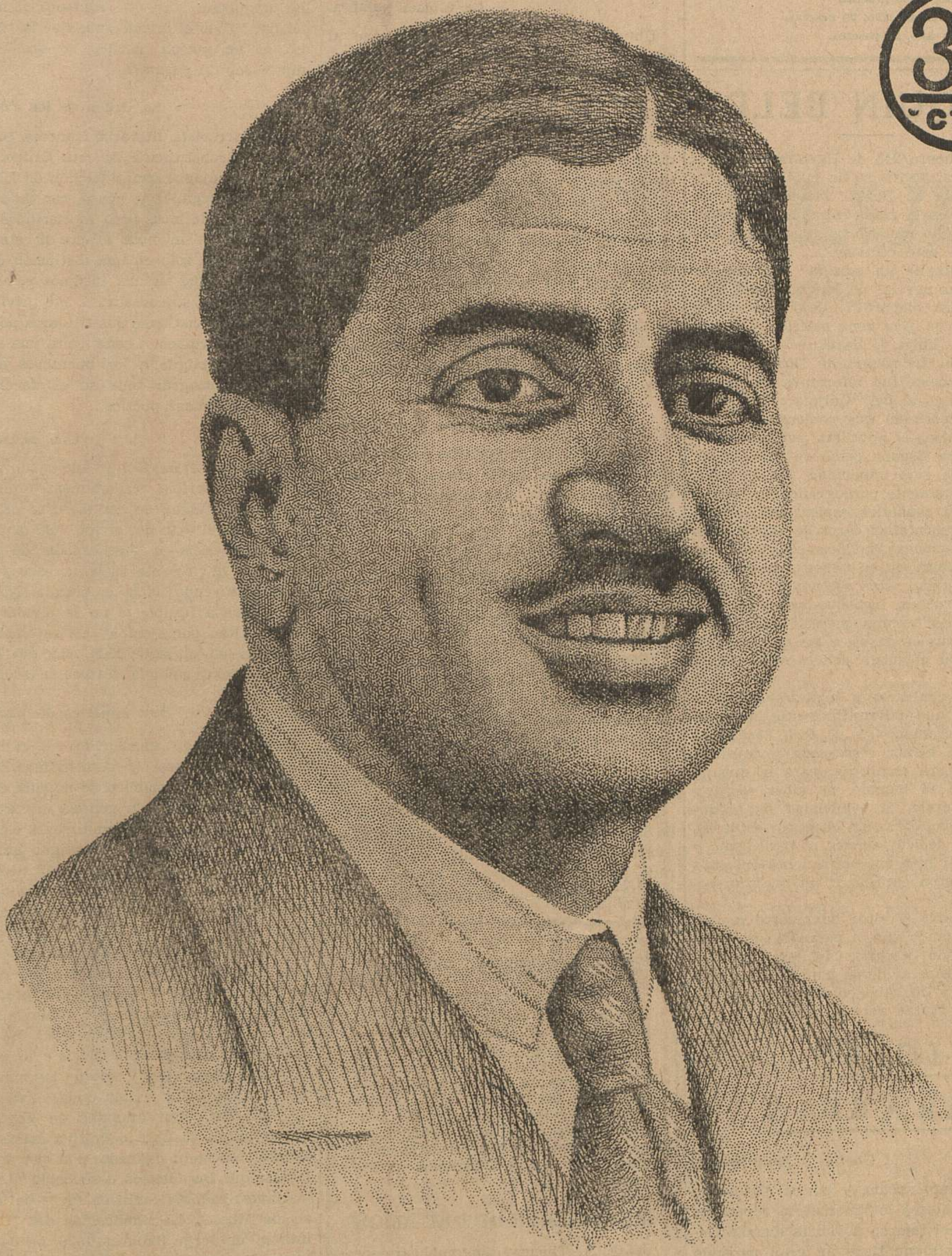
EN EL PAIS DEL BLUFF

(Veinte días en Nueva York)

Por JOAQUIN BELDA

(NOVELA DE AVENTURAS)

30 cts.



Revista literaria
Publicación semanal

"NOVELAS Y CUENTOS"

Todo el mundo se agrupa ante las locomotoras; llevábamos dos; dos monstruos de acero, que ahora resaltan más su monstruosidad, gracias a la forma en que han quedado colocadas.

La primera ha volcado sobre su costado derecho, y parece dormir, para siempre, en una postura violenta; la segunda, casi sin salir de la vía, ha encontrado más cómodo encaramarse en lo alto de un vagón, como los perros cuando juguetean por la calle..., pensando en la procreación de la especie.

La cosa está muy clara: el tren, que no tenía que parar en esta estación, pues para en muy pocas del trayecto, encontró su vía de paso interceptada por unos vagones de mercancías. Menos mal que los divisó relativamente a tiempo y pudo disminuir algo la marcha; de sobrevenir el choque con la velocidad que llevábamos, ¡Dios sabe dónde hubieran ido a parar nuestros huesos!

¿Quién puso allí aquellos vagones?... Ya comprenderá el lector que yo no lo sé. En España, cuando ocurre un caso de éstos, los periodistas, que son todos muy listos, afirman estar en el secreto; aquellos vagones se hallan en una vía que no es la suya, porque los empleados de ferrocarriles cobran muy poco sueldo, comen y duermen muy poco, y tienen, por ello, la cabeza muy débil.

Pero aquí un mozo de estación cobra casi cuatro *dollars* al día, y trabaja menos de ocho horas, de modo que eso de los vagones fuera de su sitio no sé por qué será.

Al cabo de media hora vino una máquina, se enganchó a la cola del tren, es decir, a la terraza, donde yo volví a ocupar mi puesto, y nos sacó de allí, andando en sentido inverso al que traíamos.

Gracias a la abundancia de líneas en todas direcciones no perdimos más que cuatro horas en volver, dando un rodeo, casi al punto de partida, en la línea general. El exceso de tráfico que aquí hay por doquier, dificultó no poco la operación; nuestro tren, y todos los que venían detrás, en ambas direcciones, eran trenes con los que no se contaba en el cuadro del horario corriente.

A veces teníamos que estar parados veinte minutos en una estación—cosa aquí insólita—esperando vía libre; otras había que dar marcha atrás para evitar un cruce. Un verdadero lío a causa de la interrupción de la que podríamos llamar vía principal.

Se hizo de noche y, a la tarde siguiente, poco antes de llegar a Nueva York, uno de los empleados del tren fué entregándonos a los viajeros el "ticket" de suplemento de lujo, por el cual habíamos pagado tres *dollars* setenta en la estación de San Luis.

Ese dinero nos fué devuelto al apearnos del tren y sin más que presentar el citado "ticket" en una taquilla de la estación. No se crea que era un obsequio que nos hacía la Compañía para compensarnos de alguna manera las cinco horas de retraso; siempre que el llamado tren de Pensilvania llega a la estación neoyorquina de ese nombre aunque sea con un solo minuto de retraso sobre la hora marcada, el viajero recibe como devolución la cantidad que ha pagado de exceso por ir en ese tren de lujo.

¿Eh? ¿Qué tal, señoras Compañías ferroviarias europeas... y sobre todo españolas? ¿Están ustedes muy acostumbradas a esta clase de devoluciones?

Confieso, aunque la confesión parezca un poco prematura en la marcha de este relato, que de las muchas cosas admirables que he podido ver en el país de Jorge Washington y de Charlot, esta del suplemento del tren de Pensilvania es de las que más me han convencido.

El lector me creerá si le digo que llegaba a Nueva York con cierta emoción. Había aún luz en este atardecer de mayo, y yo, desde hacía un rato, buscaba ansioso con la vista algún detalle que me avisara de la proximidad de la gran ciudad.

Pero ese detalle no se presentaba; una bruma difusa en el horizonte, que delataba la proximidad del mar, unas calles de algo así como una barriada obrera... No, no podía ser aquello Nueva York.

Y no lo era, en efcto; apenas eran las primeras calles de Nueva Jersey.

De pronto, el tren, que caminaba ya con locomotora eléctrica, se metió en un túnel; una galería larga, muy larga, que no se acababa nunca.

Yo me alegré de que se prolongase aquella marcha por las tinieblas; mi experiencia de los viajes me hacía pensar que después de aquel túnel cambiaría por completo el panorama. Seguramente a la salida se presentaría a la vista del viajero el cuadro espléndido de la ciudad de los rascacielos.

Por fin empezó a hacerse la claridad; pronto saldríamos de allí. La vista se aguzó, creció la tensión emotiva de la curiosidad. ¡Ya salíamos a la luz!

Casi en el mismo instante el tren se detuvo; no había horizonte alguno, y sólo se veía otro tren parado enfrente, y una fila de mozos de estación, que se deshacía para acudir presurosos cada uno a un sitio del convoy.

¿Qué es esto?

Cuando fuí a mi asiento del coche Pullman, uno de los mozos golpeaba en los cristales, dándome prisa para que descendiera mis maletas por la ventanilla.

—Pero ¿es posible que hayamos llegado? ¿Así, de repente?

Así era. El viajero entraba en Nueva York, después de pasar un túnel colosal bajo el río Hudson, como entran en las casas que pretenden robar, los ladrones que practican un escalo.

En Nueva York el túnel de escalo va a parar al salón principal de la casa; la estación de Pensilvania se encuentra situada entre las calles 33 y 31—la 32 la ocupa ella en su eje—y las avenidas 7.ª y 8.ª; es decir, en el corazón de la ciudad.

Cuando sube uno de los andenes al gran *hall* central, de columnas macizas y techumbre de templo babilónico, experimenta esa sensación extraña, que es la predominante los primeros días de estancia en Nueva York, y que luego se va desvaneciendo poco a poco; la sensación de que le falta a uno estatura para vivir en una ciudad tan... alta.

Se ven aquí pocos hombres bajos, pero los pocos que hay deben sentirse humillados; muchos edificios de aquí no son para ellos. Desde luego en la estación de Pensilvania han podido ahorrarse unas cuantas toneladas de material; porque hay que suponer que no todos los viajeros que entren y salgan por ella serán de la talla de don Alberto Aguilera, que en paz descanse, o de don Luis Mazantini.

Uno, cuando habla con el público, debe confesar humildemente sus errores; yo, al llegar a Nueva York, cometí uno colosal. Ya hemos quedado en que aquí todo ha de ser colosal.

Y ese error, del cual nunca me lamentaré bastante, fué el de ir a hospedarme al Hotel América. Yo quiero hacerle aquí el reclamo gratuito a ese hotel, obedeciendo al principio de solidaridad humana, en virtud del cual, si uno ha tropezado en un pedrusco del camino, debe advertir al viajero que viene detrás, para evitarle que tropiece él también.

El Hotel América está situado en una de las calles más simpáticas de Nueva York, la 47; a cincuenta metros del Broadway, que es, como todo el mundo sabe, la columna vertebral de Nueva York; el sitio es excelente.

Pero aquí acaban todas sus excelencias; sus dueños, como si creyeran que bastaba con la situación, habían abandonado todo lo demás; y gracias a su incuria y a su antipatía, habían hecho de un hotel, del centro de Nueva York, un fonducho de una de esas capitales de provincia españolas en que se conservan puras las tradiciones de la raza, pero en las que el alcantarillado es una cosa exótica y pecaminosa.

La grosería de los empleados del Hotel América, latinos muchos de ellos, es proverbial entre las colonias españolas y sudamericanas de la gran ciudad. Allí no hay simpático nadie más que los botones, unos muchachos españoles—uno de ellos madrileño—y americanos, que parecen tener empeño en hacer olvidar, con sus atenciones y finezas al viajero, la mala educación de los gerentes del *fondín*.

Me dieron una habitación en el primer piso, con cuarto de baño adjunto y tres ventanas a la calle. No era mala ni cara; lo hago constar así porque en este libro me he propuesto no decir más que verdades, aunque algunas de ellas parezcan contradecirse entre sí.

Yo, sin embargo, me marché a la calle cuanto antes.

Iba a la aventura, pero con el plano de la ciudad en el bolsillo; orientarse en Nueva York es cosa fácil, como lo es en San Sebastián o en Buenos Aires. Se trata de una simple operación geométrica; todo sitio de la ciudad, salvando la parte baja, está dentro de un cuadrado, o, si ustedes quieren, de un paralelogramo; y a cualquiera de los lados de ese cuadrado se llega sin más que seguir una recta.

Yo, en esta mi primera salida, fuí derecho al Broadway, después de cruzar la 7.ª avenida.

Aunque no era de noche cerrada aún, se habían encendido ya muchas luces de ese túnel mágico, único en el mundo, que es el Broadway. Y no eran las del alumbrado público; aunque todas las luces de él se apagasen de pronto en la espléndida vía, ésta seguiría convertida en un ascua, en un lingote de oro fundido, que atrae y seduce al transeúnte, como el decorado de una fantasía en el país del Sol.

Son los anuncios luminosos de los cines, los teatros, los restoranes y los *dancings;* son los escaparates de los comercios, iluminados aun después del cierre, hasta muy avanzada la noche; los monstruosos, los gigantescos anuncios de autos, de productos

farmacéuticos, de helados, de todo lo vendible, que cruzaban las fachadas de las casas, que triunfaban en lo alto de las cornisas y de los tejados, que salían a veces hasta el centro de la calle, suspendidos de armaduras a las que el mismo reflejo de la luz hace invisibles.

Era domingo, y a esta hora la ciudad recobraba ya su aspecto de colmena humana, que perdía siempre durante las jornadas festivas; la gente, que volvía del campo o de las playas vecinas, traía ese aire decidido a gozar de la noche de quien, de vuelta de un contacto con la Naturaleza, comprende que la ciudad tiene también sus encantos.

Al llegar al Circo Columbus torcí a la derecha, por la calle 59. Tenía yo prisa por conocer la 5.ª avenida, la famosa 5.ª avenida de los millonarios, por la cual, según la leyenda que corre por Europa, se pasean a diario los reyes del petróleo, del carbón, de los abonos químicos y de unas cuantas porquerías más, encendiendo con billetes de cien *dollars* sus buenos tabacos de La Florida.

Sabía yo por el plano que la tal avenida no estaba lejos, y a ella me encaminé.

Ya había cerrado la noche. Viniendo de Broadway, esta parte de la ciudad parecía oscura; a mi izquierda quedaban las verduras del parque central, un poco confusas en la oscuridad.

Se veían casas señoriales, de vestíbulos solemnes y acogedores a un tiempo; al llegar al cruce de la calle 59 y la 5.ª avenida, el terreno se abría en una plaza, que tenía, precisamente, ese mismo nombre en castellano, *plaza,* y en la cual estaba el hotel también así llamado, sin disputa el más bello de la ciudad.

Blanco, de veintitantos pisos, no tenía ese aire fúnebre y negruzco del Waldfor Astoria, por ejemplo, ya muy adentro de la 5.ª avenida; y, compitiendo con él en suntuosidad y grandeza, le llevaba la inmensa ventaja de tener los balcones de una de sus fachadas asomados a la colosal esmeralda del parque central.

Casi enfrente de él estaba el antiguo Hotel Savoy, donde vivió tanto tiempo Enrique Caruso; hoy el hotel estaba en liquidación, y muy pronto desaparecería. Diríase que al morir el gran cantante, que fué en Nueva York un ídolo del público, la casa en que habitó no había podido sobrevivirle.

La 5.ª avenida que yo veía ahora no era la famosa que vi después en plena luz del día de una jornada de trabajo. Sin la luz y la animación del Broadway, cuadraba ahora bien con la idea que yo, por lecturas y por lo que había oído decir, me había formado de ella; una vía elegante, apartada del bullicio comercial del centro, donde unos ricachos pretendían olvidar, en el reposo de sus viviendas suntuosas, que lo eran gracias a la fiebre del tráfico y de los negocios.

Pero no era eso ciertamente la 5.ª avenida; en días sucesivos pude verlo.

¡Qué difícil es informar a los demás con el simple relato de lo que se ha visto! ¡Y qué poco honrados suelen ser, por lo general, los viajeros cuando relatan lo que han visto en sus viajes!

La 5.ª avenida, ahora, en una noche de domingo y de verano, era una calle medio en tinieblas, a la cual, como a muchas de Nueva York, hacía parecer estrecha la altura de los edificios. Las formas y proporciones de éstos había que adivinarlos en medio de la oscuridad, mirando a veces muy a lo alto para ver el punto en que la masa de ladrillo y cemento armado dejaba espacio libre al cielo.

Convencido de que no era ésta la hora más a propósito para ver la 5.ª avenida, torcí por una calle a mi derecha, que resultó ser la calle 42.

Es ésta una de esas calles de la ciudad que, de cuando en cuando, varían el ancho de la mayoría de ellas, como para dejar que el aire circule más libremente. Al seguir por ella, en esta mi primera noche de Nueva York, no me hubiera sido fácil sospechar el papel que la tal calle 42 iba a desempeñar en la pequeña historia de mi breve estancia en la gigantesca ciudad. Pero si yo fuese de los que creen en los presagios diría que el hecho de que yo ahora me dedicase a pasar casi toda la noche en esa calle era un capricho razonado del destino.

Muchos escaparates estaban abiertos, aunque no todos iluminados; deteniéndome en ellos pude observar algo que en los días sucesivos comprobé plenamente; la observación es ésta: Nueva York es una ciudad barata.

Barata, claro es—y esta advertencia parece mentira que sea necesario hacerla—, en relación consigo misma, que es con quien se debe relacionar.

Y digo esto—para que nos entendamos bien—, porque muchas veces me ha ocurrido, al hablar de los precios de las cosas y decir yo, por ejemplo:

—En Milán un bisté con patatas vale dieciséis liras.

Encontrarme un idiota que se las daba de listo y me contestaba:

—Sí; pero tenga usted en cuenta que dieciséis liras son cinco pesetas.

Esto no es más que una prueba de lo mal que funciona, por lo general, el cerebro humano. Cada país tiene su moneda y con ella se vive, independientemente, de lo que por ella den al cambiarla en las fronteras o en las casas de cambio. La mayoría de los que han de pagar ese bisté—volviendo a mi ejemplo—, en Milán, son italianos, viven con liras italianas, que es con lo que les pagan su trabajo o sus rentas, y en una ciudad como Milán, que es hoy, no sé por qué, una de las más caras del mundo, si un trabajador cobra quince liras diarias, o un empleado veinte, el precio de ese bisté es una atrocidad. Tanto más, cuanto que en Roma, en Venecia, en Nápoles, en el resto de Italia, ese trabajador y ese empleado cobran lo mismo..., y ese bisté no cuesta más que siete liras.

¿Está esto claro?—como decía don Antonio Maura... cuando decía algo.

Pues discurriendo así, que es como discurre todo el que no lleve un broche en el sitio del cerebro, yo afirmo que Nueva York es una ciudad, no barata, baratísima.

En ella el sueldo medio de un empleado son seis *dollars* diarios, y el jornal medio de un trabajador cuatro; y un par de botas cuesta cinco *dollars,* un traje veinte, se come por setenta y cinco centavos en un restorán casi de lujo, y el pasarse un día entero haciendo viajes en el ferrocarril subterráneo—el metro, señor Isidro—no cuesta más que cinco centavos.

¿Es o no barata la vida en la ciudad de Nueva York?

Yo, en ésta mi primera noche, me metí a comer en un restorán de la calle 42; era un poco tarde, y se había pasado la hora de comer al cubierto, cuyo precio era de un *dollar;* tuve que hacerlo a la carta, y pagué un *dollar* cincuenta centavos por una comida que en Madrid me hubiera costado quince pesetas, y en París cuarenta francos.

Y después, viendo en los escaparates de aquellas tiendas de lujo de la calle 42, camisas a dos *dollars,* frascos de colonia a cincuenta centavos y pijamas de seda a doce *dollars,* me acordaba—el recuerdo era inevitable—de algunas ciudades de la vieja Europa, como aquel Milán, donde ocho meses antes había yo pagado doce liras por un plato de macarrones, o aquel Madrid, que, con sus precios para millonarios, había tenido la poca habilidad de copiar los defectos de las grandes ciudades, sin imitar una sola de sus verdaderas grandezas. Pero, pasemos...

Volví al Broadway, y me encaminé a mi hospedaje; tuve otra vez la sensación de hallarme en un túnel luminoso, en el escenario de una comedia de magia.

Y aunque tenía mucho sueño y los cinco días seguidos de tren, desde la capital de México, me pesaban un poco en el cuerpo, me sentí reanimado a la vista de aquellas criaturas que, en grupos o sueltas, salían de los cines o de los teatros.

Eran bonitas, muy bonitas en su mayoría; tipos finos y de selección, caras de cromo, pero de cromo vivo y que sonríe. Porque cuando oigan ustedes decir en Europa que las yanquis son feas, lleven a los tribunales al que lo diga, por calumniador.

Muchas de ellas llevaban el sombrero en la mano, para lucir la esplendidez de unas cabezas divinamente cuidadas y, ¡eso no hay que decirlo!, de pelo cortado. Era de agradecer que lo hiciesen, porque en ninguna parte del mundo, ni en París, ¡que ya es decir!, se convence uno, como en Nueva York, de hasta qué punto una cabeza de mujer puede ser una obra de arte.

Pero ya se hablará de esto más despacio.

Ahora, con permiso de ustedes, me voy a dormir.

* * *

Me levanté muy temprano a la mañana siguiente.

A las ocho en punto tintineó enérgico el timbre de mi teléfono, colocado a la cabecera del lecho. Me llamaban desde abajo, conforme había yo pedido la noche antes al retirarme.

Salí pronto a la calle. Aquel trozo de la 47, entre la 6.ª avenida y el cruce de la 7.ª y el Broadway, es de los parajes más simpáticos de Nueva York.

En la acera donde está el Hotel América hay otros varios hoteles separados de ella por unos escalones que, quitando uniformidad a los edificios, hace a éstos semejantes a casas de ciudad-jardín; enfrente hay una iglesia, pero no un templo imponente y suntuoso como los de la 5.ª avenida, sino una iglesita modesta, aunque elegante, que parece alzada allí para uso exclusivo de los vecinos del barrio.

Bares y restoranes, que recuerdan llorosos los buenos tiempos en que se podía beber alcohol... públicamente, animan la vía a cada paso; algunos de ellos tenían un aspecto rústico y campestre, como los de algunas casas de las playas francesas, que

servían para proporcionar un refugio sedante en medio de las turbulencias de la ciudad, que por todas partes les rodeaban.

Salí de nuevo al Broadway y seguí hacia abajo, hacia la parte baja de la ciudad; era lunes, la gente trabajaba, y la animación de las calles adquiría una densidad extraordinaria. Había empezado a hacer calor, preludio del feroz y africano, que se dejaría caer sobre la ciudad en los días siguientes; pero el calor de Nueva York no es, por lo que yo he podido observar, un pretexto para que la gente deje de trabajar; con una temperatura de fuego, sudando a chorros, la gente sigue en su faena, como en los fríos polares de los meses de enero y febrero.

Abandoné el Broadway y me metí por la 7.ª avenida; había andado un buen trecho por ella y vi una librería grande, lujosa. Un poco a la aventura penetré en ella, pues en realidad no sabía a lo que iba.

Había yo oído decir diferentes veces que mis libros se vendían bastante en Nueva York; yo, que soy algo escéptico y temo siempre a la vaguedad de las informaciones, al deseo de halagar del que informa, quería explorar, quería ver por mi cuenta.

Me dirigí a la sección española, donde tuve la fortuna de encontrarme con un señor que hablaba el español bastante bien La cosa no es perogrullesca, pues, por ejemplo, la señorita encargada de la sección española de la casa Dalton, en la 5.ª avenida, dice ella que habla español, pero no sabe decir más que "muy bien", y aun eso lo dice muy mal.

Este señor de la casa Brentano's, que era la librería donde yo había entrado, y que es la misma que tiene casa en la avenida de la Opera, en París, me enseñó el depósito de libros españoles: allí vi obras de Felipe Trigo, de Linares Rivas, de Retana, de Pedro Mata, mías, pero, sobre todas, y en mayor número que todas, de Blasco Ibáñez, de Pereda y de Alarcón.

Sí, porque los que nos llamamos—desde hace veinte años—escritores jóvenes, seremos muy listos, tendremos mucho talento y seremos muy guapos, pero cuando el público de fuera quiere saber algo de las letras españolas se refugia en la producción de los viejos maestros.

Mi cicerone me recomendó que visitase la nueva casa que la librería Brentano's inauguraba por aquellos días en la calle 47, donde yo vivía precisamente.

—Allí está la provisión mayor de sus libros de usted—me dijo—. Se venden muy bien.

"¡Bendito sea Dios!—dije yo para mis adentros—. A ver si todavía voy a tener que hacerme ciudadano norteamericano..."

Al llegar a la calle 14 bajé por la avenida de Greenwich, sumergiéndome así, de golpe, en la parte vieja y sucia de la ciudad. El cambio era radical y completo; parecía la mutación del decorado de un teatro.

Las calles dejaban de ser elementos de una cuadrícula gigantesca, quitándole a uno un poco la pesadilla de las vías en ángulo recto y tiradas a cordel. De pronto, en aquel dédalo, aparecía un espacio abierto, una explanada rodeada de edificios gigantescos; era la plaza Wáshington, una de las más bonitas de la ciudad, un trozo de la urbe moderna que se metía como una cuña entre la parte antigua, sirviendo de vestíbulo de la nueva; de ella arrancaba la 5.ª avenida, siguiendo en línea recta—ni que decir tiene—hasta el infinito, pues en Nueva York, para hablar de la longitud de las calles, hay que apelar siempre a denominaciones que caen fuera del dominio de las matemáticas.

En un ángulo de la plaza estaban las ruinas de la Giralda de Sevilla. Sí, de la auténtica Giralda de Sevilla. Hacía algún tiempo alguien había tenido el capricho de edificar allí una imitación perfecta de la torre sevillana, famosa en el mundo entero, y ahora la derribaban para edificar sobre sus ruinas una casa de *ene* pisos.

Ya casi no quedaban más que escombros; con un poco de buena voluntad se podía distinguir aún el zócalo del famoso monumento, en el cual habían mordido ya las piquetas destructoras. Muy pronto todo aquello quedaría convertido en polvo.

Seguí hacia abajo. Me encontré de improviso en pleno barrio italiano; yo sabía que en Nueva York existía un rincón de la ciudad, en el que la lengua del Dante se hablaba como en Florencia, pero no tenía idea de que estaba por allí; me lo dijo, antes que el oído o los letreros de las tiendas, el cruce con unas cuantas mujeres.

Eran morenas, guapetonas, con ese aire fuerte y decidido que tienen, en general las mujeres italianas, especialmente las de Roma y Nápoles.

—¿Es posible que estas mujeres sean americanas?—me decía.

Pronto vi que no. El barrio estaba lleno de restoranes en que la pasta y el queso parmesano eran el adorno principal de sus vitrinas; había muchas agencias de navegación en que se ofrecía, por un precio relativamente barato, el transporte a Italia, con billete de ida y vuelta, de todo el que quisiera ir a respirar, al menos por unos meses, el aire suave de la patria latina.

Me fijé en los tipos. No cabía duda; aquello parecía una de las calles de Nápoles que suben desde el puerto a la antigua calle de Toledo. Se hablaba a gritos, se discutía..., y no era raro encontrar en el pavimento la cáscara de alguna fruta.

Seguí hasta la calle del Canal, ya francamente Nueva York antiguo, y, después de andar un rato por ella, subí por la de Lafayette a buscar de nuevo Broadway.

Era el mediodía; las calles se llenaban de empleados que salían a comer, de modistas, de muchachas de los comercios y de las oficinas. Quise tomar un tranvía que me llevase hasta la 47, y tuve que ir un buen trecho de pie en el estribo.

Por fin me senté; detrás de mí dos muchachas españolas hablaban en su idioma; de su conversación se deducía que llevaban algún tiempo en Nueva York, que estaban empleadas en un comercio y que una nueva paisana, recién llegada de España, acaso, se había presentado a solicitar colocación en la misma casa.

Después de un rato de oírlas sin verlas, quise ver cómo eran; la curiosidad pudo en mí más que la discreción, y, disimulando todo lo que pude, me volví a mirarlas.

Eran dos perfectas americanitas; el tipo, el gesto, la manera de vestir, todo se lo habían asimilado a la perfección. Y para que la cosa fuera más exacta, una de ellas era rubia, de ese rubio entre miel y oro, que tanto abunda en Norteamérica.

Las dos muchachas, aunque españolas netas sin género alguno de duda—no había más que oírlas hablar—, si ahora de repente hubieran vuelto a España y se hubieran presentado en la calle de Alcalá, habrían sido dos muestras de eso que allí se llama tipo exótico. Y ése es, precisamente, nuestro gran problema en todo; hemos perdido el tipo clásico y neto español; nuestras mujeres se visten a la francesa, o creen ellas que van vestidas así, pero cuando se presenta entre nosotros una francesa de verdad, nos parece rara y exótica. Y así en todo.

Estas españolitas del tranvía eran una exquisita excepción a la regla.

Aquella tarde, a pesar de que el calor apretaba ya bastante, quise recorrerme a pie una parte de la 5.ª avenida; entré en ella por la calle 34 y la dejé en el parque central.

¡Qué diferencia de lo imaginado a lo que ahora veía! No digo que la realidad fuera peor; digo que era diametralmente opuesta. Porque en Europa se tiene una idea de la 5.ª avenida absolutamente equivocada.

Ella y Broadway son las dos calles de movimiento más intenso en Nueva York, y lo primero que le choca a uno es que estos millonarios, estos reyes poderosos de hoy día, hayan elegido para instalar su hogar uno de los parajes de la ciudad donde el ruido es mayor.

No importa que paren poco en sus palacios urbanos y que pasen la mayor parte del tiempo en sus fincas del campo; el caso es que cuando quieren habitar en la ciudad han de hacerlo a la orilla misma de este gran río de la 5.ª avenida, lleno de cataratas tumultuosas.

Entre él y su hermano gemelo el Broadway, hay esta diferencia: En este último están los teatros, los *dancing* y los cines, mientras en la avenida están los comercios de gran lujo, los grandes almacenes, las casas en que los precios no están al alcance de todas las bolsas.

Es bella y es grandiosa esta 5.ª avenida. La manía del rascacielo la ha estropeado un poco, y aunque no están en ella los más elevados de la ciudad, con los que hay, sobra para que parezca estrecha y como ahogada una de las vías más amplias del mundo.

Y, desde luego, la más amplia de Nueva York.

Entré en la librería Dalton, que fué la casa editora que lanzó al mercado las traducciones inglesas de las obras del maestro Blasco Ibáñez; no es muy grande, aunque sí puesta con mucho gusto. Subí a las oficinas, que están en uno de los pisos altos de la casa. Observé que allí, como en muchos centros similares de Nueva York, la mayoría del personal es femenino; pero de todo el personal, el director inclusive.

La mujer no es una simple empleada auxiliar, como en otras partes donde la infeliz hija de Eva ha creído que se emancipaba en cuanto ha entrado en una oficina para escribir a máquina las mismas faltas de ortografía que antes se cometían por medio de una pluma.

Aquí el hombre considera, por lo visto, que cierta clase de negocios, el del libro, por ejemplo, se llevan mejor con la delicadeza y con la vanidad femenina, que con el empuje un poco atropellador del macho. Yo creo que no les falta razón del todo; y ampliando un poco el concepto me permito opinar que dentro de algunos años sólo escribirán novelas las mujeres y algunos hombres de esos que, al venir a este

mundo, equivocaron la salida del claustro materno.

Será como el bordado o el encaje de bolillos. Hoy en día ya es muy considerable en los Estados Unidos el número de mujeres que escriben novelas o piezas de teatro.

Al final de aquella parte de la 5.ª avenida penetré en el parque central. Salvo en su extensión, en lo demás la nota de colosal falta en este jardín público, de una indudable belleza. Yo hoy no vi más que una parte de él, el extremo que bordea la calle 59. Salí a la llamada calle del parque central, que no es más que la continuación de la 8.ª avenida, y es una de las vías donde hay edificios más suntuosos en todo Nueva York.

Yo iba a la calle 71, porque en ella, esquina a Broadway, está el Hotel Allamac, y en el Hotel Allamac tiene su despacho Miguel de Zárraga, y quería yo fuese para él mi primera visita de amistad en Nueva York.

Poco a poco, barrio por barrio, iba descubriendo la ciudad; vi el soberbio edificio del Hotel Majestic, frontero a las verduras del parque en su fachada principal; y pude ver también, que en todas aquellas calles que salen del parque y van a morir a Broadway la vida ciudadana se muestra más tranquila, más sosegada, como en un oasis de recogimiento elegante.

Sólo por la avenida Columbus circula estrepitoso y productor de neuralgias el tren elevado, esa gran estupidez de Nueva York, condenado a muerte en plazo más o menos lejano.

El Hotel Allamac es un hotel acogedor y señorial, y uno de los baluartes de las colonias cubana y mexicana, de paso en Nueva York..., con dinero abundante en el bolsillo. En su tercer piso—el hotel tendría lo menos quince—, y en dos espléndidas habitaciones que dan al chaflán de Broadway, tiene su despacho Miguel de Zárraga.

Cuando yo llegué a verle estaba trabajando, en compañía de su secretaria-dactilógrafa, una señora muy joven, que había tenido el capricho de nacer en Smirna, y había llegado a Nueva York hacía unos cuantos años, hablando un castellano antiguo, donde abundaban los *vos* y los *nos*, que ya lo quisieran para sus diálogos los modernos evocadores de nuestro teatro clásico.

La secretaria de Zárraga era una mujer inteligente; yo no creo que se pueda hacer un elogio mayor de una hija de Eva, pues las ideas de mujer y de inteligencia son de por sí tan antagónicas, que cuando por acaso se ven reunidas hay que extremar el ditirambo.

Zárraga me acogió como acogería a un hermano que cayera de la luna; y digo de la luna porque él no sospechaba nada de mi estancia en Nueva York. Me preguntó, me habló de mil cosas, me presentó por teléfono a unas cuantas personas... y ya no me soltó. Juntos comimos, juntos fuimos al teatro, juntos volvimos a comer a la salida; fué mi providencia, mi guía y mi cicerone en aquella noche neoyorkina.

Charlando, charlando, se nos fué pasando el tiempo, y, cuando nos quedaba el justo para comer de prisa e ir al teatro, salimos del hotel; porque en Nueva York, como en todos los países civilizados, el teatro empieza muy temprano y se acaba antes de las doce de la noche.

Para comer de prisa hay un medio infalible en Nueva York: el restorán automático.

En la plaza de Cataluña, en Barcelona, hay, o había en mis tiempos, un bar automático, pero eso es otra cosa.

En la esquina de la calle 72 tomamos el *Subway*, que nos dejó en la 50. Viajé así, por primera vez, en el *metro* neoyorkino; es más amplio y tiene más material que el de París; no tiene en las estaciones esos floripondios ni esos adornos de galería balnearia que tiene el de Madrid; pero, en cambio, para bajar a él desde la calle no hay que descender más que dieciocho o veinte escalones; no hay que hacer ese alpinismo de bajada o subida de un pozo, que es obligado en el de la villa y Corte, y que quita toda ventaja y toda comodidad a tal medio de transporte.

Pero, en cambio, además, corre mucho más que los de París y Madrid juntos; su marcha, sobre todo la de los trenes *express*, que sólo paran en determinadas estaciones, es de vértigo, de exhalación.

Cuando, al cabo de unos segundos, sale uno de nuevo a la superficie, se da cuenta de dónde está y recuerda el sitio de la ciudad de donde procede, cree haber soñado o haber sido transportado en brazos de una de esas hadas de cuento fantástico.

Este hada del *Subway* neoyorkino, aunque no es tan generosa como la de los cuentos, que no cobra nada por el pasaje, lo es bastante, pues sólo pide cinco centavos por entrar en sus dominios. El ciudadano que tenga humor puede pasarse por ese precio—unos treinta céntimos españoles—viajando todo el día por las entrañas de la gran ciudad.

Fuimos al automático de Broadway, frontero casi a la calle 47. Nada más divertido que uno de estos locales. Zárraga me iba dando instrucciones.

—Tome usted una de esas bandejas y coloque en ella los cubiertos necesarios... Ahí tiene usted, también, las servilletas.

Todo estaba colocado encima de unos tableros de mármol a la disposición del público.

—Ahora yo voy allí a cambiar dinero, a que me den piezas de cinco centavos, níqueles, como les llaman aquí, pues son los que hay que echar en las aberturas de esos estantes.

Dos muros enteros del amplio local estaban llenos de unos a modo de armaritos de cristal, cuya tapa se levantaba después que había usted depositado las monedas en la ranura contigua y dado una vuelta a un resorte. En ellos había de todo, desde la bandeja con los panecillos y un trocito de manteca, hasta el sabroso *ragout* o el *tournedó* con macarrones.

Todo estaba por orden, con objeto de que el ciudadano, armado de su bandeja y de un apetito regular, no tuviera que ir de un lado a otro del local para confeccionar su menú; primero el pan y lo que podríamos llamar entremeses: ensaladas de lechuga, de tomate, de patatas; luego los platos ligeros: los bocadillos, los huevos cocidos o al plato, las tortillas; se abría un paréntesis para los postres: pasteles de variedad infinita, helados, confituras, y luego venían los platos serios: guisos solemnes, amados de Rabelais y de Luis de Araquistáin: bistés en todas sus formas, *rosbifs* sonrojados, pasteles de liebre y de ternera, *entrecotes* solos o en la dulce compañía de unas patatas...

Cada una de estas viandas ocupaba ella sola su casillero; una plaquita de porcelana indicaba el nombre de la mercancía y el precio, es decir, el número de níqueles que había que introducir por la ranura. Los platos que lo requerían estaban calientes, mantenidos dentro de su encierro, a una temperatura que obligaba muchas veces a tener cuidado con los dedos al ir a cogerlos. Y cuando la mayoría de los casilleros de una columna estaban vacíos, ésta daba la vuelta, y unas manos misteriosas se encargaban de reponer las bajas alimenticias.

—¿Qué le parece a usted?—me preguntó Zárraga, cuando ya, habiendo hecho provisión de alimentos, estábamos instalados ante una mesa.

—Admirable, comodísimo, y que sería perfecto si no hubiera que echar dinero alguno por esas ranuras.

—¡No diga! Si es baratísimo.

Y era verdad; el plato más caro costaba cinco níqueles, es decir, veinticinco centavos, y aun ese precio era rarísimo. Los platos eran abundantes, limpios, bien confeccionados. Ahora, que a mí me hubiera parecido más artístico que en vez del trocito de níquel, que siempre es vil metal, se hubieran levantado aquellas tapas sólo con pronunciar unas frases o recitar unos versos.

Comimos bien, y sobre todo, comimos de prisa... Para servir café no había más que dar vuelta a un grifo después de haber depositado en la ranura cinco centavos.

Pero el café en Nueva York es perverso; es una bebida terrosa, que recuerda al que se servía hace quince años en la mayoría de los cafés madrileños. ¿Por qué es eso? En una ciudad donde hay tantas cosas organizadas a la perfección, ¿sería tan difícil servir al público buen café? Como sustitutivo del alcohol, desterrado—oficialmente—, la bebida negra sería una cosa admirable.

En Nueva York tomar una taza de café solo es hacer oposiciones a una enteritis; yo he tomado allí alguna vez muy buen café, pero ya contaré más adelante cómo y en qué ocasión.

Del restorán automático fuímos a un teatro de la calle 42, que se llama el Nuevo Amsterdam; Zárraga conoce muy bien Nueva York, sabe elegir, y quiso mostrarme algo verdaderamente selecto.

Llegamos cuando el espectáculo comenzaba. El local es bonito y de buen gusto; la sala es amplia, dispuesta en anfiteatro, como la del Trocadero, de París; no hay que decir que estaba llena de gente, pues aunque en la calle hacía calor, aquí, como ocurre en París, el calor no es un pretexto para disimular la falta de afición de la gente al teatro, o la falta de dinero.

Vimos las "Zougelds Folies", espectáculo que si se quisiera explicar habría que decir que es una revista, uno de esos desfiles de mujeres y de juegos de luz, que se representa durante años enteros, variando sólo algunos cuadros muy de tarde en tarde.

Había allí un cómico de una gracia serena imponderable; no es fácil que yo recuerde su nombre ahora, pero lo que tampoco es fácil que olvide en la vida es el efecto que me causó en el hígado y en el bazo el trabajo cómico de aquel hombre.

Sin violencia, sin una contorsión, el bufo genial, en los diferentes cuadros en que intervenía, llevaba al público a las alturas

donde brilla la musa de lo cómico, con una maestría inimitable. A mí, durante dos horas, me hizo olvidar que en el mundo hay un setenta por ciento de seres idiotas, y que la envidia es una de las virtudes de la epopeya nacional en ciertos países.

Y luego, sin duda para desengrasar, cuando aquel hombre no estaba en escena, la invadía el batallón de chicas de la casa.

¿Me creerá el lector si le afirmo y le juro que ninguna de ellas era fea? En número eran cerca de doscientas, y más de la mitad de ellas eran verdaderas bellezas, mujeres de concurso y de selección, que llegan a preocupar al que las contempla..., y sabe que no podrá hacer otra cosa que contemplarlas.

Claro que se trataba de eso, de una selección; el teatro, a través de los meses del año, iba eligiendo su ejército femenino; la chica que se presentaba a pretender, si era realmente guapa, era admitida en seguida, aunque de arte no anduviera más que regular. Ya se encargaban los directores de la casa de enseñarla lo que hiciera falta, de ir puliendo poco a poco aquel brillante, aunque el pulido se verificase a veces en forma un poco rigurosa.

Era como un vino que se va decantando, hasta adquirir todas sus excelencias. Sería absurdo pretender que en ningún pueblo del mundo hubiese un porcentaje tal de mujeres bellas.

Sin embargo, yo, viendo aquel ramillete de caras finas y bonitas—Zárraga y yo ocupábamos dos butacas de tercera fila, de manera que la distancia, en combinación con el maquillaje, no podía engañarnos mucho—, y recordando las que me había encontrado por la calle en aquellas mis veinticuatro horas de Nueva York, estaba un poco confuso y no cesaba de hacerme varias preguntas.

¿Por qué entonces la mayoría de las norteamericanas que se ven por Europa son de un feo tan subido? ¿Es que no viajan más que las feas, o es que las bonitas se vuelven tales con el aire del mar o del ferrocarril?

Porque de que son feas la mayoría de las hijas de Wáshington que se encuentra uno fuera de aquí, de eso no puede dudarse. En la misma Habana, más de una noche, en aquel inolvidable casino de la playa, donde es yanqui el setenta por ciento de la concurrencia, hemos buscado con afán una cara bonita mis amigos y yo—el ex subsecretario español Benito Castro, los representantes cubanos Espino y Hartmam, el ministro de Santo Domingo Pérez Alfonseca—, y no la hemos encontrado... más que sobre los hombros de una cubanita.

¿Por qué aquí, en estas calles de Nueva York, se las encuentra uno a cada paso? Y, sobre todo, ¿por qué este conglomerado, este verdadero alarde de belleza, del teatro de la calle 42?

Además de bellas eran artistas y tenían gracia en el desempeño de su arte.

Esto de la gracia va dicho en el sentido más amplio y más puro de la palabra. Hay pueblos—no hay que decir cuales—que han hecho de la gracia en la mujer una especie de monopolio como el del tabaco; en ellos es muy frecuente, cuando uno elogia la belleza, la distinción o la feminidad de la hembra de cualquier otro país, escuchar, como quien echa la llave a un asunto.

—Sí, pero la gracia de nuestras paisanas no la tiene mujer alguna en el mundo.

Aparte de que muchas de esas *paisanas*, gordas y ordinariotas, tienen la misma gracia que un cólico de frutas a media noche, es lo cierto que mujeres graciosas las encuentra uno en todas partes. Y yo quisiera haber visto a uno de esos señores que interpretan el patriotismo en el sentido de que la tierra que tuvo el honor de verles nacer es, por ese solo hecho, la mejor en todo, sentado aquí esta noche a mi vera, en una de estas butacas de la tercera fila del New Amsterdam Theatre.

El me hubiera dicho, si el embobamiento le dejaba hablar, si había o no gracia en la sonrisa, en los gestos, en la alegría escénica de estas muchachas de veinte años que, no contentas con ser guapas, sabían animar su belleza con la luz angelical de la travesura.

Y había gracia también en la maestría con que purificaban en un segundo un gesto que parecía iba a ser obsceno, una actitud dudosa de sus cuerpos, completamente desnudos para el cuadro final de la obra.

Sí, pío lector; porque en esta Nueva York, que tiene fama de pudibunda, y lo es en realidad, el pudor del público no riñe *casi* nunca batallas con el sentido común. Y subrayo el casi por algo que se referirá en otras páginas de estos apuntes.

Aquí salen a escena mujeres exhibiendo al aire las fuentes pectorales de la vida; y, por lo mismo, nadie concibe el espectáculo de ciertos teatrillos madrileños donde el público ruge, exigiendo que una gran artista asome por encima de una tela, y como de contrabando, la redondez de una de esas mismas magnolias del seno. Espectáculo un poco lúgubre, que yo he descrito en uno de mis libros (1), que alguien se ha permitido calificar de inmoral; como si un espejo pudiese nunca ser moral o dejar de serlo.

Y eso pasa aquí, en Nueva York, no en teatros de barrios apartados, donde la chusma va a esconder sus lubricidades, sino en locales céntricos y elegantes—la calle 42 es como la de Cedaceros en Madrid—, llenos siempre de un público en el que abundan las señoras.

El pudor y la moralidad del público de aquí son la moralidad y el pudor de cerebros sanos; lo que en... otras partes se conoce con esos dos nombres respetables, son ideas obsesivas de solteronas, que guardan en el fondo de su alma la hoguera encendida de un deseo. La diferencia es exactamente la misma que hay entre el apetito carnal del hombre sano, que es el vivero de la especie, y los ardores del anormal, que nadie se imagina hasta dónde pueden llegar en el libre cultivo de sus monstruosidades. El vicio y la virtud, como dos extremos que son, tienen en su desarrollo muchos puntos de contacto.

Todo esto, y algo más que omito en obsequio al lector, se me iba ocurriendo a medida que se iban desarrollando los cuadros de la revista.

No podía decir que había perdido la noche; me había reído, había filosofado y había visto una colección de chicas guapas, acaso única en el mundo. Al amigo Zárraga se lo debía todo ello; Dios se lo apunte en el haber de su cuenta, a los efectos de la liquidación final.

Aun llevó su gentileza al extremo de acompañarme un buen rato por Broadway a la salida del teatro, en esta hora agradable de la noche, y llevarme a tomar la cena a un café-bar de Columbus Circle.

Al separarme de él iba pensando en el soberbio estudio psicológico comparativo que podría hacer quien tuviera tiempo para ello, con sólo los datos de lo que yo había visto en el teatro aquella noche.

Pero era tarde, tenía algo de sueño y me pareció más prudente irme a acostar.

* * *

Mi tercera jornada en Nueva York debutó con un descubrimiento desagradable; hacía calor, un calor espantoso, sevillano, o, si ustedes lo prefieren, habanero.

Me enteré de ello aun antes de abandonar el lecho; me desperté sudoroso, con la poca ropa de cama pegada al cuerpo, como una momia. Al abrir la estrecha ventana del cuarto de baño, que también daba a la calle, entró por ella una bocanada de aire templado que, por lo que ofrecía para la jornada, ponía los pelos de punta.

A mí el calor me pone muy triste; en los días largos del verano la Humanidad me parece más estúpida que en las jornadas de invierno. Al menos durante éste, la fealdad de los seres humanos—que indudablemente va en aumento—se disimula un poco con la llegada presurosa de la noche.

Después de bañarme, primero en agua, y en seguida en sudor—mi habitación del Hotel América era un alto horno—, me lancé a la calle, confiado, para pasar el día, en la Divina Providencia.

Fuí a la nueva librería Bretano's, recién inaugurada en mi misma calle, casi esquina a la 5.ª avenida. Era algo espléndido, grandioso; no era una librería lo que se había inaugurado, sino una casa entera, un edificio soberbio de muchos pisos, destinados a oficinas, y de los cuales el bajo y dos más eran la librería, propiamente hablando.

Toda ella era un *hall* inmenso, a cuyo fondo una escalera ponía en comunicación los tres pisos; la casa, sabiamente dividida en secciones independientes, tenía al frente de cada una de ellas a un jefe. Mis libros estaban en el primer piso, en una de las galerías de la derecha; si vas a Nueva York, lector, allí puedes adquirirlos.

El jefe de la casa hablaba el italiano, y en esa dulce lengua nos entendimos; me dijo cosas muy interesantes, algunas de las cuales me sirvieron para ponerme en la vía que, en jornadas sucesivas, había de llevarme a la explicación de por qué a este país se le llama el país del *bluff*.

Por ejemplo, me hablaba el gerente de las ediciones hechas por la casa.

—Son ediciones para toda América, no sólo para los Estados Unidos—me decía.

Y yo, que había ido a Nueva York a lo que voy a todas partes, a enterarme, le preguntaba:

—¿Qué número de ejemplares tiran ustedes?

—¡Oh! Hacemos siempre ediciones grandes.

Yo, implacable, y de natural escamón:

—¿A qué llaman ustedes ediciones grandes?

—Cinco mil ejemplares.

¿Eh? ¿Qué tal, editores españoles? Vosotros que habéis hecho muchas veces ediciones de seis y de diez mil... Y no os llamáis Brentano's, ni estáis en Nueva York,

(1) *La Coquito*.

ni tenéis casa en la avenida de la Opera, de París.

Frente a Brentano's hay una librería más modesta: la de Zabala y Maurín. Quise entrar en ella y me encontré con una señora francesa, amable y simpatiquísima, cuya historia comercial me contaron después, y el relato no hizo más que aumentar mi admiración hacia ella.

Su marido, Zabala, muerto hacía pocos años, dejó a la viuda sola frente a un negocio nada fácil de llevar, y ella, a fuerza de voluntad y de talento, había salido adelante. La casa se dedicaba con preferencia al libro francés y al español; también allí tuve el gusto de ver una buena provisión de mis libros. Madame Zabala hablaba el español correctísimamente, y charlamos un rato.

Es una mujer muy enterada de su oficio, que es la primera obligación de toda persona que ejerce uno cualquiera, y, aunque parezca mentira, obligación que en la práctica cumplen muy pocos. ¡Acababa yo de ver en la Habana y en México—sobre todo en la primera—cada librero analfabeto y cerril!

Madame Zabala era un crítico..., en el buen sentido de la palabra. Con ella se podía hablar de libros; sabía perfectamente el sitio que cada autor ocupaba dentro de la literatura de su país, y la razón, el porqué lo ocupaba.

Volví a verla dos o tres veces durante mi estancia en Nueva York; no hice más que confirmar la buena impresión que me había producido la primera vez. No es ciertamente madame Zabala de esas personas que producen un efecto grato a la primera entrevista y en la segunda ya empiezan a asomar la pezuña o el rabo.

También conocí en Nueva York a alguno de éstos.

Zárraga me había citado en su hotel para las doce y media. Me reservaba una sorpresa; y, por cierto, que fué de las más agradables; porque uno de los muchos motivos de gratitud que yo tendré siempre para el corresponsal neoyorkino de "A B C" y del "Diario de la Marina" será el de haberme presentado al periodista ecuatoriano Gastón Andrade.

Este muchacho es un caballero. Y después de esto yo no debiera añadir nada más; porque en el estado actual de la especie humana, haber sabido conservar intacto el don de la caballerosidad es algo casi divino. Hay países que hablan de ese don como de algo inscrito en la partida de bautismo de cada ciudadano; no hagan ustedes caso; en esos países el porcentaje de caballeros es de un medio por mil. Yo he tenido la prueba de ello hace unos meses.

Gastón Andrade era corresponsal de los catorce mejores periódicos de la América del Sur; a todos servía con igual interés, y todos, gracias a él, estaban al corriente de cuanto suceso interesante ocurría en Nueva York.

Llevaba mucho tiempo en la ciudad, estaba perfectamente relacionado con los medios artísticos de ella—en el Metropolitan tenía todas las puertas abiertas—, y todo le servía para ir contando a sus lectores de la América que hablaba castellano, las palpitaciones de aquella urbe gigantesca, donde se hablaba una imitación bastante aproximada del inglés.

Pero Gastón Andrade, en Nueva York, era algo más que el corresponsal inteligente; su gruesa persona, de aire calmoso y abacial, en la que la bondad se había hecho carne, era el núcleo, el centro celular a cuyo alrededor se agrupaban los elementos juveniles y bohemios de las distintas colonias americano-latinas, de las cuales está llena Nueva York.

En aquellas sus habitaciones del Hotel Hargrave, cuyos balcones y miradores daban a la calle 72, el *simpaticone* de Gastón tenía a todas horas del día y de la noche constituída una tertulia en la que se llevaba al minuto el comentario de cuanto interesante o pintoresco pasase en el mundo latino de la ciudad de los rascacielos.

Para trabajar tenía que aislarse, aprovechar las primeras horas de la mañana, horas absurdas para los noctámbulos, como eran casi todos tertulianos de Andrade.

Resultaba curioso el caso. En la ciudad más grande del mundo, en aquella vorágine en que cada hombre es menos que un microbio, y en que todo se pierde y se disuelve en el infinito, había dos individuos que, sin darse cuenta, sin proponérselo, formaban algo así como la representación cordial de dos países: España y la América latina.

Por un capricho del azar, los dos vivían muy cerca: el uno, en el Hotel Allamac, y se llamaba Miguel de Zárraga; el otro, en el Hotel Hargrave, y se llamaba Gastón Andrade. El Allamac estaba en la calle 71 y el Hargrave en la 72; se podía ir de Gastón a Miguel y de Miguel a Gastón sin más que emplear cinco minutos a pie.

Y cinco minutos, en Nueva York, no son más que un suspiro.

Zárraga era en Nueva York el verdadero embajador de España. Cierto era que la patria lejana tenía en Wáshington un dignísimo representante, hombre simpático, según decían los que tenían el gusto de tratarle; yo no le vi. En Nueva York también había un cónsul de España, pero ahora estaba con licencia en Europa.

Lo que pasa es que los diplomáticos tienen tanto que hacer con las funciones del protocolo, con las preocupaciones políticas y con la digestión de los banquetes, que no les queda tiempo para la parte cordial de su misión.

Y esa parte cordial era la que, repito que acaso sin proponérselo y sin pensar en ello, desempeñaban a maravilla dos periodistas como Zárraga y Andrade, el uno para los españoles, el otro para los latinos de América.

O, mejor dicho, los dos para unos y otros, porque yo soy español y encontré en el inteligente corresponsal ecuatoriano una acogida más que fraternal.

No pasaba por Nueva York un español conocido, artista, político, literato, hombre de negocios, que no encontrase en Miguel de Zárraga un consejero sin pedantería y un guía en sus andanzas por la ciudad, sin la pegajosidad habitual de los guías. Y si el viajero no hablaba inglés, un intérprete maravilloso.

Su experiencia de la ciudad, en la que vivía desde hacía muchos años, no era él solo quien la aprovechaba, como esos seres cazurros que hacen de la experiencia adquirida una coraza para su egoísmo, sino que la ponía espontáneamente al servicio de los demás como un tesoro que se reparte.

Y le ahorraba a uno en muchos casos esa cosa tan inevitable como poco grata que se llama la novatada.

Lo mismo podía decirse de Andrade: a mí, en la mañana de hoy, y en unión de su secretario, el simpático Chiriboga, me llevó a almorzar a un sitio por demás pintoresco, que fué luego uno de mis refugios durante mi estancia en Nueva York.

—Está aquí cerca; no tendremos que pasar mucho calor.

La temperatura era espantosa. Yo recordaré toda la vida aquella mi primera semana en Nueva York, que fué en verdad una semana de fuego.

Salimos a la Avenida Columbus y anduvimos por ella en un trecho no muy largo, soportando sobre nuestras cabezas el tormento del ferrocarril elevado, esa gran estupidez neoyorquina, gran productora de neuralgias, que afeaba unas cuantas calles de las más bonitas de la ciudad y que iba perdiendo su razón de ser a medida que iban aumentando las líneas del *subway*.

Cuando el elevado pasa—y pasa uno cada minuto—por la calle donde vais charlando con un amigo, es inútil que tratéis de continuar la conversación: el estrépito no os dejará, hasta que el tren no se haya alejado bastante. Y sobre vuestra cabeza, *casi despeinándoos,* sentiréis como el estallido de una tormenta que os destroza los oídos,

Porque eso de que en Nueva York los ferrocarriles van a la altura de los tejados de las casas no es más que una paletada que han difundido cuatro idiotas. El elevado va, en la mayor parte del trayecto, a la altura de los segundos pisos, lo cual, en la ciudad de los rascacielos, es como ir al ras del pavimento. Todos los demás pisos de las casas, que en algunas calles son muchos, le sirven de caja de resonancia.

Felizmente, nosotros ahora abandonamos en seguida Columbus y nos metimos, a la derecha, en la calle 74.

Esta, como casi todas las de aquel barrio que van perpendiculares al parque central, son vías relativamente silenciosas y tranquilas, de donde está desterrado el comercio; los pisos bajos de sus casas, que aquí, riendiendo un tributo a la lógica, se llaman primeros, están separados de la acera por una escalinata que conduce a una terraza; muchos vecinos han hecho de esa terraza un pequeño jardín, y el conjunto da a la calle un aire de *confort,* de regalo, como el de aquellas vías que se ven, por ejemplo, en el barrio de las Termas Salinas, de Biarritz.

Sí, lector, porque este pueblo, que tiene en el mundo fama de materialista y de excesivamente comerciante, ofrece a lo mejor rasgos como ése. En el centro de la ciudad, de edificios que por su situación podían ofrecer a sus dueños un ingreso pingüe si los explotasen con fines mercantiles, han desterrado el comercio, como Jesucristo, unos siglos antes, lo desterró del templo.

El comercio es una cosa muy necesaria para la vida, pero no está mal que los mercaderes queden de cuando en cuando alejados de ciertos sitios.

Pues en una de esas calles, en la 74, estaba situado el hospedaje y restorán de la *Alhambra,* donde Andrade nos llevaba. Zárraga venía también con nosotros.

El local no tenía a la calle muestra ni anuncio alguno; la casa tenía el mismo aspecto aburguesado y señorial de todas las

demás. Desde la acera se descendía a una especie de atrio, al cual daban los dos ventanales del comedor. Este era una pieza discreta y recogida, llena de mesitas.

Y desde que se entraba en él, y en toda la casa, no se oía hablar más que castellano. La dueña, una granadina rubia y guapetona que llevaba muchos años en América, conservaba purísimo su acento andaluz, que, a las dos palabras salidas de su boca, le trasladaba a uno a las callejas del Albaicín.

Tenía dos hijas preciosas que, aunque hablaban el inglés a la perfección, no podían negar el garbo de la tierra de donde procedían. El padre y jefe de la casa era un hombre tranquilo, gran jugador de *poker*, uno de esos seres que miran el panorama del mundo a través del prisma de su buen juicio, que rara vez se equivocaba.

Apenas habíamos empezado a gustar el menú de un almuerzo sabroso, cuando el camarero que nos servía, y a quien Andrade poco antes había vertido en el oído unas palabras entre risueñas y amistosas, se presentó trayendo para cada comensal un tazón lleno de líquido negro que depositó al lado de la copa del agua.

—¿Qué será esto?—pensé yo—. ¿Será costumbre en Nueva York tomar el café al principio de la comida?

Andrade adivinó en seguida mi pensamiento, porque me dijo:

—Pruebe usted esto, y a ver si le gusta.

Y, dando ejemplo, se empinó él el primero el tazón.

Yo bebí también; aquello era sencillamente vino, un tinto bastante aceptable, que se bebía con agrado. La ley seca no regía, por lo visto, dentro de aquella casa, como en realidad no regía en el noventa y nueve por ciento de las casas de Nueva York.

A los postres de aquella mi primera comida en la *Alhambra*, adornamos el café con unas copas de riquísimo y auténtico anís del Mono, que coloreó levemente nuestras mejillas y nos... desalteró un poco del calor que reinaba en la calle.

Como ni Zárraga ni Andrade eran dos ociosos, a la salida nos separamos; cada cual tenía su obligación, y yo me fuí a cumplir gustosísimo con un deber de amistad.

Bajé a la estación del *subway* de la calle 72 y tomé un tren que me dejó en la de Pensilvania; desde allí me encaminé a pie al Hotel Mc'Alpin, que no está lejos. Si hubiera conocido bien la ciudad, habría podido ahorrarme unos pasos, haciendo simplemente un trasbordo en la estación de la calle 42.

Y el ahorrarse unos pasos no era ninguna bicoca: hacía un calor cruel en esta hora de la siesta. Muchos hombres de los que en Europa llamaríamos señoritos—en Norteamérica casi no se conoce esa especie zoológica—iban por la calle con la chaqueta al brazo; las muchachas llevaban el sombrero en la mano, pero éstas yo creo que más que por buscar el aire, lo hacían por lucir sus cabecitas, que en ninguna parte del mundo las he visto más cuidadas ni más artísticas.

Veía yo, y esta observación la fuí confirmando en días sucesivos, que el calor, aun siendo tan bárbaro como el de ahora, no disminuía en Nueva York el tráfico de carruajes y peatones. He conocido allí, después, días de temperatura agradable, y la gente por las calles era la misma que ahora.

Ciudad donde casi todo el mundo trabaja, aunque de esto del trabajo en Nueva York ya se hablará más adelante, el individuo no cree que en el desempeño de su labor deba dejarse dominar por las oscilaciones caprichosas de las fuerzas naturales. Con calor y con frío, el esfuerzo debe ser el mismo.

Al Hotel Mc'Alpin iba yo en busca de un gran artista español que llevaba cinco años por tierras de América, desterrado de España: con destierro voluntario, claro es, pero ¿acaso no son esta clase de destierros los que más dicen acerca del barómetro estético y artístico de un país?

El comediante a quien yo iba a visitar, en visita de amigo nada más, había sido en la escena española un innovador: él había introducido en ella el arte de la caracterización, acabando con aquellas pelucas de los cómicos viejos, que parecían gorros de dormir que se les hubiesen quedado pequeños a sus dueños, y con aquellas rayas en la cara imitando la vejez que parecían cicatrices de navajazos tabernarios.

Este gran actor había llevado a las escenas españolas un aire de exotismo que no estaba de más en un teatro que desde hace unos cuantos años vive en gran parte de traducciones.

Con ello había sido bastante. En seguida cayó sobre él toda la basura de la envidia y la maledicencia; se le criticó como actor —lo cual podía ser lícito—, llamándole amanerado; se habló de su vida privada; que si jugaba, que si bebía *whisky*, que si se bañaba dos veces todos los días...

Pero el actor, ya director de compañía, triunfaba en su doble profesión, y en su fuero interno se reía mucho de todos aquellos aullidos.

Ahora, en pleno triunfo, Ernesto Vilches —supongo que el lector habrá adivinado su nombre—había llegado a Nueva York seriamente enfermo del estómago. Tan seriamente, que un periódico de Venezuela había publicado, pocos días antes de mi visita, la noticia de su muerte.

Instalado en uno de los mejores sanatorios, la ciencia y el reposo le ayudaron a sanar de una de esas dolencias semimortales que son como el poso que van dejando en nosotros las inevitables amarguras de la vida, producto casi siempre de la tontería ajena.

Todo lo había tenido que dejar: trabajo, triunfos, contratos firmados, para acudir a salvar su vida. Sano, al fin, convaleciente aún, habíase instalado al principio en un lujoso departamento del Hotel Mc'Alpin, donde yo venía a buscarle.

Pero en la administración del Hotel me enteré de que pocos días antes Ernesto Vilches se había instalado en un piso de la calle 85, muy cerca del parque central.

Era cosa de ir en su busca, pero antes, aprovechando mi estancia en el Mc'Alpin, quise conocer el hotel. Era éste uno de los mejores de Nueva York, grande, con muchos pisos y, siguiendo el sistema de casi todos los hoteles de lujo de la ciudad, con un *hall* en el centro de proporciones inmensas, que era como el cerebro y el corazón del edificio.

Aquí, como en el Pensilvania, como en el Astor, ese *hall* era una calle más de Nueva York, sólo que cubierta, alfombrada y alumbrada con esplendidez.

Alumbrada a cualquier hora del día, porque, cual ocurre en los hoteles de lujo de la rue de Rivoli, de París, todos los pisos bajos de los grandes hoteles neoyorquinos son oscuros, tenebrosos. Es esa una nota antipática de la ciudad: la altura desmesurada de los edificios y la relativa, nada más que relativa, estrechez de las calles, tienen la culpa de ello.

Ninguno de estos grandes hospedajes, que parecen fabricados para millonarios, ni siquiera el Waldfor-Astoria y el Plaza, que son los principales de todos ellos, se permiten el lujo de formar ellos solos una sola manzana de edificación, como el Palace, de Madrid, o el Grand Hotel parisino. Este último aun ha cedido algo de su inmensidad alquilando los pisos de las aceras a comercios y oficinas. El madrileño conserva con orgullo la integridad de sus dominios. ¡Qué lástima que en escenario tan majestuoso se vean ciertas tardes de la semana tantas señoras ordinarias y de moral de potaje de garbanzos!

Pero volvamos a Nueva York. Es lo más prudente.

Todos los defectos y todas las mezquindades de sus grandes palacios para viajeros estaban ampliamente compensados con la intensidad de vida que circulaba constantemente por aquellos *halls* que, como este del Mc'Alpin, parecían gigantescas estaciones de ferrocarril.

Bastaba dejarse caer en uno de sus divanes, como hice ahora, para pasar un lapso de tiempo respetable distraído sólo con la contemplación de la gente que pasaba. El mundo es muy pequeño y muy grande, según como se le quiera mirar; es infinito el número de ambiciones, de deseos, de actividades que pasarán en una hora por uno de estos parajes.

Para no aturdirse hay que colocarse en espectador indiferente, a quien todo, en el fondo, le tiene sin cuidado; los botones de la casa, más de doscientos, pasan sin cesar llamando a un viajero, y se les oye hablar, además de en inglés, en francés y en español... En español también, porque es grande el número de mejicanos y americanos del Sur que hay repartidos por todo Nueva York.

Yo, en una media hora, vi un número infinito de cuerpos femeninos torneados a maravilla y vi—¡el encanto supremo de Nueva York en esta cuestión!—las más bellas y mejor formadas piernas femeninas que puedan admirarse en el mundo.

Y para eso no tuve que ir a ningún teatro de fama libertina, ni acudir a ningún paraje más o menos pecaminoso: me bastó con situarme como espectador inofensivo en el *hall* de un gran hotel a la hora mundana de la media tarde.

A las siete me fuí a casa de Ernesto Vilches; había salido de paseo en el "Packard" que se había comprado pocos días antes su compañera Irene López Heredia. Como me dijeron que la pareja tardaría poco en llegar, y yo tenía verdadero interés en verles, decidí esperar; me instalé en un salón del primer piso—Vilches tenía a su disposición todo el segundo—, desde cuya ventana podía ver perfectamente el momento en que los paseantes llegasen.

La casa, como la mayoría de las de Nueva York, sobre todo de la calle 14 para arriba, tenía ese aire de cosa sólida, señorial, pero sin lujo inútil, que parece ser el ideal de la vivienda del hombre moderno. Las habitaciones eran amplias, los mue-

bles cómodos, la luz entraba en cantidad suficiente para no deslumbrar, pero también para que no hubiese que encender la artificial en las horas del día.

Al cabo de un rato se detuvo un automóvil a la puerta: eran mis amigos. Asomé mi cabeza por la ventana, me vieron y, como no tenían la menor noticia de que yo estuviera en Nueva York, pusieron la misma cara de asombro del que se encuentra de improviso ante un ser al que cree en aquel momento a muchas millas de distancia.

—Sí, soy yo, soy yo; no os asustéis.

Subieron. Ernesto estaba mucho más delgado que cuando yo le vi la última vez; de joven, estaba igual; aquellos cinco años no habían pasado para su juventud más que para afirmarla y ennoblecerla. Ella estaba más bella que nunca; su belleza de mujer fuerte había llegado a esa plenitud, a esa serenidad que parece ser como una transparencia del espíritu.

Instalados en el salón de su piso, Ernesto me fué contando su odisea.

—Chico, no tienes idea de lo que he pasado: cerca de un mes con un tubo de goma en la boca que me iba directamente al estómago. Y menos mal que lo cuento; cuando hice el viaje de Puerto Rico aquí creí que me quedaba en el camino. Claro que mis compañeritos, a quienes saqué de España y he tenido en América durante todos estos años sin dejar de trabajar ni un solo día, también me ayudaban a bien morir. ¡Qué lucha!

—Los compañeros son siempre así en todos los oficios; para eso son compañeros.

—Del público, en todos estos años, no tengo queja ninguna; hemos ido de triunfo en triunfo, ganando mucho dinero, pero ¿de qué me sirve? Yo no sé guardar, chico; envidio esa virtud del ahorro que tienen algunos.

—Suponiendo que el ahorro sea una virtud.

—A mí, lo que tenía ahorrado, en decorado y en trajes, que era una cantidad muy respetable, me lo llevó todo un incendio en Chile.

—Lo supe.

—De manera que ¿para qué ahorrar?

Vilches me pidió noticias teatrales de España. Yo, después de hacerle la advertencia de que mis informes tenían un año de fecha, pues casi hacía ese tiempo que yo había salido de España, y no me ha gustado hablar nunca de oídas, le conté unas cuantas amarguras.

—Aquello cada vez peor: el público no pasa ni por las puertas de los teatros. En Madrid hay tres o cuatro Empresas que viven: Cadenas, Tirso, Arturo Serrano (1), este año dicen que Mario Vitoria en Apolo... Las demás viven de la vanidad o de cuando salen a pedir limosna a provincias. El poco público que va a los estrenos va sabiéndolo todo ya de antemano y dispuesto a encontrarlo todo *inverosímil,* esa palabreja que, aplicada al teatro, no se conoce más que en España; porque, como el público de los estrenos—comerciantes enriquecidos, señoras de periodistas, altos empleados de Hacienda y opositores a cátedras—es gente que conoce perfectamente la vida y sus mil recovecos imprevistos, nada tiene de particular que posean la medida exacta de lo que puede o no puede ocurrir en la realidad.

—¿Y los autores?

—Buenos, gracias. Pero no hay que juzgar con severidad a los autores teatrales españoles; trabajan en unas condiciones de servidumbre y esclavitud como ningunos otros en el mundo. Antes, cuando existía el abono y los días de moda en los teatros, se echaba la culpa a ese abono de la ñoñería y pudibundez exagerada de las obras. ¡Como si cuatro viejas catarrosas y cuatro ancianos con juanetes, que eran los que tramaban esos abonos, pudieran influir en la dinámica de un teatro nacional!... Ahora ese abono ya no existe; sus componentes se han ido muriendo poco a poco de diabetes o de insuficiencia cardíaca; en las Sacramentales madrileñas yacen sus restos, y allá nos esperen muchos años. Y, sin embargo, los autores siguen escribiendo para un abono que se ha refugiado en los nichos de San Isidro o San Lorenzo. Las obras siguen siendo ñoñas; a una comedia un poco alegre se la llama pornográfica; a un drama en el que se expongan dos ideas seguidas sin intercalar una taza de té, se le llama teatro para leído en casa, que es como decir un menú confeccionado para que no lo coman más que los que estén a dieta. Pero, repito, que la culpa no es de los autores; si escribieran otra clase de obras, no se las representarían.

—Pero, entonces, en cinco años allí no ha cambiado nada.

—En cinco años ha disminuído sensiblemente el público de los teatros, en Madrid y en toda España. En la capital de la nación, que es lo que yo más conozco, hay dos o tres críticos que lo saben todo—afortunadamente, no son más que dos o tres—, que escriben con una suficiencia de burro leído y que contribuyen con sus pontificales a embrollar más las cosas. Y luego..., ésta ya es la parte bufa, cada dos o tres meses, un literato escribe un artículo diciendo que nuestro teatro es el primero del mundo, hablando de Lope y de Tirso... mientras sus compañeros, más avisados, se van a París y cazan en el bulevar unas cuantas comedias que después estrenan quitándoles *lo verde.* En algunos casos quitan lo verde para comérselo.

—Pero, entonces—me decía Ernesto con un poco de amargura—, ¿para qué vuelvo yo a España?

Antes me había anunciado su proyecto de embarcar dentro de quince días.

—Haces perfectamente en volver, para convencerte por ti mismo de que no hay exageración pesimista en lo que acabo de decir ni en lo que te dirán muchos. Lo que uno ve por sus propios ojos convence más que cuanto puedan informarle. Sí me atrevo a profetizar que no estarás mucho tiempo en España.

Me quedé a comer con la simpática pareja de artistas. Irene estaba contenta ante la idea de volver a su tierra.

—Y eso que me faltará allí algo que he perdido durante mi ausencia—decía, bañando en melancolía la hermosura de sus ojos—. Mi pobre madre, que dentro de tres días se cumple el aniversario de su muerte.

Después de la comida decidió Ernesto que fuésemos a terminar la noche en un teatro; estaba débil aún, comía ya de casi todo con ese titubeo de la persona que ha estado una larga temporada privada de alimentación sólida.

Pero tenía ansia de vida, de movimiento; era el renacer misterioso de la convalecencia.

Un automóvil nos llevó a Columbus Circle, que era en la noche otra ascua viva, como la del Broadway, sólo que ésta redonda y ancha en su forma de plaza. Vilches quería que viéramos una de las comedias que se representaban ahora en Nueva York: se llamaba "Luis el XIV", el cual Luis no era, como podía pensarse, el famoso rey de Francia, sino un sujeto al que se convidaba a un banquete de trece individuos, precisamente para que no fuesen trece los comensales.

Pero era tarde, pues en Nueva York los teatros empiezan muy temprano, y Vilches pensó, con muy buen juicio, que para no ver más que la mitad de la obra valía más que nos metiéramos en un cine.

Y fuimos al Capitolio, en el corazón de Broadway, que si no es el cine más grande y suntuoso de Nueva York—pues no los conozco todos—, no le faltará mucho. Aquello, más que cine es una catedral, pero una catedral recién construída en honor de una deidad muy pagada de su culto. Para que el parecido con un templo de leyenda fuera mayor, un soberbio órgano eléctrico, invisible para el público, tenía las salidas de sus tubos esparcidas por la bóveda del techo, por los muros, por los últimos rincones de la vasta sala, de modo que el espectador se sentía materialmente envuelto por la caricia de la música, que unas veces parecía descender del cielo y otras subir tremolante de los abismos.

Los salones de entrada y de descanso parecían más bien los severos y entonados de una cámara legislativa, con sus criados de librea, sus grandes lámparas, sus alfombras espesas en que el pie se hunde hasta cerca del tobillo. En otras partes, locales así se construyen para los grandes espectáculos de la ópera, en que el traje de etiqueta es de rigor en el público.

Cuando, ya instalados en nuestras butacas de anfiteatro, se hizo la luz para un entreacto y pudimos contemplar el local, vimos, entre otras cosas, una orquesta de más de cien profesores colocada ante el escenario. Esa orquesta tocaba unas veces sola y otras en combinación con el órgano de que antes se ha hablado; en ambas el efecto era fantástico.

En el cine Capitolio, además de las películas—que, dicho sea en honor de la verdad, no tenían nada de particular—, había, a manera de entreactos, una bailarina, más o menos española, una especie de obra lírica en un acto, que en esta noche era un anuncio de la película que después íbamos a ver—unas cosas de apaches en París—, y una ópera casi completa, que para mí era lo mejor del espectáculo.

Se alzaba el telón, una cortina de una riqueza inusitada, y aparecían en escena unos treinta señores, correctamente vestidos de frac, y tres señoras vistiendo trajes de *soirée.* De los treinta, veintisiete eran coristas; los otros tres, los solistas: el tenor, el barítono y el bajo. Las damas eran la contralto, la soprano ligera y la soprano dramática.

Todos aparecían sentados ante el público, y a medida que la partitura lo iba exigiendo, se alzaban de sus asientos y canta-

(1) ¡Pobre Arturo! Dejó de vivir al poco tiempo, en una de esas trágicas carreteras españolas que parecen un símbolo de sinuosidad.

ban su parte; esta noche estaba en el programa "El Trovador".

Claro que aquellos señores no cantaban la ópera entera, pues aquello hubiera prolongado mucho el espectáculo; servían al público los números más salientes, suprimiendo, gracias a Dios, el relleno, esa parte de cemento armado que hay en todas las obras líricas y que es precisamente la que los buenos aficionados aprovechamos para iniciar un sueño o para timarnos con las chicas de la platea.

En "El Trovador" cantaban la romanza de tiple y el terceto del primer acto, la romanza de barítono del segundo—cantada, por cierto, primorosamente—, la pira, el miserere y alguna otra cosa. Era algo así como un concierto en el que todos los números guardasen una ilación.

Pero... lo principal del Capitolio era el local: no acababa uno de admirarlo nunca. Ernesto Vilches, que en su vida de director de compañía tanta importancia ha concedido siempre a estas cosas, me llamaba la atención continuamente sobre un efecto de luz, sobre el color de una tela que servía de fondo al escenario durante la actuación de la bailarina, sobre un adorno que en sí no era nada y cambiaba, sin embargo, toda la apariencia del conjunto...

Sus observaciones eran siempre atinadas.

—Yo he reñido allá muchas batallas para meterles en la cabeza la importancia de todo esto—me decía con cierta amargura.

—Y las que tendrás que reñir aún; *allá* somos muy especiales.

Salimos encantados del cine. Porque no hay que olvidar que todo aquel local, toda aquella orquesta gigante, todas aquellas magnificencias que en Europa no se conciben más que en un teatro de ópera de gran lujo, eran para un cine. La película era en el Capitolio, como en otros locales suntuosos de Broadway, la base del espectáculo, aunque en éste, para evitar la monotonía, hubiese otras cosas.

Y viendo aquello, reflexionando sobre aquello, comprendía uno la importancia que el cine tiene en Norteamérica; allí no era el de la película un arte secundario, que sólo ocupaba el hueco que desdeñosamente le dejaban libre los demás: era el arte nacional.

Para él se construían los mejores teatros, salas de espectáculos que parecían templos cargados de riquezas; no había en Nueva York, no siendo el Hipódromo, un edificio teatral que tuviese la importancia del Capitolio, por ejemplo, pues el Metropolitan, a pesar de su fama mundial, era un teatro feo y destartalado que empezaba por carecer de un vestíbulo decoroso.

Norteamérica, sin un teatro clásico sobre el que cimentar las glorias del actual, no producía en éste, salvo excepciones, más que puerilidades, obras de imitación inconsciente, que perdían todo interés en cuanto pasaban las riberas del Hudson, y se había refugiado en el cine como en el arte sintético del porvenir.

Ahora que, si mi opinión personal vale para algo, a mí ese porvenir excesivamente mecánico—que, por fortuna, no he de conocer—no me interesa lo más mínimo.

Vilches no estaba conforme conmigo en este punto. Seguramente era él quien tenía la razón.

Antes de separarnos aquella noche fuimos los tres a tomar un helado, uno de esos helados como no se toman más que en Nueva York y en algunos cafés de la Habana. No creo que los hagan de modo tan maravilloso en parte alguna.

A no ser en el Polo Norte.

A la una de la madrugada me despedí de Irene y Ernesto en la misma esquina de la calle 47.

* * *

Durante el almuerzo del día siguiente, en el restorán de la *Alhambra,* Gastón Andrade, en el curso de no recuerdo qué conversación, pronunció el nombre de Juanito O'Connor.

—¡Ah!, pero — pregunté yo — ¿está en Nueva York Juanito O'Connor?

—Aquí le tiene usted todas las noches —me dijo la dueña de la casa, que nos atendía a la mesa.

—¿Y cuánto tiempo hace que vino a Nueva York?

—Mucho; vive aquí.

Fué aquél uno de esos raros instantes de la vida en que uno, por encima de todas las ilusiones, se da cuenta de que envejece. Yo había dejado de ver a Juanito por Madrid hacía algún tiempo; hasta recordaba ahora vagamente haber oído hablar a sus primos de su marcha a América, pero todo aquello, que a mí me parecía cosa de algunos meses nada más, resultaba ahora que tenía varios años de fecha: ocho, según me enteré después.

Recordaba con agrado a aquel alumno de la Academia de Caballería, con galones de cabo, que en época de vacaciones hacía su entrada en el saloncillo del aristocrático teatro regentado por sus tíos, los actores insignes, y alternaba con todas las eminencias allí reunidas. Alguna de aquellas eminencias lo era por lo muy alto que rayaba su brutalidad, pero todas juntas no tenían poder para amilanar a aquel *cabito* de diecisiete años.

Así era como le llamaba siempre el príncipe de nuestros dramaturgos—y ya se sabe a quién nombro con esto, aunque a algunos les pese.

—Hola, cabito... ¿Qué tal, cabito?... ¿Cómo va esa Caballería, cabito?

Y el cabito era uno de esos muchachos simpáticos, afable con todo el mundo, pero sin timidez y sin enseñar nunca esa petulancia precoz tan propia de la edad, que, en la mayoría de los seres humanos, se encarga de demostrar que el hombre, para ser completamente estúpido, no necesita llegar a la madurez.

Yo no podía tener de él más que recuerdos gratos. En el desarrollo de la vida se ha tropezado uno tantas veces con la idiotez humana, en una u otra forma, que al evocar los nombres de las poquísimas personas de cuyo trato no conserva uno la huella de una coz, siente deseos de elevarles un altar.

En mí ese altar tendría, desgraciadamente, muy pocas imágenes. Natalio Rivas..., Joaquín Salvatella..., Juan Ignacio Luca de Tena..., el fallecido maestro Lleó..., Pepita *la Malagueña*... y algún otro.

Si alguien piensa que esa lista de nombres es una ensalada, yo le diré que es una ensalada muy agradable. Siendo ellos tan distintos, la suerte los ha unido para que vayan jalonando mi vida, y hace mucho tiempo que quería rendirles públicamente este testimonio de gratitud. Yo no digo que sean personas construídas de una sustancia distinta a la de los demás; lo que afirmo es que en mi trato con ellos no he tropezado nunca con la bestia.

Pues a esa lista yo debo, en justicia, añadir el nombre del cabito de Caballería Juanito O'Connor.

Nunca escuché de sus labios una frase desagradable; nunca vi en su intención para conmigo el asomo de una doblez. Por eso mi alegría fué muy grande al saber que esta noche le iba a volver a ver, después de tanto tiempo de no saber ni una sola palabra de su vida.

Lo que yo no sospechaba cuando aquella noche, a las nueve, me dirigía al restorán de la *Alhambra,* era que, además de ir en busca del amigo, iba también en busca de mi empresario en Nueva York.

Pero de esto se hablará después.

Me lo encontré en el comedor, en el centro de una tertulia de amigos—todos los cuales lo fueron míos poco después—, fumando un puro y saboreando la sobremesa. El cabito había crecido en aquellos ocho años y tenía un bigote que, aunque púdicamente recortado, era también mayor que aquel apunte de bozo de los años de la Academia.

El ya tenía noticia de mi estancia en Nueva York; nos fuimos a una mesa aparte y charlamos de muchas cosas. Como a viajero recién llegado, me hizo unas cuantas preguntas; no a todas pude contestar, pues además de mi ausencia de España, que iba ya a tener un año de fecha, de muchas cosas por las que él me preguntó estaba yo a tanta distancia moral, por lo menos, como la suya.

Me enteré de una cosa curiosa, de la que ya le había oído algo a Miguel de Zárraga. Juanito O'Connor se había hecho empresario, había tomado un teatro en Nueva York, el Town Hall, y se disponía a explotar una película española, llamada "Oro, seda, sangre y sol", que había traído toda fresca de España el madrileño Sr. Suárez.

Pero a él la película le parecía, por sus dimensiones, poco espectáculo; se le había ocurrido la feliz idea de presentar al público de Nueva York a Ernesto Vilches, y en eso andaba; las negociaciones con el insigne actor estaban en camino, aunque, ante la buena voluntad de Ernesto, se alzaban dos obstáculos: su convalecencia y el pronto regreso a España, viaje para el cual tenía ya pedido el pasaje.

Fué al contarme todo esto cuando surgió la idea de que yo diese una conferencia en Nueva York.

No he de ocultar que a mí la cosa me pareció al principio un poco absurda. ¿Yo hablar al público de una ciudad cuyo idioma era oficialmente el inglés? Bien que lo hubiera hecho en la Habana y en Méjico, porque en Méjico y la Habana un español está siempre en su casa, entre los suyos. Pero ¡en Nueva York!

Mi escrúpulo probaba que yo no conocía aún bien la ciudad de los rascacielos. No es que yo presuma ahora de conocerla a la perfección, después de vivir en ella veinte días, pero... algo he visto de lo que es aquella colmena.

Dejando lo de mi conferencia para más adelante, Juanito O'Connor y yo decidimos ir esta misma noche a casa de Vilches, por ver si se le acababa de convencer.

Antes de ello, y en el mismo comedor de la *Alhambra,* me presentó a Elías, una de

las personas más simpáticas que he conocido en Nueva York.

Este Elías no era el popular profeta, como pudiera creerse, sino un muchacho catalán que llevaba unos cuantos años en América, ganándose desahogadamente la vida como aquí hay que ganársela: trabajando.

Sobrino de aquel coronel Elías, tan popular en la Policía madrileña, este otro Elías era el socio capitalista de Juanito O'Connor en sus empresas teatrales, porque bueno será decir cuanto antes que Juanito no tenía ni un centavo, ni en realidad lo necesitaba para nada, comò verdadero gran señor que era, aunque aquí, en Nueva York, lo fuera de incógnito.

Pero, sin dinero, trabajaba para vivir; roto todo lazo económico con su influyente familia de Madrid—el padre de Juanito era ahora uno de los miembros del Gobierno español—, vivía de sus propias fuerzas, y por ello, cuando había de trabajar en un asunto en el que hiciera falta un anticipo de numerario, necesitaba la ayuda de una persona que le financiara el asunto, como decían, traduciendo bárbaramente del inglés, muchos españoles de América.

Juntos los tres fuimos a casa de Vilches. Ernesto no estaba muy decidido a presentarse ante el público de Nueva York; él decía una cosa que era bastante razonable:

—Yo he venido aquí a descansar, y si me queda tiempo, a divertirme; me gusta hacer las cosas bien, y para representar en Nueva York una comedia española tengo que empezar por improvisar una compañía, pues la mía, al caer yo enfermo, la he mandado desde Puerto Rico a España.

Elías y Juanito, puesto ya en hombres de negocio, apuraban los argumentos, dando facilidades para todo.

—¿Una compañía? No hay que improvisarla; la hay. Unos muchachos que forman parte del cuadro dramático del Centro Andaluz de Brooklyn. Han trabajado muchas veces en español en distintos teatros de Nueva York.

Ernesto, a cada facilidad de éstas, parecía vacilar. Yo, que apenas intervenía en la conversación, me dedicaba a observarle; había el su rostro una mueca que era muy común en él y que, absolutamente inconsciente, pintaba mejor que todos los estudios psicológicos el fondo de su carácter; era un fruncido de los labios que parecía querer decir:

—Todo eso está muy bien, pero ¿vale la pena?

Irene López Heredia, que nos hacía el favor y el honor de penetrar en la estancia de vez en cuando, no parecía tampoco muy entusiasmada con la idea de salir a escena antes de embarcar para Europa.

—No hay tiempo—decía—, no hay tiempo de preparar nada. Habría que improvisarlo todo.

La entrevista se prolongó un gran rato. Cuando salimos de nuevo a la calle eran las doce de la noche. Ernesto nos acompañó un rato en el flaneo nocturno, hasta que entró con nosotros a tomar un soda helado en un establecimiento que hacía esquina a la calle 79.

Cuando se separó para volver a su casa quedó aún en el aire el acuerdo con sus probables empresarios. Y, a pesar de que el hombre se retiró casi decidido a entrar en el asunto, y éste parecía pendiente sólo de arreglo de detalles, yo quedé convencido de que Ernesto Vilches no saldría ante el público en este su paso por la ciudad de Nueva York.

Esta convicción la guardé para mí y no se la comuniqué a nadie.

* * *

A la tarde siguiente me fuí a ver a Gastón Andrade a su habitación del hotel.

Mi visita no tenía más objeto determinado que confortarme una vez más con la charla de aquel buen amigo, y al mismo tiempo, ¿por qué no decirlo?, huir un poco, en la relativa frescura de aquel mirador del piso alto, del calor espantoso que reinaba en la ciudad desde el día siguiente a mi llegada.

En la tertulia de Andrade, mientras, en mangas de camisa, saboreábamos unos *cocktails* helados, confeccionados por la mano experta del secretario Chiriboga conocí a uno de los personajes más famosos con quienes me he tropezado en este mundo, uno de esos sujetos de buena sombra espiritual de quienes se acuerda uno después gratamente durante toda la vida.

Era de Venezuela y se apellidaba Castro, como el antiguo dictador de la República; pequeño, pero bien construído; moreno, muy moreno, tenía aire y garbo al andar, como un viejo torero español—él era muy joven—, garbo y aire que se aumentaban con el adorno de un sombrero pequeñito, igual al que llevó en sus tiempos el famoso sugestionador de toros don Tancredo López, que Castrito llevaba siempre materialmente echado sobre la oreja derecha.

Gracioso y ocurrente en su conversación, era una delicia oírle, pues además sus verdaderos rasgos de ingenio eran envueltos en el tono grato de su hablar venezolano, una cadencia un poco lánguida que, ¡naturalmente!, no tiene nada que ver con el grotesco parlar de cacatúas que los autores de comedias españolas ponen siempre en boca de sus personajes americanos. Para su disculpa hay que advertir que la mayoría de esos autores no saben de América sino que es un sitio al cual no se puede ir desde España en tren.

¿De qué vivía Castrito—como todos le llamaban—en Nueva York?

A mí me ha parecido siempre una impertinencia el intento de averiguar los medios de vida de un individuo determinado; eso se queda para la policía, que no lo averigua casi nunca. Pero es una impertinencia que es muy del agrado de la mayoría de las gentes.

Cada uno vive de lo que puede y como puede. Oficialmente, Castrito vivía de la fabricación y venta de bebidas y licores clandestinos, profesión que, a partir de esa ridiculez puritana que se llama la ley seca, ejercen en Nueva York una multitud de personas honorables.

Esta era la profesión *oficial* de Castrito, pero yo no lo creí nunca; yo veía que él, con las bebidas alcohólicas, lo que hacía, más que venderlas, era bebérselas, y aunque era el proveedor de ellas para la tertulia de Gastón Andrade, la proveeduría la verificaba de modo harto anormal y arbitrario, y más de una vez, cuando se le estaba esperando como el maná del cielo, llegaba con una botella de coñac o de ginebra muy escondida debajo de la chaqueta, pero... completamente vacía.

La traía para probar su buena fe.

—¡Qué vaina, refajo! Me he encontrado ahí, en la 70, a Nicolás, cuando yo venía para acá, y se me ha bebido la botella entera.

Nicolás era su socio en la fabricación y venta de bebidas alcohólicas.

Pero, con botella o sin ella, la llegada de Castrito a la tertulia del Hotel Hargrave se acogía siempre con ese agrado, con ese regocijo espiritual con que se acoge el arribo de un señor que, con su sola presencia, nos ofrece una perspectiva de regocijo.

Castrito también sabía, no sé cómo, que yo estaba en Nueva York. Al saludarme le dijo a Gastón Andrade:

—Acabo de separarme de Nicolás, y ¿sabes lo que me ha dicho? Que me envidiaba porque iba a tener el honor de saludar al señor Belda, y que él daría con gusto veinte *dollars* por encontrarse en mi lugar.

—¡Caramba!—no pude menos de exclamar—. ¿Y quién es ese señor que en tanto estima el simple hecho de conocerme personalmente?

—Ya le conocerá usted—me dijo Gastón—. Es un tipo notabilísimo.

—Sí debe serlo.

El bueno de Andrade, continuando en su papel de Divina Providencia, que se había adjudicado cerca de mí, había preparado para aquella noche una fiesta en mi honor. Una cosa íntima, naturalmente, pues las otras, las solemnes y semioficiales, más que fiestas son malos ratos.

La cosa iba a tener lugar en el estudio y cuarto de soltero, todo junto, del poeta Chioino, que era cónsul de su país en Nueva York. Un muchacho muy simpático y muy gentil, a quien conocí aquella misma tarde, y además un verdadero poeta, a juzgar por un tomo de versos suyos con que me obsequió.

No era Chioino uno de tantos versificadores de oído y de afición que quieren poner en el uniforme de su representación diplomática el adorno de unas ramas de laurel. Hombre de vida interior harto complicada, espíritu profunda y radicalmente antiburgués, era uno de esos temperamentos que para hacer versos no tienen más que ir exteriorizando por medio de la pluma la flor de sus pensamientos.

Físicamente era un apache, pero un apache en el sentido noble de la palabra, pues yo conozco en París algunos jefes de banda que son mucho más decentes y caballeros que algunos escritores españoles.

Chioino era alto, moreno, con el pelo muy negro y unas patillas que se le corrían hasta media cara, como encerrando el rostro en un marco de energía. Uno de esos mozos de temple que se ven en las calles del barrio de la Villette y en los alrededores de la estación del Norte parisina.

Además bailaba el tango como un maestro consumado.

A su casa fuimos aquella noche Andrade, Chiriboga, Castrito, el gran dibujante Malagagranell—que en Nueva York se estaba haciendo una fortuna a punta de lápiz—, yo... y otro joven de cuyo nombre no me acuerdo, pero que recomiendo al lector que no pierda de vista, porque fué el encargado de darnos el té durante la velada.

Aunque la casa de Chioino estaba bien provista de licores, Castrito se ofreció espontáneamente a llevar unas bebidas maravillosas de su propia y especial fabricación. No quisiera calumniarle, pero quiero recor-

dar que a última hora se presentó a la reunión con una botella de agua gaseosa.

La *garçonniere* del poeta Chioino era, como todas las estancias modernas de su género, una mezcla de oratorio y lupanar distinguido; la luz era tenue, no faltaban los cirios ni los paños oscuros, pero había también, y en discreta abundancia, unos divanes propicios al revuelco y unos sillones abiertos a todas las confidencias de la carne.

Tres muchachas norteamericanas nos hacían el favor de acompañarnos en aquella ocasión y de beber con nosotros unos *cocktails* y unos vasitos de coñac. Yo tuve la suerte de que una de ellas, que había vivido en París y estaba deseando volver allá, hablase el francés bastante bien, y me enredé con ella en un diálogo socrático, mientras Chioino hacía sus habilidades coreográficas y Castrito daba su opinión sobre los licores que se nos servían con prodigalidad harto loable.

—Oye, poeta, este coñac es una vaina, refajo. Yo lo fabrico mejor.

El coñac era muy bueno, pero los celos del fabricante se imponían a toda otra consideración.

La noche se iba pasando muy agradablemente. No se hacía nada de particular, más que beber, bailar y charlar; nada de orgías sardanapalescas ni de guateques neronianos; pero, por lo mismo, el ambiente resultaba simpatiquísimo.

El son para el baile lo prestaba una victrola de voces muy claras y afinadas, y al arrullo de ellas contábamos con estar en casa del cónsul hasta el alba, por aquello de que, cuando en esta perra vida se encuentra uno en un sitio donde está realmente bien, tiene la obligación de permanecer en él, por lo menos, hasta que le echen.

Había pasado la media noche hacía ya un rato largo. Llamaron a la puerta de la calle y el dueño de la casa rogó que bajase a abrir a aquel joven tan simpático, de cuyo apellido no me acuerdo y que yo antes me permití recomendar a la atención del lector.

Pasó un rato regular; se oyeron unas voces en la escalera y Chioino salió a ver qué ocurría. Se abrió un paréntesis en la fiesta.

Las voces de la escalera se oían cada vez más cercanas; eran casi gritos, quejas, reproches... Cuando la curiosidad nos iba a llevar a todos por ver qué pasaba, volvió el dueño de la casa acompañado de una señora, a la que trataba en vano de convencer de algo que todavía no sabíamos nosotros lo que era.

—Está usted equivocada, señora. Está usted ofuscada. Cálmese...

Pero ella no se calmaba.

Era una mujer joven, vestida de oscuro, que, según pudimos enterarnos en seguida, era la esposa legítima—y madre de sus tres hijos—del joven que había bajado a abrir la puerta poco antes. Este joven había creído prudente desaparecer.

—Si yo sabía que estaba aquí; si venía a tiro hecho. Pero he querido subir para convencerme de que me engañaba. El de juerga, aquí, y yo sola en mi casa, con las tres criaturas.

Estaba excitada, nerviosísima, y, desde su punto de vista, no le faltaba razón. Su marido, sin ser precisamente un pendonazo, era un calaverilla, como lo éramos todos los demás que estábamos allí. ¡Ah, pillines!

Intentamos entre todos la ridiculez de pretender calmar a una mujer celosa.

—No tiene usted razón, señora; su marido no estaba haciendo aquí nada de particular.

—Esta es una reunión de amigos en la que, como usted ve, no se hace más que pasar el rato honestamente.

—Ahora, cuando usted llegó, nos íbamos a poner todos a jugar al tute.

—Y estas muchachas que ve usted aquí son... mis hijas.

Esta última idiotez la dije yo; lo confieso con toda humildad. Y la dije, por no estar callado, por no ser menos que los demás, por llevar mi grano de arena a la obra del convencimiento de aquella pobre mujer.

Eso aparte, todos estábamos convencidos de que la que tenía razón era ella y no nosotros. Aunque su marido, cuando la mujer llegó, no estaba precisamente haciéndole la competencia a Don Juan Tenorio, y más bien dedicaba sus actividades a llenar copas de coñac, que luego nos pasaba a todos en una bandeja, la madre de sus hijos tenía razón para chillar. Yo no sé por qué, pero la tenía.

Para chillar, sí; para mostrarse ofendida, hasta para arañar a su marido, si eso la divertía. Para lo que ya no la tenía, a mi juicio, es para su conducta actual.

Me explicaré.

Lo clásico, lo castizo en estos casos, es que la mujer que va a buscar a su hombre —marido o amante, para el caso es igual— a un lugar que ella cree de perdición, de un poco de escándalo, agarre al hombre por los cabezones y, sacándole de la cloaca, se marche con él, generalmente a casa. La consecuencia de la bronca suele ser que, al cabo de unos meses, que no pasan de nueve por lo regular, el censo de la población se ha aumentado en una unidad.

Pero aquí ocurrió lo contrario. El marido a quien venían a buscar desapareció de la escena, huyendo del nublado, y la mujer, en vez de irse con él para ajustarle las cuentas, le dejó marchar, subió a la casa y se instaló en ella, en medio de lo que, según ella misma, era una bacanal terrible.

Sí, lector, porque se instaló. Sin que nadie la invitara a ello, después de chillar un largo rato, sentóse en el sofá más cómodo del salón en que todos estábamos y, guardando silencio, se dispuso a ser testigo de lo que allí ocurriese.

Eso fué lo insólito y lo que desconcertó a todos. En seguida, dejándola completamente en paz, empezamos a fabricar hipótesis que nos explicasen la actitud de aquella dama. Hipótesis que nos comunicábamos unos a otros en voz baja, procurando que ella no lo oyese.

—Yo creo que se trata de un simple caso de curiosidad femenina—decía Gastón Andrade, con fino instinto psicológico—; esta mujer, como todas las verdaderamente honradas, ha oído hablar muchas veces de lo terriblemente babilónicas que son estas juergas que corremos los hombres, reproduciendo escenas de Grecia y Roma, y ha querido ver por sus propios ojos una de ellas, ya que la ocasión le deparaba medio tan propicio.

—Pues yo creo, refajo—decía Castrito, con su léxico peculiar—, que lo que hace es esperar por si al marido se le ocurre volver. ¡Qué vaina, refajo!

El lector habrá comprendido que este *refajo* que yo coloco en los labios de Castrito, cultivando un poco el eufemismo, era en realidad otro vocablo más expresivo y consonante de él, que no reproduzco por evitar el escándalo. Esmaltaba con él continuamente sus frases y seguramente lo pronunciaba más de un millón de veces al día.

—Lo que está esperando—ahora era el dibujante Malagagranell el que hablaba— es que todos nos vayamos. Ella lo que quiere ver es el final.

Y la fiesta seguía, casi prescindiendo de la presencia de aquella señora, a la cual, decorosamente, no se podía invitar a que participase de nuestras diversiones, aun siendo éstas tan honestas como beber coñac, marcarse algún baile que otro y oír unos discos de la Bori.

De cuando en cuando, y como si la conciencia nos remordiese a todos un poco por aquel abandono, uno de nosotros se acercaba al diván en que la dama se había instalado y cambiaba con ella unas palabras de cortesía.

Estaba ya más calmada; casi podía decirse que lo estaba del todo. Cuando yo me acerqué a ella su actitud era la del simple espectador que no pone en el espectáculo que está contemplando más interés que el de la propia contemplación. Yo quise actuar como uno de aquellos personajes de las comedias francesas a lo Alejandro Dumas, muy buenos consejeros, que se inmiscuyen en los más grandes conflictos de los demás sin otras armas que las de su verborrea.

—Si usted me permite que le diga una cosa, yo se la diré con toda franqueza, señora.

—¿Cuál?

—Que ha hecho usted mal en venir aquí esta noche. Ya ve lo que ha descubierto: nada. Si llega usted un poco antes, nos sorprende rezando el rosario.

—Sí, ya lo sé; si yo lo único que digo es que por qué mi marido, en vez de estar aquí, no estaba en su casa conmigo y con sus hijos. Hace tres días que no aparece por allí.

—No habrá tenido tiempo. ¡La vida moderna es tan complicada! Ya ve usted, yo va a hacer muy pronto siete meses que no aparezco por mi casa.

—¿Dónde vive usted?

—Desde hace un año, en París.

La buena señora se me quedó mirando con cierta duda respecto al tono en que yo le hablada. Sin embargo, yo lo hacía completamente en serio.

—Ya ve usted, todos los que estamos aquí somos amigos y personas decentes. Esto no es más que eso: una reunión de amigos.

—Pero si ya lo sé; si yo lo único que digo es que...

No pudo decir nada, porque en aquel momento—serían las dos de la madrugada— llamaron a la puerta de un modo intenso y apremiante.

Expectación. ¿Qué o quién podría ser? ¿Qué nueva película iba a desarrollarse a nuestra vista?

Ahora el dueño de la casa no quiso confiarle a nadie la misión, y bajó a abrir él mismo.

También ahora se oyeron voces en la escalera, pero más atropelladas y confusas

que antes. Se oían los pasos de dos personas subiendo a la carrera y, por encima de todo, se percibía la voz de Chioino, clara y varonil, diciendo, en tono entre suplicante e imperativo:

—Cálmate, hombre, cálmate. No seas loco.

Pero el loco penetró en la estancia como tal y en estado furioso. Era, ¡naturalmente!, el marido de aquella señora, nuestro amigo el fugitivo de pocas horas antes, pero un hombre completamente distinto.

Viéndole se daba uno clara cuenta de la metamorfosis que puede operar en un hombre, y en poco tiempo, el alcohol o la cocaína. Porque de que aquel sujeto, para cobrar ánimos, había soplado bien de lo uno o de lo otro, o de ambas cosas, no podía caber duda a nadie que le viese ahora y le hubiese visto poco antes.

Era un tigre, un ciclón. Derecho como una flecha, fué hacia su mujer, y yo creo que la hubiera estrangulado si todos los que estábamos en la estancia no hubiéramos acudido a impedirlo.

—¡Váyase usted de aquí en seguida! ¡Usted es... una tal y una cual; esto, lo otro y lo de más allá!—decía rugiendo el caballero.

Hacemos gracia al lector de los epítetos y denuestos que el buen hombre aplicaba a su costilla; imagínese lo más bajo, lo más abyecto y lo más ofensivo. Además, había una cosa gravísima: el marido llamaba a la mujer de *usted*.

En la América del Sur, cuando dos personas que de ordinario se tutean, empiezan en el curso de una bronca a llamarse de usted, es que hay entre ellas un abismo de odio.

—¡Usted se va de aquí inmediatamente! —seguía bramando el enfurecido—. ¡Usted no tiene vergüenza, y yo le voy a partir el corazón!

Yo, al dar una vuelta, me encontré al lado mío, encogida, medrosa y, desde luego, sin replicar una palabra, a la mujer. Me creí en el caso de decirla unas palabras de prudencia.

—¿Ve usted cómo tenía yo razón? No ha debido usted venir.

—Es verdad, es verdad...

—Ahora, déjele que se desahogue; dentro de un rato todo se le habrá pasado.

No se necesitaba tener muy desarrollado el instinto profético para predecir esto. En efecto, al cabo de unos diez minutos, y gracias, sobre todo, al tacto diplomático y la influencia amistosa que Chioino ejercía sobre el enfurecido joven, los reproches de éste a su costilla habían bajado mucho de tono y eran ya más bien quejas amargas que trenos apocalípticos.

La cosa estaba en buen terreno. Los esposos se habían acercado física y moralmente; pasaron unos minutos más, y el dueño de la casa los encaminó juntos hacia la puerta de la calle, si no reconciliados del todo, dejándonos, al menos, la tranquilidad de que por aquella noche no dejaría él a sus hijos huérfanos de madre.

Y la fiesta se acabó aquí. Nos fuimos también a la calle los demás, después de haber apurado la última copa.

Habíamos bebido mucho; íbamos, si no borrachos, alegres, decididos. Castrito iba gruñendo:

—¡Qué vaina, refajo! Por poco tengo que darle a ese mozo un directo a la mandíbula. ¡Qué vaina nos ha colocado!

Había ocurrido que, en el fragor de la batalla que siguió a la entrada furibunda del mozo, hubo un momento en que éste se revolvió contra Castrito, por ser el venezolano uno de los que con más violencia le sujetaban.

—¿Quién es usted? ¿Qué pinta usted aquí? Yo a usted me lo como también—había amenazado el hombre.

Y Castrito, sin perder su flema habitual, le había replicado:

—No seas vaina, refajo; a las mujeres no se las pega más que en casa y con un bastón.

Y entonces hubo que separar a los dos, además de separar al marido de su mujer.

Ese era el breve episodio que ahora rememoraba Castrito mientras íbamos camino de Broadway.

A mí todo lo ocurrido aquella noche me pareció muy bien: pintoresco y hasta si se quiere divertido. Lo confieso francamente desde el fondo de mi egoísmo.

En el *Subway,* donde una parte de los invitados nos dirigíamos a la calle 50, hubo otra escena edificante. Iban en nuestro coche unos marineros americanos en número de cinco o seis; se veía que todos iban alegres, todos llevaban en la cara ese sello especial que imprime el consumo exagerado de bebidas alcohólicas, pero uno de ellos había llegado, por lo visto, en ese consumo a batir el *record;* iba cantando a gritos que llegaban casi a dominar el ruido fuerte de los vagones; de cuando en cuando se levantaba de su asiento y daba un salto o abrazaba y besaba cariñoso a cualquiera de sus compañeros. Estos se reían mucho de tales hazañas, que el hombre ejecutaba dándoles un tono de deliciosa puerilidad.

Bajaron ellos también en la calle 50, como nosotros, y al hombre de los cantos y de los besos tuvieron que llevarle a pulso sus camaradas para que no se cayera al suelo. Pasó el grupo muy cerca de mí; de él salía un olor a *whisky* y a ginebra que atufaba.

Ya en Broadway, el marinero siguió cantando con más fuerza. En la calle no había ya más luces que las del alumbrado público.

¡Pero, para alumbrado, el de aquellos hijos de Neptuno!

* * *

A la mañana siguiente visité la oficina de Elías, el socio de Juanito O'Connor.

Estaba situada en el edificio más alto de la calle 42, al lado precisamente del New Amsterdam Theatre; la casa disponía de cinco ascensores para servicio del público, y en todos sus detalles era un modelo de esos gigantes de albañilería construídos en Nueva York para que sirvan de residencia a doscientas o trescientas oficinas distintas.

Son esos edificios como ciudades en pequeño; tienen su instalación de agua y luz especial, su servicio telefónico, su policía, formada por los porteros, encargados de los ascensores, y unos mozos que cuidaban de la limpieza en cada piso. En la entrada, junto a la calle, tenían casi todos ellos un puesto de tabaco y de alguna otra chuchería, como goma para mascar: pequeños comercios que, aunque recogían alguna clientela del transeúnte de la vía pública, reclutaban casi toda su parroquia entre los que pudiéramos llamar vecinos de la casa. Hay que tener en cuenta que entre empleados de las distintas oficinas y clientes que acudían a ellas para ventilar sus asuntos seguramente desfilarían al día de cuatro a cinco mil personas por aquellos vestíbulos, que eran como calles cubiertas de la ciudad.

Al llegar la noche, en aquellas colmenas gigantescas no quedaban más habitantes que los guardianes y porteros: total, ocho o diez personas. Y así, los transeúntes de muchas calles de Nueva York pasaban por la noche por entre dos filas de edificios desiertos y como dormidos, cual un río de corriente muy caudalosa, pero cuyas orillas fueran arenales desprovistos de toda vegetación.

En otras partes, en muchas ciudades de Sudamérica y en algunas de Europa, se han construído casas que son una pobre imitación de estos "buildings" neoyorquinos; en Europa los hay en Roma y en Madrid; no los hay, en cambio, en París, ciudad que con su indiscutible buen sentido ha sabido librarse de estos ridículos servilismos de imitación.

Porque cuando se ven los de Nueva York, ¡qué pretenciosos y grotescos resultan esos otros en su pequeñez! Hay cosas en las que, indudablemente, no cabe la miniatura, y a mí ahora esas casas para oficinas de Madrid o de Méjico me parecen la realización más perfecta de la fórmula del quiero y no puedo.

La oficina de Elías estaba en el piso tercero, lo cual, en un edificio de éstos, era como estar al nivel de la calle. El ascensor le subía a uno hasta él en un suspiro; luego, siguiendo un pasillo, al cual daban las puertas de cristales de otros despachos —¡las veces que habremos visto en los cines estos pasillos y estas puertas!—, se llegaba al final a la que buscábamos.

Allí el simpático catalán emigrado tenía una agencia de informaciones, una imprenta pequeña con su linotipia y todo, un centro productor de películas, y no tenía un *ring* para boxeo porque no cabía en el local.

Y tenía, sobre todo, algo que era muy de agradecer en estos días terriblemente infernales por que estaba pasando Nueva York: un fresco delicioso.

La situación de la oficina, al fondo del edificio, le permitía tener huecos abiertos al aire en dos de sus paredes; ello y una combinación de ventiladores verdaderamente mágica, hacía que el visitante que llegaba de la calle poco menos que asfixiado, se sintiese trasladado de pronto al Polo Norte sin haberse tropezado en el camino con una sola foca.

El personal de la oficina lo formaban, además del simpático Elías, jefe y director, Juanito O'Connor y dos muchachos más, españoles los dos, uno de los cuales era el encargado de la linotipia: señorito este último como los demás, pues en Norteamérica los linotipistas no son obreros, sino empleados...

¡Y cuidado que allí es difícil, ni por el sueldo, ni por otras muchas consideraciones, establecer esa distinción! El señorito, er el sentido español de la palabra, es cosa que allí no existe; yo he empleado el concepto porque soy autor español y escribo para españoles.

En la oficina de Elías, como en todas las de Nueva York, especialmente en aquella época del año, se trabajaba en mangas de camisa; un grifo, de donde salía una riquísima agua helada, servía para confortar el

ánimo de cuando en cuando, como pueda confortarlo la bebida más apetitosa.

¡Oh, el agua helada de Nueva York! Yo debiera entonar aquí un canto en su honor, pero denlo ustedes por entonado. Se la encuentra uno en todas partes: en los grifos de los casas, como aquí en esta oficina; en los restoranes, en los vestíbulos de los teatros a la disposición del espectador, con un depósito de vasitos de papel impermeable que el sediento arroja a un cesto después de haber satisfecho su necesidad; en los vagones de los trenes en la misma forma.

Y ese agua, don del cielo, es, además de helada, filtrada, de sabor agradabilísimo. ¡Y cómo hacen agradable también la vida estos detalles pequeños, suponiendo que sea un pequeño detalle de la vida de una ciudad éste que comentamos!

Ellos, a más de la complacencia material, le proporcionan a uno la satisfacción moral de ver que hay alguien que se preocupa del bienestar del ciudadano: algo, autoridad o lo que sea, que se acuerda de él para algo más que para exigirle el pago de la contribución o el cumplimiento seco de la ley, con severidad de idiota.

Dirá el lector que en el curso de estos apuntes me detengo con exceso en el comentario de pequeñeces; pero es que son ellas, al sumarse, las que forman la impresión optimista o pesimista que a uno le queda de su paso por una ciudad o un país. No siempre se pueden comentar hechos grandiosos, relatar hazañas heroicas: que el que sólo llena sus relatos con acontecimientos rimbombantes comete casi siempre un pecado contra la sinceridad, porque son precisamente los sucesos menudos los que dejan más huella en nosotros, los que van labrando poco a poco los surcos de que se llena nuestra vida.

Aquella mañana quedó decidido en la oficina de Elías el asunto de mi conferencia; la daría definitivamente en el Town Hall, para completar la película "Oro, seda, sangre y sol", que el simpático y madrileñísimo Suárez había traído de España.

Hasta se señaló la fecha: el día 13, festividad de San Antonio de Padua, cuando los habitantes de Madrid bajan a La Florida, como bajaba yo mismo otros años, a dar unas vueltas en un "tíovivo", corriéndome luego hasta la cuesta, a cenar en casa de Camorra.

A mí, como indiqué más arriba, me pareció al principio absurda la idea de salir a dar una conferencia en castellano en un teatro céntrico de una ciudad donde se hablaba el inglés; bien pronto me convencí de que la cosa podría salir bien o mal, pero no tenía nada de absurda.

En Nueva York era verdad que se hablaba el inglés, pero se hablaba también el italiano, el castellano, el chino, el polaco y otras cuantas lenguas más o menos enrevesadas. Y todas ellas se hablaban, no de una manera esporádica, ni por los intérpretes de los hoteles, sino como se hablaban en sus países respectivos; había calles enteras donde las personas que no supieran hablar la lengua del Dante y del doctor Pittaluga se verían comprometidas para entenderse; en todo un barrio—donde ya iremos de visita, lector—no se hablaba más que castellano, y si el italiano era tan grande como muchas ciudades de Italia, el español era mayor que algunas capitales de provincia españolas.

No hablemos de los barrios judío y chino, en los que para experimentar la sensación de haber salido de Nueva York no hacía falta más sino que le pidieran a uno el pasaporte al entrar.

En ese sentido, Nueva York es la única ciudad verdaderamente cosmopolita del mundo; las demás que presumen de eso lo son en broma. En rigor podía decirse que en la isla Manhattham había varias ciudades, unidas sin solución de continuidad; a la grandeza total de la urbe no eran sólo los americanos los que habían contribuído.

Por eso, como me decía con acierto Elías para acabar de decidirme, ¿qué tenía de particular que yo diese una conferencia en castellano para los españoles de Nueva York? Sería como si la diese en Madrid o en Logroño.

De acuerdo. Cuando llegó el momento de fijar las condiciones económicas en que yo había de trabajar—porque no había que olvidar que estábamos en el país del dinero, según la frase consagrada—, mis dos empresarios abrieron la espita de la generosidad; allí no se trataba de un negocio, sino de una empresa de amigos, y ellos querían que en lo que de sí mismos dependiera me trajese yo un buen recuerdo de Nueva York.

No habrá que decir que nos entendimos en seguida; en esas condiciones, el acuerdo es fácil.

Aquella misma mañana, en la propia oficina de Elías, conocí al andaluz Hurtado, hombre grande si los hay, habitual concurrente al restorán de la Alhambra, que llevaba ocho meses de estancia en Nueva York, donde había venido con el único y exclusivo objeto de vender un mantón de Manila de su propiedad que era realmente el cuadro de las lanzas de los mantones.

Hurtado decía que, además de eso, había venido a Nueva York para aprender el inglés; pero no había que hacerle caso. Ustedes comprenderán que un andaluz, para aprender el inglés, no tiene necesidad de ir a Nueva York: con trasladarse a Jerez tiene bastante.

Lo que pasaba es que al cabo de ocho meses, Hurtado, que era hombre listo, había aprendido el inglés.

Yo tuve la suerte de hacer amistad con él; había vivido en Méjico, y yo, recién llegado de aquel maravilloso país, charlaba con él largos ratos, recordándole cosas, preguntándome él por otras, dorándolas entrambos con ese brillo que da la ausencia aun a las cosas y personas más vulgares.

Se me olvidaba decir que al llegar yo a Nueva York el simpático hijo de la Bética no había vendido aún el mantón. Durante unos días lo tuvo expuesto en un escaparate de la quinta Avenida; un día un ciudadano de la libre América entró a preguntar el precio; cuando se lo dijeron, con toda tranquidad ofreció mil *dollars*. Claro es que se salió a la calle a cuerpo; es decir, sin el mantón.

Pero Hurtado acabaría por colocar la prenda en Nueva York; cuando yo salí de allí ya se hablaba en la tertulia de Elías de rifarlo. Y el hidalgo andaluz, que era hombre que se ponía en todo, decía muy solemne de cuando en cuando:

—Yo no me preocupo; el día que me canse, cojo el mantón, me envuelvo en él y me arrojo de cabeza al Hudson.

Hurtado era hombre de realidades y nada fantástico, pero a mí su caso me evocaba los de tantísimos europeos como llegaban a diario a Nueva York firmemente convencidos de que iban a vender el cuadro de firma valiosa, la alhaja de mérito, el libro raro o el encaje de trama sutil y única.

La mayoría de ellos eran víctimas de la leyenda que circulaba por el mundo entero: Nueva York era el mercado único y excepcional, en el que todo lo que tenía algún valor se compraba y pagaba muy bien. Lo que había de *bluff* en ello era obra de los extranjeros más que de los mismos norteamericanos, cosa que ocurría con la mayor parte de las leyendas del país del *bluff*.

Y la realidad era muy distinta; en Nueva York se vendía algo muy de tarde en tarde, y regularmente pagado; todo lo demás que venía a este mercado, donde, por lo general, el vendedor era más ambicioso que el comprador, se volvía por sus propios pasos a Europa o se quedaba, por una cantidad ridícula, en manos de los habitantes del barrio judío, que eran, por así decirlo, los prenderos y traperos del mundo.

Aquella noche, después de cenar en la Alhambra, Juanito O'Connor y Elías nos llevaron a visitar el famoso barrio chino. Ernesto Vilches formaba también parte de la expedición; el gran actor, en pleno período florido y optimista de la convalecencia, empezaba ya a hacer sus saliditas a pie... todo lo que en Nueva York se puede andar a pie: a meterse en suburbios y rincones donde estudiaba los tipos raros que luego reproducía en escena con asombrosa fidelidad.

El ya conocía el barrio chino de Nueva York. A mí Juanito, por el camino, me iba diciendo:

—Le advierto que el tal barrio chino no tiene nada de particular; es un barrio como cualquier otro de la parte baja de la ciudad, con calles relativamente tortuosas, nada más que relativamente, sólo que en lugar de estar habitado por americanos o europeos, está habitado por chinos, pero por unos chinos que van vestidos como usted y como yo.

—No importa; a mí me gusta verlo. No quiero que me cuenten las cosas cuando mis propios ojos me las pueden contar; y aunque sólo sea para convencerme de que el barrio chino es una leyenda más, quiero ir a él.

Y fuimos.

Yo no le sabría decir al lector cómo se llamaba la calle donde dejamos el elevado, ni aquella otra que arrancaba de una plaza y nos llevaba en seguida al corazón del barrio; para recordar todo eso al detalle haría falta haberlo ido apuntando en un papel a medida que se iba pasando. Lo que sí sé es que Juanito O'Connor no me había engañado: el barrio chino de Nueva York no tenía *ya* nada de particular.

He subrayado el *ya* porque parece ser que antaño sí lo tuvo. Hogaño, entre la policía y la abundancia de bazares de ropas hechas, que ponían los trajes de americana y pantalón al alcance de las bolsas de todos los chinitos del barrio, procurándoles el medio de vestirse más barato que con los trajes de seda y lentejuelas de su país, aquello realmente no valía la pena.

Para convencerse de que estaba en el barrio chino, el visitante había de mirar, aparte los rostros de la mayoría de los vecinos, los letreros de las tiendas, escritos en esa graciosa desarmonía gráfica de signos que parecen los componentes de una sopa de letras tirados al azar.

Pero esas mismas tiendas, por dentro, eran iguales a cualquiera de la madrileña calle de Calatrava.

Alguien, sin embrgo, tenía decidido empeño en que no se acabase la leyenda; de cuando en cuando, por el centro de la calle por donde íbamos, avanzaba un pelotón de turistas; delante de ellos iban dos guías, dos sujetos rubios con cara de granujas, que eran los encargados de engañar como a chinos a la caravana de visitantes.

Otros dos individuos, dos pillastres también, cerraban la marcha para impedir que un transeúnte desahogado se sumase a la manifestación sin haber pagado la que podríamos llamar cuota de entrada ni el importe del autocar que traía a aquellos peregrinos desde el corazón de Nueva York, generalmente desde las proximidades del gran edificio del *Times*.

De cuando en cuando la patulea penetraba en una casa siniestra—como puede ser siniestra una destrozona en una tarde de Carnaval—, de escalera muy estrecha, por la que se subía a una sala muy grande y muy destartalada, para entrar en la cual cada uno de aquellos romeros tenía que dar un *dollar* o cincuenta centavos.

—Esto es un templo chino—les decían.

Y había que creerlos; pero aquello más bien parecía un guardamuebles vacío.

Otras veces, al volver una esquina, en el recodo de una de las calles más estrechas, los guías pastores detenían a su rebaño y, adoptando un aire misterioso, les decían:

—Aquí, hace dos años, uno de los chinos más notables del barrio asesinó a un matrimonio de compatriotas que le debía cierta cantidad de dinero. Si se fijan ustedes, verán que aun se nota en el pavimento de la acera y en la piedra esa del zócalo el rastro oscuro de la sangre.

Y señalaban un lamparón húmedo y verdinegro que lo mismo podía ser sangre que ese sedimento litínico que dejaba en la piedra el paso frecuente de los perros enfermos de incontinencia vesical.

En el barrio había un teatro chino, se tiraba un periódico y se vendían algunos objetos chinos... fabricados en Brooklyn.

Yo, que soy amigo de apurar bien el consonante cuando se trata de enterarse de las cosas, pregunté a los amigos que me acompañaban:

—Bueno, pero ¿en el interior de estas casas tan vulgares habrá, por lo menos, algún fumadero de opio?

—Sería exagerado decir que no habrá ninguno, allá, en el último rincón de cualquiera de esos patios; pero. desde luego, será una cosa plebeya y vulgar. En cualquier otro rincón céntrico de Nueva York es más fácil encontrar algo de eso que aquí.

—¿Sabe usted dónde dicen que hay un barrio chino verdaderamente interesante?—me dijo Elías—. En San Francisco de California.

Yo, al oírle, no pude menos de acordarme de mis visitas al que podría llamarse —aunque nadie lo llama así—el barrio chino de la Habana. Aquellas calles de San Nicolás y San José tampoco tienen nada de particular si no es el estar pobladas de hijos del Celeste Imperio, la mayoría de los cuales se dedican al lavado y planchado de la ropa. También hay un teatro chino y también allí los letreros de las tiendas están escritos con signos que parecen fideos retorcidos y hebras de té.

Y recordaba yo ahora lo que más de una vez me habían dicho los amigos que me acompañaban en el callejeo habanero.

—Usted, que piensa ir a Nueva York, allí verá un barrio chino interesante de verdad; este de aquí no tiene nada de particular.

Ahora, en el de Nueva York, que, salvo el tamaño, es exactamente igual al de la Habana, no pude menos de decir a mi amigo:

—Mire, amigo Elías, yo voy viendo que para ver un barrio chino interesante de verdad hay que ir a China, y aun allí, ¡quién sabe!

* * *

A la mañana siguiente, en punto de las siete, es decir, cuando sólo hacía cinco horas que me había acostado, el timbre del teléfono de mi cuarto resonó sobre mi cabeza.

La llamada era impulsiva, nerviosa, como de alguien que pide socorro o cosa parecida. No conocí la voz del que me hablaba, pero pronto deduje quién era.

—¿Quiere usted hacer el favor de venir cuanto antes a la oficina de Elías?

—¿Qué pasa?

—Pues nada, que me acusan del robo de una sortija en casa de *la Macarena*. Ya sabe usted: la cupletista esa que dice que es española y que anda por aquí, por Nueva York, desde hace tiempo.

—Pero, hombre...

—Venga por aquí en cuanto pueda y le contaré detalles.

—Sí, sí; voy en seguida.

Era Juanito O'Connor el que me había hablado por teléfono desde la calle 42. Me bañé y me vestí como si fuera yo mismo el acusado, salí a la calle y, aunque hice el trayecto a pie, antes de las ocho menos cuarto estaba en la oficina de Elías.

Tan temprano no había nadie en ella más que Juanito y uno de los operarios.

—Pero, hombre, ¿qué película es esa de que me ha hablado?

—Pues eso que dice usted: una película.

Estaba en mangas de camisa, dando grandes paseos por la estancia, relativamente tranquilo, pero llevando retratado en el rostro ese asco moral que produce una acusación injusta... y del cual nadie puede figurarse la náusea si no ha sido víctima de una de tales estupideces.

—Cuénteme, cuénteme el argumento.

—Pues verá usted el argumento. Anoche, cuando me separé de ustedes, de regreso del barrio chino, me fuí a casa de *la Macarena,* donde hay casi todas las noches unas reuniones completamente honestas, pero, por lo mismo, muy aburridas, que se prolongan hasta la madrugada. Allí van unos cuantos españoles, amigos míos todos ellos; anoche no había mucha gente, pero al entrar me sorprendió ver dos tipos absolutamente desconocidos y que parecían americanos. Se empezó a hablar y a decir tonterías, como siempre, y poco a poco fué la gente saliendo de la estancia en que estábamos reunidos todos los visitantes, hasta quedar solos en ella la dueña de la casa, los dos norteamericanos y yo. *La Macarena* salió también no sé con qué pretexto, y al quedarnos solos los tres hombres se me colocó uno a cada lado y empezaron a hacerme en inglés, después de haberse enterado de que yo lo hablaba, una serie de preguntas absurdas. "¿Hace mucho tiempo que vive usted en Nueva York? ¿De qué vive? ¿Cuáles son sus medios de vida?..." Y no me preguntaron si estaba vacunado porque, por lo visto, se les olvidó. Por la forma en que me preguntaban comprendí que no se trataba de una simple curiosidad; ellos, a su vez, debieron comprender mi sospecha, porque espontáneamente destaparon el lío: "Somos—me dijeron—dos detectives privados, encargados por la dueña de esta casa de averiguar quién le ha robado una sortija que ha desaparecido de su joyero." Me quedé sin saber qué decir, pero muy pronto, deseando aclarar la cosa, pregunté yo a mi vez: "¿Y la dueña de esta casa sospecha de mí?..." Antes de contestar cambiaron una mirada, y por fin dijo uno de ellos: "No es que sospecha, es que cree firmemente que ha sido usted quien se ha llevado la sortija."

—¡Hola!

—Me levanté de un salto de mi asiento..., pero no dí ni una prueba más de violencia ni de malhumor. Yo he tenido siempre la ventaja de que, al encontrarme en la vida ante el absurdo franco y declarado, nunca he perdido la serenidad; me enfurezco a veces por una pequeñez, pero ante una gran canallada, ante una idiotez de gran calibre, me invade instantánea una gran piedad por el género humano, piedad que se traduce en una amarga resignación. En este caso de anoche me limité a llamar a la dueña de la casa y a rogarle que se explicase delante de aquellos dos sujetos. Pero la explicación tuvo más público, porque con *la Macarena* acudió toda la demás gente que había en la casa cuando yo llegué; entonces comprendí que me estaban esperando y aquello de los detectives era un golpe teatral preparado.

—Pero ¿ellos sabían que iba usted a ir anoche?

—Voy con bastante frecuencia, y además me parece que la última vez que estuve anuncié que volvería anoche.

—Bueno, y ¿qué dijo *la Macarena?*

—Estaba muy nerviosa y parecía que la acusada era ella; me preguntó si me acordaba yo de que hacía unas cuantas noches sacó el joyero y nos estuvo enseñando las alhajas a unas cuantas personas que estábamos allí; yo lo recordaba perfectamente, y entonces ella, con cierta perfidia, me dijo: "¿Y no recuerda usted, Juanito, que cogió la sortija esa que a mí me falta y la fué dando vueltas y mirando muy despacio?" Claro que lo recuerdo, pero esa señora que tiene tan buena memoria se ha olvidado de algo muy esencial que yo anoche me encargué de recordarle. "¿Y usted no recuerda, le dije, que yo mismo tomé la sortija y, delante de todos, la volví a colocar en el joyero, y hasta me permití la broma de decir, al hacerlo: "Cuidado, que dejo aquí esto, no vaya luego a perderse, y yo no quiero bromas?"

—¿Y de eso no se acordaba?

—¡Mire qué casualidad! Eso se le había olvidado.

—Bueno, y ¿en qué ha quedado la cosa?

—*La Macarena* me pidió que pasara con ella a una habitación que tiene llena de armarios roperos y, solos los dos en ella, me dijo muy tierna: "Mire, Juanito, yo sé que usted ha empeñado la sortija; deme la papeleta y yo le juro que nadie sabrá nada ni seguirá el asunto adelante."

—¡Qué absurdo! Es el sistema que siguen todos los malos policías cuando se las quieren dar de psicólogos y de maquiavélicos.

—Yo le dije con toda calma: "Mire usted, señora: lo menos desagradable que le puedo decir es que está usted equivocada; yo no tengo esa papeleta ni la puedo tener, por la sencilla razón de que yo, esa sortija

conocerle a usted—me decía Andrade—; no le va a costar más que una botella de *whisky* fabricado por él, y que se ha comprometido a llevarnos.

El tal café turco estaba también, ¿cómo no?, en una de las calles de la parte baja de la ciudad. Ya me iba a mí chocando que en Nueva York, casi siempre que había que ver algo interesante era preciso ir a lo que allí se llama *abajo de la ciudad;* por lo visto todo lo que se había construído de la calle 14 para arriba no tenía más que fachada.

La expedición la formábamos al salir del Hotel Hargrave: Gastón Andrade, su secretario Chiriboga, mi hijo Rafael y yo; el *subway,* providencia de los andarines en Nueva York, nos dejó en una plaza no lejos de la cual estaba el sitio donde nos dirigíamos. En la esquina de él nos esperaba Castro, que al vernos llegar prorrumpió en grandes gritos.

—¡Qué vaina, refajo! Tardan ustedes más que si vinieran de las islas Hawai. Llevo dos horas en esta esquina, como una buscona que necesitase un par de *dollars* para irse a dormir.

Andrade, sin hacer el mayor caso de sus aspavientos, le preguntó:

—¿Y Nicolás?

—Ahora viene; ha ido a buscar el *whisky.*

—Bueno, pero no es cosa de que le esperemos aquí en la calle.

—No, vamos a subir; él ha quedado en buscarnos arriba.

Una puerta muy pequeña, que se abría en una calle lateral, ponía en comunicación con una escalera estrechísima; había que subir hasta un primer piso, pero no muy alto. Otra puerta, y se estaba ya en el recinto.

Era éste de pequeñas dimensiones, bajo de techo, aunque no siniestro; tenía unas mesas de madera y unos asientos llenos de cojines de tela de colores vivos; el alumbrado, bastante tímido, salía de unas lámparas muy raras, también de madera y tela, que parecían ruecas de hilar de las que trabajaban nuestras tatarabuelas.

Y por todas partes, colgados de las paredes, pendientes del techo, apoyados en un rincón, cuadros, pipas, floreros, alfanjes más o menos ensangrentados, todos esos objetos que parecen prestados por la guardarropía de un teatro y con los cuales se adornan ahora casi todos los interiores llamados de artistas y la mayor parte de los *cabarets.*

Yo no sé si en Turquía los cafés serán así; me figuro que no. Pero éste de Nueva York era simpático, íntimo, y tenía en dos de sus muros unas ventanitas a la calle, con unas cortinas muy graciosas, a traves de las cuales llegaba al interior algo así como una luz filtrada y lechosa, procedente de los focos del alumbrado público.

La concurrencia estaba de acuerdo con el local; jóvenes de melena grasienta y mirada perdida, que querían resucitar, un poco inútilmente, en el corazón de la ciudad de los negocios, las costumbres un poco pasadas de la bohemia de París; viajeros curiosos, damas bien vestidas, con sus caballeros correspondientes, que iban allí como podían haber ido al Parque Zoológico de Brown, o cualquier sitio donde les hubieran anunciado que se exhibía un animal raro, o un hombre con dos cabezas.

Una mujer, que no vacilaré en calificar de monstruosa, aunque no tenía nada de particular, circulaba entre las mesas sin parar un momento, hasta el punto de que no se sabía si formaba parte del público o de los atractivos del local, contratados por el dueño del café; era bajita, de cabeza muy gorda, que llevaba pelada al rape, y en la cual habían empezado a brotar como unos alambres retorcidos, sumamente repugnantes.

La cara tenía ese color tierra que se le pone a los cancerosos y a algunos *reporters* de sucesos, y en su indumentaria había una mezcla de masculino y femenino sumamente desagradable. La misión de aquel engendro parecía ser la de recordarnos que estábamos en la tierra de Edgar Poe.

Lo peor del caso fué, y perdona, lector, esta digresión, que a aquella mujer o lo que fuese, me la volví a encontrar a bordo del transatlántico francés "Rochambeau", en mi viaje de vuelta a Europa, y luego me he tropezado con ella tres veces en París, como una obsesión, como una pesadilla.

Menos mal que la última vez que la he visto ha sido comprando medio kilo de manzanas en una frutería de una de las calles más estrafalarias de Montparnasse, y esto me ha reconciliado un poco con ella, porque yo amo las manzanas casi tanto como nuestro padre Adán, que en paz descanse.

Pero lo más interesante del café turco era el dueño; Castro, gran amigo suyo, le hizo venir a nuestra mesa y me lo presentó.

Era un hombre como de unos cincuenta años, con el pelo y el mostacho gris, y un aire de pirata jubilado que casi olía a calafate.

—Aquí tiene usted, amigo Belda, al propietario del local. Un hombre que ha corrido todo el mundo y que habla sesenta idiomas. ¿No son sesenta?

—Cincuenta y tres—replicó muy serio el interpelado.

—¿Cincuenta y tres idiomas?—pregunté yo, un poco mosca.

—Sí, señor; el inglés, el italiano, el turco, el francés, el *español,* el argentino, el venezolano, el cubano, el mexicano...

—¡Ah!, vamos, sí, etc., etc.

Corté la lista, porque aquel hombre llevaba camino de colocarme toda la geografía de América.

Hablaba con una voz que debió ser bella en tiempo; ahora era baritonal, un poco cascada, con ese sonido a hueso que pone en la garganta humana el uso dilatado del alcohol.

—Cuando hay que ver a este hombre—decía Castro—, es en un sábado; se viste de corsario, con un pañuelo colorado a la cabeza y un pistolón al cinto. ¡Está que da el tobillo, refajo!

—Hombre, ése es el traje de mi país.

—¿De dónde es usted?

—De Bagdad... Pero he vivido en todo el mundo.

Y, sin transición, como si fuese poco amigo de las divagaciones, preguntó:

—¿Qué tomarán? ¿Café?

—Sí, traiga café para todos—dijo Andrade—. Le advierto, amigo Belda, que el café de aquí es una cosa seria. No se parece nada al que se toma en el resto de Nueva York, que, como habrá visto, es bastante malo.

Vino el de Bagdad con una tacitas, no mayores que una nuez, llenas de un líquido espeso y negruzco. Tan espeso era, que la mitad del recipiente estaba ocupada por un polvillo que no se disolvía por mucho que se le agitase con la cucharilla. Y al beberlo había que tragarse aquel polvo..., porque si no no tomaba uno café turco.

Era una bebida deliciosa y de un dinamismo enorme; al poco rato de absorbida se notaba una fuerza, un optimismo mucho mayor que el que producía el café corriente, aunque fuera del bueno. Como excitante para sustituir al alcohol, prohibido por la ley seca, no hubiera estado mal aquel brebaje que servían en el café turco. Pero si tal bebida se hubiera generalizado, pronto habrían salido unos de esos fabricantes de estadísticas, demostrándonos que todos los asesinatos que se cometían en el territorio de la Unión eran debidos al uso del café turco. El cual sería prohibido al poco tiempo; la cuestión es fastidiar.

Pero ya Nicolás aparecía por la puerta de la escalera y venía hacia nosotros. Le adiviné, antes de que nadie me dijera que era él.

—Usted es el señor Belda, ya lo sé; no necesita usted que me lo presenten; no puede ser otro.

—¿Me conoce usted por los retratos?

—No, señor; no he visto un retrato de usted en toda mi vida. Le he reconocido en la fuerza espiritual; usted es usted y no puede ser otro. Responde usted perfectamente a la idea que yo me tenía formada.

—Bueno, Nicolás; ¿y el *whisky?*—preguntó Castrito.

—¿El *whisky?*

—¡Claro, refajo!

—Pero, hombre, qué materialista y grosero eres. ¿Para qué necesitas alcohol ahora? Estás en compañía de uno de los hombres más grandes de Europa y pides licores enebriantes. ¿No te basta con su conversación y con su contemplación?

Pero Andrade se encargó de poner las cosas en su punto.

—¡Eh, poco a poco, Nicolás! Tú te has comprometido a traernos una botella de *whisky,* y la presencia aquí del señor Belda no debe servirte de excusa. Aparte de que es el propio señor Belda el que con más ansia está esperando la bebida.

Nicolás quedó un poco desconcertado. Me miró como solicitando mi ayuda.

—Sí, amigo Nicolás—le dije—; anhelamos el alcohol y le esperábamos a usted como al santo advenimiento. ¿Para qué engañarle?

—Pues la botella ésa la traía; la traía aquí, debajo del chaleco, pero en el camino me la han quitado.

—¿Quién?

—Pues un agente de la prohibición.

—¡Vaya! El cuentecito de siempre.

—¡Qué vaina, refajo!

—Eres un idiota—exclamó Andrade indignado.

Al parecer, aquella conducta era muy frecuente en el fabricante clandestino de bebidas espirituosas. Andrade lo decía ahora en su presencia.

—Yo, siempre que me anuncian que Nicolás o su socio Castrito, aquí presente, me van a llevar unas botellas, mando al criado que me ponga a helar un buen jarro de agua fresca, porque sé que eso es todo lo que voy a beber en la jornada.

Aquello picó el amor propio de Castro.

—¡Vaya! ¿Tú quieres beber esta noche?

—Me choca la pregunta.

—Vente, Nicolás; en diez minutos estamos de vuelta.

—Pero ¿dónde vamos? Porque yo en mi casa no tengo nada.

—¡Déjate de vainas, refajo! Tú vente conmigo y no te preocupes. Y luego le vamos a dar a éste—por Andrade—con la botella en la cabeza.

Ya estaban de pie, ya salían, cuando Gastón Andrade les dijo, lleno de zumba:

—No vayáis a volver con unos vasos de limonada, que estamos haciendo la digestión y el limón la corta.

Nicolás, en la puerta de la escalera, le decía a Castro:

—Te advierto que el agente que me ha quitado la botella se ha quedado parado en la esquina.

—No importa; nosotros vamos a lo nuestro.

Andrade aprovechó aquella tregua para explicarme el fenómeno psicológico que se operaba en Nicolás cuando de esto de proveer de bebidas a los amigos se trataba. El estaba lleno de buena voluntad, aceptaba el encargo y salía, en efecto, de su casa llevando escondidas contra el pecho, debajo del chaleco, la botella o botellas que se le habían pedido; pero se conoce que, por el camino, empezaba a sentir remordimientos: "¿Y voy yo a consentir—debía decirse—que por mi culpa se envenene nadie? ¿Y voy yo a faltar a la ley de una manera tan descarada?" Y para silenciar los gritos de su conciencia, se metía en el primer portal que encontraba y se bebía íntegro el contenido de las botellas. Después dejaba éstas muy apoyaditas en la pared, detrás de la puerta de la calle.

Y el rabelesiano Andrade añadía:

—Esto no es que lo confiese él, pero yo me figuro que es lo que le pasa.

No diez minutos, sino veinte, pasaron hasta que volvieron los exploradores; pero lo importante es que volvieron y que en el semblante moreno de Castro se veían las señales inequívocas del triunfo.

Sin decir una palabra se sentaron a la mesa.

—¿Fracasados, no?

—Sí, chico—dijo Castro—; está la noche fea.

Pero en la manera de decirlo se le notaba que la bebida estaba allí, debajo de las ropas de cualquiera de ellos.

—Bueno, venga esa botella y no tontear más—dijo Andrade.

Castro hizo una mueca extraña y de entre la camisa y... la carne extrajo una botella cuadrada, algo parecida en su forma a los frascos de las tabernas madrileñas.

—Toma; pero conste que en cuanto esté vacía te doy con ella en la cabezota.

Whisky no habían encontrado, y en su lugar traían una botella de ginebra Gordon que no tenía nada de despreciable.

Apenas nos habíamos servido el primer vaso, se nos acercó la mujer del dueño, que andaba por allí atendiendo al servicio, y nos dijo con cierta angustia:

—¡No, por Dios! Tapen ustedes eso, que estamos muy vigilados estos días.

—¡Qué vaina! Si nos la vamos a beber en un soplo.

—Por lo menos, escondan la botella debajo de la mesa.

—Así se hará—dijo Andrade con su gravedad de siempre.

Y después de haber servido otra ronda, metió el frasco, no debajo de la mesa, sino debajo del sofá que nos servía de asiento.

La ginebra no era mala, pero, como mucha de la bebida clandestina que se tomaba en Nueva York, tenía un sabor a cosa artificial difícil de describir. Pero se bebía y se agradecía.

A partir de aquel momento tomó Nicolás la palabra y los demás casi no hicimos más que oírle toda la noche.

—¿Qué le parece a usted Nueva York, señor Belda?... Dicen que es una ciudad muy grande, pero yo no lo creo así; aquí lo único grande es el Parque Central.

Me habían contado que la semana anterior Nicolás había dormido tres noches seguidas en un banco de ese Parque Central cuyas excelencias cantaba ahora.

—¿Sabe para quién es éste un país admirable? Para un chico de la edad de éste —y señalaba a mi hijo, sentado a mi lado—. Supongo que no cometerá usted el error de llevárselo ahora a Europa. Déjelo aquí, pero déjelo solo y con la cantidad de dinero estrictamente necesaria para que no se muera de hambre; y dentro de seis meses tiene usted aquí un muchacho sabiendo el inglés y admirablemente preparado para pelear en la vida. En Nueva York se puede vivir muy bien con dos *dollars* diarios...

—Sobre todo—pensaba yo sin decirlo—, adoptando como dormitorio las frondas del Parque Central.

—... Pero debe usted hacer una cosa con este chico: para estimular su laboriosidad, no le deje más que ocho *dollars* semanales. Verá cómo no se muere de hambre.

Yo miraba de reojo la cara de mi chico, que era en este momento la carátula de la melancolía.

—A mí me encanta—decía saltando de un tema a otro—oír a ustedes los españoles hablar el castellano. Ustedes no se dan cuenta, pero han heredado la elegancia de Cervantes. Yo muchas veces me voy a los cafetines que hay en las callejas esas del barrio español, a oír hablar a los aldeanos emigrantes que han llegado en el último barco. ¡Es un encanto!

—Yo no participo de su creencia, que me parece un exceso de bondad. Allí hay gente que habla muy mal.

—Ya le he dicho que es que ustedes no se dan cuenta. Son aún más musicales que los italianos; yo quisiera morirme asistido por un sacerdote que me recitase el *Credo* en dialecto madrileño.

—Si le oyera a usted Antonio Casero, le daba un beso.

En aquel momento se acercó a nuestra mesa un joven pálido, con los ojos muy hundidos y una cabellera muy larga, que parecía un rascacielos: algo así como una melena puesta de punta. Iba enseñando unos dibujos, obra suya, que tenía la pretensión de vender: figuras raras, ese arte medio simbólico, medio alienado, que constituye el ochenta por ciento de la producción de esta época, enferma de esquizofrenia.

Nicolás tomó en sus manos el dibujo más llamativo de todos: una cabeza de Jesús Nazareno que casi era una blasfemia. Si Jesucristo hubiera sido así, estaría todavía el género humano preso en las garras del pecado original.

Nicolás, sin reírse—era un hombre que no reía nunca—, paseó aquella visión por la mesa diciéndonos:

—Miren ustedes: Jesucristo recién desembarcado en Nueva York y buscando trabajo.

Andrade se creyó en el caso de llamarle al orden.

—¡Hombre, por Dios! Pues no está tan mal.

El hombre de los dibujos, viendo que allí no hacía nada, como no fuera perder el tiempo, siguió su ruta por las otras mesas.

—Es un pintor ruso—nos explicó Castro—que está completamente chiflado. Viene mucho por aquí. Además, fabrica también bebida.

—¡Hola! Un competidor—exclamó Nicolás—; pues como haga la bebida como los cuadros, compadezco a la clientela.

—No, que tú también algunas veces, amigo Nicolás...—le dijo Andrade, que indudablemente quería hacerle hablar.

—¿Quién? ¿Yo? Yo he hecho esta semana pasada un chartreux como no lo hacen en la cartuja de Parma.

—*Hemos* hecho—subrayó Castrito.

—Y ¿qué hiciste con él? ¿Bebértelo?

—Hombre, tú tienes la manía de que yo bebo mucho; no le haga caso, señor Belda; soy un hombre de una sobriedad espartana. Pero, además, te contradices, amigo Gastón; la prueba de que yo no fabrico tóxicos es que, antes de entregarlos al comercio, los pruebo. Si alguien muere, yo seré la primera víctima.

Me encantaba oírle y me dedicaba a observarle; era un tipo alto, noble, muy moreno, de facciones correctas, vestido un poco a lo Pedro Luis de Gálvez, es decir, con prendas que parecen haber dormido muchas noches sobre el cuerpo de su dueño.

Tenía gestos estereotipados y un vagar de la mirada muy característico en los tomadores de opio y que no se parece en nada al mirar trágico de los cocainómanos. No hubiera sido difícil establecer su ficha psiquiátrica—confirmada por hechos muy recientemente posteriores, como verá el lector—; pero, aparte de que ello resultaría de una pedantería insoportable en estos apuntes a vuela pluma, yo prefiero hacer un diagnóstico poético.

Era un lunático, uno de esos simpáticos caballeros de la noche tan amados del poeta Carrere—te saludo desde aquí, querido Emilio, ya que eres tú una de las pocas personas por quienes siento el estar alejado de España—, un arbitrario, sumamente sugestivo. ¡Arbitrario! Pero ¿acaso hay nada más arbitrario que la vida misma?

¿Es que el espectáculo que está uno condenado a presenciar a diario es algo a favor del sentido de orden y de lógica? Yo prefiero uno de estos tipos, con los que es inútil intentar nada a derechas, a esos otros espíritus burguesitos, modositos, que lo tienen todo ordenado en la vida con arreglo a una moral de potaje y que en el fondo son unos grandes criminales... No quiero dar nombres, pero aseguro a ustedes que me acuden unos cuantos a los puntos de la pluma.

Nicolás era, por encima de todo, un hombre inteligente; tenía ese signo infalible de aristocracia del alma, que suele faltar a la mayoría de los duques y que es el sentido de la comprensión.

Inteligencia y sentido que no le servían para nada en la vida práctica. Vivía en las nubes y bebía en ellas también, sin que esto sea jugar el vocablo. Nicolás, en un país de *ley* seca, pero no país seco ni mucho menos, era una protesta, un grito del sen-

tido común, dado por él, que tenía tan poco sentido.

¡Pobre amigo de una noche! ¡De una de mis noches de Nueva York que no se me olvidará nunca!

El dueño del local había acudido otra vez a nuestra mesa.

—¿Por qué no le enseña usted al amigo Belda—le dijo Nicolás—el drama que tiene usted escrito?

—¿Un drama?—dije yo, con la alarma con que se dicen siempre estas cosas.

—Un drama magnífico, estupendo, como no lo escribe ninguno de los proveedores americanos de los teatros de Broadway o de Columbus Circle. Un drama en seis actos... ¿No son seis?

—Siete—contestó implacable y muy serio el autor.

—Eso, siete con música. ¿De quién es la música?

Y el corsario, atusándose los bigotes grises, contestó:

—No lo sé todavía; no está puesta. Ahí tiene ya la métrica hecha.

El cafetero quería decir que tenía ya los cantables en el texto.

Se ausentó un momento y volvió con la pieza de convicción que, si ustedes quieren, podemos llamar también el cuerpo del delito. Era un mamotreto metido en unas cubiertas grises que yo me apresuré a arrancarle de las manos por miedo a que le diera la tentación de leérnoslo.

—¿Cómo se llama?—pregunté, mientras buscaba el título.

—"La hija abandonada"—contestó muy seguro Nicolás.

—No: "Risas y lágrimas"—rectificó el autor, que debía estar mejor informado.

Y Nicolás, que no era hombre que se apurase por poco, dijo:

—Bueno, yo ya sabía que era una cosa así.

Me dediqué a leer unos trozos a saltos; no entendía una palabra, pero nada me respondía que aquella obra fuese peor que cualquiera de las que escriben los dramaturgos modernos que presumen de innovadores.

—La ventaja de este drama—dijo el turco—es que se puede representar también como opereta.

—Eso le pasa a la mayoría de los dramas—dije yo—, empezando por "Don Juan Tenorio".

Era cosa de marcharse. No por el drama, sino porque ya era tarde en realidad.

Me despedí del corsario turco con cierta emoción; me ofreció su casa y su persona. Bien sabe Dios que le agradezco el ofrecimiento: ha sido una de las personas más simpáticas que he conocido en Nueva York.

Cuando salíamos, el ruso de los cuadros, encaramado en lo alto de una mesa, tocaba a la guitarra una sonata muy triste, que a Nicolás producía una salvaje indignación.

—Este ruso es un idiota—iba diciendo a gritos por la escalera—. Es sacrílego con todas las bellas artes.

¡Pobre Nicolás! Me despedí de él en la calle; el gran amante de la noche se separaba de nosotros, porque iba solo a sus coloquios callejeros con la amada.

¡Quién me había de decir al estrechar aquella mano un poco temblona lo que pocas horas después iba a suceder!

Pero no adelantemos los acontecimientos, como decían los novelistas del antiguo régimen, que, después de todo, no era tan despreciable.

* * *

—¿Usted no ha hecho nunca argumentos para películas?

Esta pregunta me la formuló así, a boca de jarro, una noche durante la comida en el restorán la Alhambra un pintor valenciano que trabajaba en la célebre casa Fox.

La demanda era muy natural, puesto que estábamos en Nueva York, país donde la mayor parte de la gente gira alrededor de la película. El éxito del maestro Blasco Ibáñez ha engañado a mucha gente, y ya todo novelista parece que tiene la obligación de llevar sus producciones a la pantalla.

Es un error, pero es inútil oponerse al error. Yo contesté al simpático paisano y colega de Sorolla:

—La verdad, no he pensado nunca en ello; pero, hablándole con toda franqueza, le diré que no crea que la cosa me disgustaría. Parece que lo pagan bien, y eso siempre agrada.

—¡Ya lo creo que lo pagan bien! Pero no la primera vez; ellos prueban, esperan el éxito, y si éste viene, no son tacaños para aflojar la bolsa.

Y, como no había cosa mejor de qué hablar, se generalizó la conversación sobre el tema. En el debate, que, como todos los de sobremesa, fué muy pintoresco, tomaron parte todos los comensales: Juanito O'Connor, Elías Racaj, el joven linotipista de casa de Elías, el gran Hurtado, el del mantón...

Fué un debate de altura. Como es de rigor, en él se expusieron las más encontradas opiniones. Todas reflejaban una verdad, pero una verdad parcial, que es a veces peor que una mentira.

Por de contado que para todos aquellos buenos amigos, influídos por el ambiente en que vivían y en que ganaban su pan desde hacía tiempo, no existía más producción cinematográfica interesante que la americana. El colosal esfuerzo de muchas casas italianas, el buen gusto y el acierto indudable de algunas francesas, o les era desconocido o no tenía para ellos valor ninguno.

Excesivamente dominados por el medio, no veían lo que hay de pesado en muchas películas yanquis de las serias ni lo que hoy de patosería en la mayor parte de las cómicas, y, claro es, que no me refiero a las supremas de Charlot.

Se dejaban deslumbrar por el aspecto técnico de la cuestión: ahí sí que son maestros insuperables los americanos, y todo el que en Europa quiera hacer algo serio en ese sentido se verá obligado a pasar una temporada en California o en el mismo Nueva York.

Pero, a pesar de ese prejuicio, a mí me gustaba oírles hablar; el hecho mismo de que no estuvieran conformes en casi nada, me resultaba interesante e instructivo; así veía las caras muy distintas de la cuestión.

Por ejemplo: se hablaba de la confección de los argumentos, y uno de ellos decía:

—Lo interesante es encontrar un argumento bonito. Todo lo demás viene luego.

Y al punto saltaba otro:

—No, señor, nada de eso; a estos señores les tienen sin cuidado los argumentos. Además, casi se puede decir que los hacen ellos, porque los van modificando a medida que lo va exigiendo un detalle de la *mis en scene*. Y con modificaciones radicalísimas a veces; no se paran en barras; aun tratándose de adaptaciones de obras teatrales o de novelas muy conocidas, si hace falta que el protagonista vaya a la cárcel, para lucir un magnífico interior de calabozo, le hacen que cometa una felonía, aunque se trate del hombre más honrado de la Creación.

—¡Pero eso es un disparate!—protesté yo, aunque me gustaba más oírles que hablar.

—Lo será, pero así es.

—Además, es un sistema que a la larga puede resultar perjudicial. A plazo corto no, porque la gente se lo traga todo, pero a medida que se vaya el público enterando de que el *Fausto* que le sirven en la pantalla no es el de Goethe, sino el de un director de escenario de Los Angeles, y de que "La Dama de las Camelias" no es la de Dumas y sí la de un desahogado de la casa X, puede que se llame a engaño.

—Hombre, ¿usted no conoce el caso del maestro Penella con "El gato montés"?... Cuando vió lo que habían hecho con su obra para adaptarla al cine, puso un telegrama desde Tampa a la casa que había hecho la película, en el que les decía: "Ese gato no es el mío."

—¿Y es cierto—pregunté yo, que había oído campanas—que ese telegrama sirvió villanamente de base a la tal casa para negar al maestro el pago de sus derechos?

—Ahí han ocurrido cosas muy raras.

La conversación siguió.

—Es como lo que hacen con los intérpretes: en vez de buscar un tipo, un actor para tal o cual papel determinado, lo hacen al revés: tienen un actor gordo, y le escriben un papel de gordo; si es bizco, hacen que en la película salga un bizco, y así en todo.

—Pero muchas veces es todo lo contrario. Para la película tal o cual buscan por todas partes el tipo del hombre o de mujer que les hace falta. No importa que al principio no sea actor; ya se encargarán ellos de enseñarle lo que tenga que hacer poco a poco.

Yo les oía y pensaba que probablemente todo sería verdad: lo uno y su contrario. Habría, como es lógico, varios métodos de trabajo, y emplearían uno u otro, según lo fueran exigiendo las circunstancias.

—Usted, amigo Belda—me decía el pintor valenciano—, puede explotar aquí su nombre. El nombre, que, en definitiva, es lo que a ellos les interesa; no la obra, que, en verdad, les tiene sin cuidado.

—Pero, mi querido amigo—hube de replicarle—, ¿usted cree que yo voy a ser tan vanidoso, o voy a estar tan alejado de la realidad, para el caso es lo mismo, que voy a creer que mi nombre es popular y conocido en Nueva York? Eso se queda para otros queridos compañeros españoles, que se creen puerilmente el centro del mundo.

—No es eso, no es eso; estos señores necesitan una persona que les entere, que les ponga al corriente de la popularidad de la firma de usted en España y en la América del Sur; con eso basta. Y esa persona puedo ser yo, por lo que a la casa Fox se refiere.

—¡Olé! Si usted hace eso, yo hago que

le levanten una estatua en el Grao de Valencia.

Quedó convenido que a la mañana siguiente me pondría yo en contacto con distintos medios cinematográficos; iríamos a la Paramount, a la Fox... La cuestión era pasar el rato lo más agradablemente posible.

Antes de salir del restorán la Alhambra aquella noche me puse en contacto con un caballero que, aunque nada tenía que ver con el mundo de las películas, podía ser perfectamente el protagonista de algunas de ellas.

Era un señor joven aún, alto, fornido, casi atlético, calvo, afeitado y con una fuerza de expresión en la cara que era el índice de una voluntad de hierro. Al llegar yo para la cena me lo encontré instalado en el sitio de honor de la mesa donde habitualmente nos sentábamos; en seguido supe quién era: el abogado elegido por Juanito O'Connor para que estuviera a su lado en el estúpido asunto de la sortija de *la Macarena*.

Porque aquella injusta idiotez seguía adelante; la mujer, cada vez más convencida—al menos, eso decía ella—de que el ladrón era Juanito, estaba dispuesta a dar carácter oficial a la acusación contra el muchacho, que hasta entonces no había salido de la esfera de los detectives privados.

Y Juanito, con muy buen acuerdo, curándose en salud, había acudido a un hombre de ley, que era, además, algo así como una catapulta.

El abogado no había abierto la boca más que para comer durante toda la conversación anterior relativa a asuntos de cine; cuando se agotó el tema, el hombre, que hablaba bastante bien el francés y el italiano, dijo unas cuantas cosas muy acertadas acerca de la sortija, que ya era famosa en toda la colonia española de Nueva York.

—Es una lástima que esa señorita no acabe de decidirse a acusar en regla al señor O'Connor. Porque cuando lo haga empezaré yo, y con la ley en la mano y la sentencia del juez le haré ver que aquí en Norteamérica cuesta muy caro acusar a un señor sin pruebas, caprichosamente y obedeciendo a impulsos de origen más o menos histéricos.

—¿Qué le puede pasar?—preguntó alguien.

—Nada. Por lo pronto, una indemnización, para pagar la cual va a tener que vender todas las joyas que dice que tiene; todas, incluso la que le han robado. Además, ella ha omitido la declaración de esas joyas, y eso aquí es gravísimo, aunque diga que está de tránsito y que por ello la ley no le obliga a declararlas. ¡Que acuse, que acuse! ¡Yo no deseo otra cosa!

Y al decir eso el abogado ponía una cara que parecía querer expresar:

En el momento en que acuse, la muerdo.

—Bueno, ¿y usted qué cree que ha pasado en realidad con esa sortija?

Esto último lo pregunté yo, que he sido siempre partidario de ir al grano en todas las cuestiones.

—¿Yo? Que no se la han podido robar.

—¿Por qué?

—Porque para que yo le robe a usted una cosa es necesario que usted la tenga.

—Bueno, pero permítame que actúe de fiscal...

—Venga.

—Que *la Macarena* tenía esa joya era indudable; el mismo señor O'Connor la vió y la tuvo en sus manos pocas noches antes.

—Aquella noche, sí; pero ¿y después? ¿Qué ha pasado después? Han pasado varios días desde esa noche hasta que ella dió por descubierto el robo; en esos días se pueden hacer muchas cosas con una joya.

—Entre otras, empeñarla—dijo Racaj, que aún no había empezado a rumiar su cena.

El abogado no recogió la frase; con un gesto pareció querer indicar que él no tenía por qué meterse en eso. El no era un detective, y yo, en aquel momento, vi cuál era la fuerza inmensa de aquel hombre: la lógica, y nada más que la lógica; pero aplicada como una maza, no para convencer, para aplastar.

Indudablemente, *la Macarena* lo iba a pasar mal con aquel discípulo de Kant si, por fin, se decidía a pedir que la hicieran justicia. Puede que se la hicieran, pero más de la que ella pedía.

La ley americana es en este punto, más que humana, divina: una joya es una cosa real y tangible, cuya existencia hay que probar, de manera que la prueba de su acusación tenía que empezar por ahí. Si la joya existía, podía después haberse perdido, y entonces, ¡pobre *Macarena!*

En Norteamérica el robo se castiga mucho, pero todos los robos, y el que le roba a otro su honra y su buen nombre acusándole fantásticamente de un delito, se convierte él a su vez en un delincuente.

A mí me quisieron robar la honra en cierta ocasión en España; la cosa no siguió adelante porque no podía seguir, pero la persona que insidiosamente me acusó se quedó tan fresca ¡y tan gorda!

Cuando después de una cosa así uno ve lo que pasa en otras partes y compara, no puede menos de comprender que a veces la suerte del ser humano empieza en el momento de su nacimento, pues es una suerte nacer en ciertos países y un mal negocio nacer en otros.

A la mañana siguiente, Sánchez García, otro comensal de la Alhambra, español muy simpático e inteligente, especializado en cosas de cine, me llevó al despacho que en la quinta Avenida tiene la casa Paramount.

Nada vi allí que me llamara la atención; aquel despacho, situado en un solo piso de la casa, era igual al de un abogado o al de un hombre de negocios cualquiera. De su visita no quedaría huella alguna en mi espíritu a no ser porque, en un pasillo, al dirigirnos al despacho del director, vi una mujer que no vacilo en proclamar como la más bonita que he visto en el mundo.

Era alta, rubia, delgada, con ojos, más que de ensueño, de pesadilla...; pero mejor será que no se la describa a ustedes, porque hay bellezas ante las cuales todas las descripciones del mundo hacen el ridículo.

¿Quién era ella? ¿Una empleada de la casa? No lo parecía. ¿Una artista de las que trabajaban para la empresa? Mi acompañante, que las conocía a casi todas ellas, no me lo supo decir. ¿Una aspirante que venía en busca de trabajo?

No la vimos más que un momento, el tiempo que tardó en cruzarse con nosotros en el pasillo, pero en ese momento mi amigo y yo llegamos al éxtasis. No cabe perfección mayor en la belleza humana; muy seria, muy digna, pero sin orgullo ninguno, desapareció en un recodo y... probablemente no la volveré a ver más en mi vida.

¡Qué señora! ¿Por qué no eché a andar tras ella? Debió ser porque el sentido común no le ha dejado a uno de la mano todavía por completo.

Un taxi nos llevó al edificio de la casa Fox.

Esto ya era otra cosa. Había que atravesar Broadway y ganar las alturas del Parque central; luego, bajando otra vez, se llegaba ante la casa, que ocupaba ella sola una manzana. Allí estaba todo: las oficinas, los estudios, los talleres de decorado, todo el inmenso montaje técnico y administrativo que una empresa de esta índole requiere.

Fuimos primero a una de las oficinas del primer piso. Yo, a la vista de aquellas mesas tras de las cuales los empleados leían los periódicos y las empleadas se hacían las uñas o se arreglaban los pelitos ante el espejo de mano, no puede menos de acordarme de las oficinas de un ministerio de cualquier país de la Europa latina.

Y eso era la casa Fox: un colosal ministerio. Por el número de sus empleados acaso superase a muchos de ellos.

Las gentes, fuera de aquí, se figuran, porque la leyenda y los malos informadores han hecho que se lo figuren así, que en las oficinas de Norteamérica se trabaja febrilmente, que los cerebros están allí siempre en alta tensión y el tecleo de las máquinas de escribir es como una sinfonía heroica que acompaña la canción del trabajo.

Nada más lejos de la realidad. De todos los *bluffs* de este país, tan admirable por otros conceptos, no creo que haya ninguno de tamaño mayor.

He tenido ocasión, fijándome mucho, de visitar, en mi corta estancia en Nueva York, más de cuarenta oficinas: librerías, casas editoriales, de películas, de discos de gramófonos, de otros negocios más heterogéneos; en todas ellas la diosa de la pereza tiene un altar ante el cual sus fieles ofician con verdadera voluptuosidad.

Eso sí, en ninguna parte se le da más aire a lo poco que se hace, ni se alborota más para fingir que se trabaja; ese aire y ese alboroto son la esencia misma del *bluff*.

Y puedes creerme, lector, yo no te engaño: tampoco en ninguna parte se abusa más del *vuelva usted mañana* que en ese bendito país de la actividad. Ese tipo del yanqui que resuelve en un minuto los asuntos más graves no existe más que en los *voudevilles* y en las operetas.

Felizmente, he arreglado en Nueva York, bastante bien para mi bolsillo, unos cuantos negocios; para todos esos arreglos, absolutamente para todos, aun para los más sencillos, he tenido que *volver mañana,* en un mañana que a veces se prorrogaba durante diez días.

—¡País admirable, donde todo el mundo trabaja!—dicen los papanatas.

Eso sí, en Nueva York no existe el señorito rico ni el vago profesional; allá todos, desde los hijos de los millonarios al último habitante del barrio italiano, concurren a diario desde primera hora a un sitio donde oficialmente se trabaja: fábrica, oficina, despacho, taller o cosa análoga. Lo que ocurre es que, una vez instalados en ese sitio, se dedican a mascar go-

ma, a leer el periódico o a mirarse las uñas; y, de cuando en cuando, sin duda para quedar bien con su propia conciencia, hacen su poquito de trabajo; total, un par de horas en la jornada.

Es una puerilidad el llamarse por eso trabajador, pero de camelos y puerilidades de esas está lleno el mundo.

Pero volvamos a la casa Fox. A mí, como es natural, lo que más me interesó de ella fueron los dos estudios, uno grande, enorme; otro más reducido, donde se hacían los interiores de las películas. Sólo los aparatos de luz, gigantescas ampollas que pendían del techo o salían de las paredes, valían la pena de la visita al recinto.

Aquellos artefactos, encendidos en toda su potencia, fabricaban un sol artificial que daba a las estancias reproducidas en la pantalla la misma vida luminosa de la realidad. Y ellos eran también los que con su raudal cegador martirizaban los ojos de los artistas, provocando en ellos a la larga una congestión de la retina, que era como el tributo pagado, a cambio de la fama y el dinero, por los cultivadores del nuevo arte. Era como la gloriosa lesión de los tejidos, que martiriza a los médicos, manipuladores de los rayos X.

El pintor valenciano, a quien el lector ya conoce, y que trabajaba en la casa, era quien nos servía de cicerone en la visita.

—La casa tiene en los Angeles otros estudios para los exteriores—nos decía.

Y nos llevó a su cuarto de trabajo, que comunicaba con el más pequeño de los estudios.

Era una habitación con una gran ventana al exterior, estancia de proporciones reducidas, pero en la cual era él el amo absoluto. No se debía trabajar mal allí, aislado del mundo, aunque vecino a todo el ruido de colmena que subía de las distintas dependencias de la casa.

El valenciano volvió a darnos otra conferencia sobre asuntos de cine: del modo de trabajar, de lo que se hacía con el esqueleto de una película una vez que el director de escenario se decidía a realizarla, de la vanidad insoportable de la mayor parte de los artistas, a cuyo lado la de los tenores y la de algunos políticos españoles era un ejemplo de humildad y de modestia...

El pintor levantino esmaltaba su conversación con frases y modismos inesperados, que nos dejaban a los oyentes en un estado muy parecido al cataléptico; como cuando en la Alhambra, pocas noches antes, hablando de lo sinvergüenzas que eran no sé qué sujetos, había dicho con toda tranquilidad:

—Esos son unos bandidos, mejorando lo presente.

Era simpático el condenado, y cuando hubo empleado en charlar con nosotros una hora larga de las que debía trabajar para la casa Fox, nos despedimos de él y nos marchamos a la calle.

Me quedé solo en ella, me fuí hacia Broadway, y en aquella tarde hice un descubrimiento prodigioso, que me vas a permitir, lector, que te lo comunique, aunque tomando mis precauciones. Te diré también antes, que ello ha sido lo más famoso y lo que más huella ha dejado en mi espíritu de cuanto he visto en Nueva York.

También te diré, para que no te ilusiones mucho, que la cosa no tiene nada de particular.

Al despedirme de Sánchez García y de otro amigo, casi a la puerta misma del edificio de la Fox, me fuí en busca de la más próxima estación del *subway*, me metí en el primer tren que pasó y me apeé en la calle 34. Salí a la superficie, y al llegar al amplio cruce que cerca de allí forman con el Broadway las calles laterales y la sexta Avenida, noté el imperio de cierta necesidad física de las que comúnmente llaman menores, por aquello de que, en realidad, no se debe dar mucha importancia a ciertas cosas.

No siempre es fácil en Nueva York, y en general en toda América, dar expansión a ciertos imperativos categóricos más o menos vesicales, si es en la vía pública donde le sorprende a uno el afán. Como no se meta en un café o en un bar se expone el viandante a pasar un mal rato.

Si se quiere—¿por qué no?—filosofar sobre esto, puede pensarse que siendo América, según hemos convenido, un pueblo joven, no hay en su juventud ese desgaste de los organismos caducos, que provoca la incontinencia úrica. Por lo que sea, lo cierto es que ese paraíso de los incontinentes y poliúricos que son los bulevares de París, con sus setenta y pico de mingitorios, no se concibe en el Nuevo Mundo.

Felizmente, el paraje neoyorquino donde yo ahora me encontraba era una excepción; frente a mí, debajo de la vía del ferrocarril elevado, había un evacuatorio subterráneo, por una de cuyas escaleras descendí, como desciende Radamés, en el último acto de "Aida", a la sala donde ha de celebrarse el juicio de los sacerdotes.

Aunque me veas descender a un sitio así y antes te haya hablado de un descubrimiento, no pienses, lector amado, que voy a hablarte de nada pornográfico, ni siquiera licencioso. ¡Ay no, por Dios! La palabra pornográfico es ahora peor que lo fué la palabra cólera el año 85; y como la Humanidad se ha gobernado casi siempre por palabras, hay que tener mucho cuidado mientras no pase la moda.

No, no hay que asustarse. Descendí, como decía, las escaleras, y me encaminé hacia el sitio donde se sacian ciertas exigencias, cuando no quiere uno pagar una multa; estaba al fondo del local, era limpio, brillante, de porcelana, como las soperas, y antes de llegar a él había que pasar ante una serie de compartimientos iguales y colocados en fila, destinados a empresa de mayor calibre que la que yo iba a realizar en este momento.

Pues bien, lector—y aquí viene el descubrimiento—: aquellas estancias retiradas carecían de puertas y de todo velo que las separase del exterior.

El ciudadano de la libre América llegaba allí, hacía las operaciones preliminares que realizamos todos en esos casos, y en las que también hay algo de *descubrimiento*, y adoptaba una postura que, yo no sé por qué, recuerda mucho a la que adoptan las aves de corral cuando se van a quedar dormidas, al anochecer, en lo alto de un palito.

Y allí, a la vista de todo el que pasa por el subterráneo, realizan la faena y... dejan el sitio libre a su sucesor.

Lector: esto que te acabo de contar es cierto; te doy de ello mi palabra de honor, te lo juro por el último día de mi vida, y te aseguro que no he sido víctima de ninguna alucinación visual.

Me dirás que son muchas garantías para asunto tan baladí, pero yo te replicaré que si tomo todas esas precauciones para afianzar la veracidad de mi relato es porque me ha ocurrido más de una vez, al hacerlo, ver el escepticismo dibujado en los rostros de los que me escuchaban.

Recientemente, en Biárritz, un mexicanito, que decía él que había estado en Nueva York, llevó su insolencia al extremo de decir—en ausencia mía—que aquello de los retretes sin puertas era un invento mío. Y, además, con ese afán de la generalización, que tienen muchos dementes precoces y casi todos los paralíticos generales, le dijo al redactor de un periódico de la Habana, que yo había afirmado *que en Nueva York ningún retrete tiene puerta.*

Conste que perdono desde aquí a ese hijo de Moctezuma, pero conste también que yo no he dicho esa idiotez, y que lo otro, que es lo que realmente he dicho, es absolutamente cierto.

Los retretes públicos, los de las calles, los subterráneos, esos en Nueva York, en el mes de junio de 1925, no tenían puertas.

Ya sé yo que habrá habido mucha gente que habrá estado de paso en Nueva York y no se habrá enterado de esa cosa tan pintoresca; pero es que hay gente que tiene el sino de no enterarse nunca de nada. Yo, que cuando visito una ciudad, gusto de descender a... los bajos fondos, sí me he enterado, y he visto retretes de esos en el sitio antes indicado, en el Parque Zoológico de Brown y en Downing Street.

Sentado esto, ¿qué reflexiones te sugiere la cosa, querido lector? Te invito a reflexionar conmigo sobre estos hechos pequeños, pues no siempre las cosas magnificentes son las más fecundas en reflexiones.

América del Norte tiene fama de ser, como su madre Inglaterra, el país del pudor y de la decencia; el cuákero es un tipo que no se concibe más que en uno de estos países. En Nueva York, cuando un señor entra en un comercio con el noble propósito de adquirir unos pantalones, ha de pedir el artículo en voz baja al dependiente, porque se considera grosero aludir públicamente a esa prenda nefanda.

Pues en ese país, donde lo primero que ve usted en los escaparates de todas las librerías es un ejemplar en inglés de "La Garçonne", de Margueritte, los ciudadanos, en ciertos sitios, satisfacen sus... amarguras interiores a la vista de sus compatriotas, y, desnudos de cintura a rodilla, se encaraman sobre un recipiente, y el pudor de allá no se ofende.

Lo menos que puede deducirse de esto es que el pudor de allá no es el mismo de aquí. ¿Se imaginan ustedes, sin puertas, los evacuatorios de la Puerta del Sol? El cerebro se deshace ante la perspectiva de las cosas que ocurrirían.

Y de cuando en cuando una serie de pelmazos internacionales, que han resuelto el problema de viajar y hospedarse gratis, se reúnen en una ciudad pintoresca y celebran una reunión llamada pomposamente Congreso contra la inmoralidad de las costumbres, o cualquier cosa por el estilo. Pero ¿es que no se han enterado todavía esos sujetos, de psicología tan parecida a la del estafador profesional, de que el pudor, la moralidad y la decencia son cosas distintas en cada país? Y ¿qué acuerdo internacional cabe en materia tan cambiante?

Que devuelvan esos señores las dietas y viáticos que nos han estafado al resto de los ciudadanos y que se refugien para el

resto de su vida en un evacuatorio, pero no como los neoyorquinos, sino con puerta y candado.

Estamos en la época de los Congresos y de las Asambleas, con vistas al *sleeping* y al *palace*. ¡Qué plaga! Hasta que la gente se canse y acabe a puntapiés con todo eso, que, si algún resultado tiene, no está en proporción, ni mucho menos, con lo que cuesta.

Y ya ves, lector, lo lejos que nos ha llevado el reflexionar sobre el hecho de que en Nueva York ciertas estancias—en las cuales tuve el honor de entrar más de una vez—carezcan de puerta, cosa que sería el ideal de un punto en una casa de juego.

Juanito O,Connor y yo salíamos, cerca de las diez de la noche, del restorán de la Alhambra. Nos dirigíamos a casa de Paquita Torres.

Al pasar por la calle 72, y cerca del Hotel Allamac, sentí que me cogían del brazo y que una voz amiga me interpelaba.

—Vaya con Dios el hombre.

—¡Hola, Castro! Feliz encuentro.

Jovial y ecuánime, como siempre, el simpatiquísimo venezolano me dijo:

—Oiga, ¿usted se acuerda de ese amigo que estuvo anteanoche con nosotros en el café turco?

—¿Quién? ¿Nicolás?

—El mismo.

—¿Cómo no me he de recordar?

—Se ha suicidado esta mañana arrojándose al Hudson.

Me quedé mirando a Castrito como se puede mirar a las apariciones. Más que la noticia, me chocaba la tranquilidad con que me la comunicaba.

—Pero... eso será una broma de usted.

—Nada de eso; esta mañana se ha tirado al río casi en mis propias narices.

—Cuénteme, cuénteme.

—Pues muy sencillo: me lo encontré anoche, a última hora, a la puerta de un bar de la calle 56. "Esto se va a acabar hoy", me dijo. Yo, al principio, no le entendía. "¿Qué es lo que se va a acabar?", le dije. "Pues esto de este mundo; déjame, déjame; ya tendrás noticias mías."

—¡Pobre!

—Estaba excitadísimo, haciendo unas muecas muy raras. Sin hacer caso de mis advertencias, echó a andar muy de prisa, y yo detrás. Iba hablando solo, diciendo unas cosas muy raras; yo, prudentemente, decidí ir tras él.

—¿Estaba borracho?

—Probablemente; pero con una vaina de borrachera especial, porque yo, que le he visto bebido muchas veces, no le he visto nunca así. Al cabo de un rato de andar, llegamos a Riverside. Hay allí un sitio donde él y yo hemos estado muchas veces y por el cual, bajando unas escaleritas, se llega en seguida a la orilla del agua. Entonces comprendí la vaina que me iba a colocar, ¡refajo! Dejó en el suelo el sombrero y tuve que liarme a brazo partido con él para que no se tirara al agua.

—¿Y lo consiguió usted?

—Verá, ¡refajo! Al jaleo que armamos acudió un policía; creyó que nos estábamos peleando, yo le expliqué la vaina aquella y, por fin, pudimos conseguir que Nicolás volviera a la razón y, más tranquilo, me lo pude traer a mi casa. Pero a la media hora se me escapó; cuando me dí cuenta salí corriendo a la calle y pude verlo en la esquina andando muy de prisa en dirección a Riverside. Por más que hiçe no pude alcanzarle, ¡qué vaina! Sólo pude seguirle de lejos: iba como si volase. Yo le llamaba a gritos, pero no me hacía caso; llegó al mismo sitio de antes, volvió a dejar el sombrero en el suelo, bajó hasta la orilla del agua y ya no le he vuelto a ver más. Llegué yo allí mismo cuatro o cinco minutos después; allí hay poca luz, pero aunque hubiera habido mucha no habría visto nada... ¿Qué le parece la vaina que nos ha colocado?

—¿Ese hombre había pensado en suicidarse ya alguna vez?

—Sí, pero medio en broma. Lo que hacía era hablar continuamente de que había que acabar, que esto de aquí abajo es muy aburrido, y cosas así. ¿Qué le parece?

—¡Pobre Nicolás! Hubiera preferido no conocerle. ¡Quién nos había de decir, cuando le vimos la otra noche en el café turco!...

—¡Ah!, le advierto que una de sus últimas frases fué para usted.

—¿Sí? ¿Qué dijo?

—Cuando iba la primera vez bajando hacia la orilla me dijo: "¿Qué dirá Belda de este final mío? ¿No le parecerá demasiado fuerte?"

—¡Quién sabe! Puede que haya hecho bien, y los que estemos haciendo los idiotas seamos nosotros.

—Yo, mañana, a primera hora, voy a ir a la Morgue, por si han recogido el cadáver. ¿Quiere usted acompañarme?

—Sí, señor; se lo iba a proponer. Iré; y no digo que con mucho gusto, porque me parece una barbaridad. ¿A qué llama usted primera hora?

—Pues a las siete de la mañana.

—Hora a la cual usted no se habrá acostado aún.

—Probablemente.

—¿Dónde nos vemos? Porque yo no sé dónde está la Morgue.

—A las seis y media iré a buscarle al hotel.

Nos separamos.

Juanito y yo continuamos nuestro camino comentando el suceso. Me había impresionado el final de aquel pobre lunático, que, siendo tan aficionado al vino, terminaba su vida rodeado de agua por todas partes. ¡Lo que debió sufrir en sus últimos momentos!

Desde mi llegada a Nueva York me había visto ya mezclado más o menos directamente a una serie de sucesos de índole trágica: un marido que quiere matar a su mujer; antes, un choque de trenes al venir; el robo misterioso de una sortija; un suicidio; los retretes sin puertas... ¡Qué horror! No en vano estábamos en la tierra de Edgard Poe.

Menos mal que mi jornada iba a terminar en casa de Paquita Torres, que en Nueva York, y para los españoles, es como terminarla en la antesala del cielo.

Yo no sé si la buenísima y simpatiquísima dama y el caballeroso de su marido me perdonarán que hable de ellos en este libro. Si al sacarlos de la agradable intimidad de su vida privada abuso de los derechos de la amistad, yo les ruego desde aquí que me perdonen.

Paquita Torres es una dama española que vive la mayor parte del año en Nueva York, casada con un hombre de negocios, español también, que gana al cabo del año una cantidad de dinero para ganar la cual en España hace falta ser lidiador de reses bravas o usurero.

El matrimonio vive en un piso espléndido de la calle 75, esquina a la Avenida Columbus, y en los salones de ese piso se abre todas las noches un curso de hospitalidad para cuanto español, de paso o estable, resida en la ciudad de los rascacielos.

No hay en Madrid una casa así ni una señora que entienda tan ampliamente los deberes de la hospitalidad. En la villa del oso, las tertulias de artistas son casi de artistas exclusivamente, y las de aristócratas, reservadas a los aristócratas, que se creen, ingenuamente, descendientes de una pantorrilla de Budha. Desde que murió el duque de Tamames, no hay en Madrid una sola casa grande donde los que no somos socios del Nuevo Club podamos entrar sin dejar en el perchero del vestíbulo un poco de la dignidad de nuestra profesión o de nuestra clase.

Pues bien; si se me admite la comparación, diré que Paquita Torres es el Tamames de la colonia española de Nueva York.

Todas las noches, de las diez en adelante, se encontraba uno allí con aristócratas como Juanito O'Connor, dos de los hijos del duque de Tovar, Urzáiz... Artistas, pintores, bailarinas, escritores..., el personal del Consulado o de nuestra Embajada en Wáshington... En una palabra: con todo el mundo español de la inmensa ciudad.

Y no era que la dueña de la casa hiciera invitaciones especiales, no; allí acudía la gente como las mariposas, atraídas por la luz, y nunca el símil ha sido más exacto. Se charlaba de todo, se comentaba todo, se daban noticias, se deshacían calumnias como la del robo de la sortija por Juanito O'Connor—asunto de cuyo feliz desenredo fué el alma Paquita Torres, demostrando como nunca la nobleza de su condición—, y el luchador recogía un dato de mucha importancia para continuar su lucha, y el que estaba al borde del fracaso recibía ánimos contra el pesimismo y a veces cosa más tangible y material.

Pero de esto último sí que no me perdonarían Paquita y su marido que hablase.

Nadie sabe lo que se agradece, al cabo de una jornada de movimiento continuo, en la que, entre los rigores del calor, se forman y se derrumban mil esperanzas distintas, encontrar al llegar la noche un oasis de amistad, que es algo así al mismo tiempo como un faro indicador en el torbellino de la ciudad, gracias al cual no pierde uno del todo la energía para empezar la pelea del día siguiente.

En casa de Paquita se confortaba el espíritu y el cuerpo; este último, gracias a un chocolate como seguramente no lo toma el prior de benedictinos que mejor se cuide; gracias también a unos helados, a unos bombones gigantescos que parecen bolas de billar fabricadas en ébano, a unas pastas inefables.

Y este cuidado del cuerpo no es cosa deleznable en materia de consuelos, ya que nada hay más ridículo que la sordidez de esos señores consejeros o conversadores estimables que, mientras aconsejan o charlan, dejan que se pase la hora del alimento corporal sin ofrendarle a uno ni un vaso de agua con su azucarillo correspondiente.

En casa de Paquita había quien se hinchaba todas las noches; yo, sin llegar a la inflazón, hice con bastante gallardía en esta noche los honores al chocolate y sus accesorios.

Y confortado con aquello me fuí a mi

casa y me metí en el lecho, en paz y con la gracia de Dios.

Sí, lector; porque yo la gracia de Dios no la he perdido nunca, aunque otra cosa crea alguna mala persona.

* * *

La Morgue de Nueva York está situada en una de las calles treinta y tantas, no recuerdo exactamente en cuál; cerca de East River se alza un edificio que no tiene nada de siniestro y que ostenta en su frontis el nombre de hospital.

En realidad era un depósito de cadáveres, de lujo. Y conste que esto del lujo va en Nueva York casi siempre asociado a la idea de la muerte.

Una de las cosas que más llaman la atención agradablemente en la ciudad son las funerarias, cuando se entera uno de que lo son, pues no hay en ellas signo exterior, detalle más o menos macabro que lo denuncie. La cosa, cuando se viene, como yo venía, de un país como México, en el que los ataúdes, abiertos y todo, se los exhiben al público en grandes escaparates, como si fueran automóviles de una nueva marca, resulta doblemente grata.

Recuerdo de una funeraria, emplazada en el Broadway, cerca de la calle 72, que dice del carácter americano mucho más que unos cuantos tratados de sociología. Yo supe que lo era porque me lo dijeron los amigos que me acompañaban cuando la vi por primera vez; de no ser así, habría podido confundirla con el vestíbulo de un teatro elegante o con una sala de conciertos.

A través de las dos inmensas lunas que la separaban de la calle, en medio de las cuales estaba la puerta, se veía un salón de piso de madera muy reluciente, y al fondo de él otra puerta tapada por cortinas de terciopelo rojo. Dos inmensos jarrones de alabastro eran toda la nota solemne, pero no fúnebre, de la estancia, la cual parecía en realidad un salón preparado para un baile, del cual se hubiesen retirado la mayoría de los muebles para que las parejas pudieran desenvolverse mejor.

Me contaban mis amigos que en Nueva York, cuando un ser humano tiene la comodidad de fallecer, se incautan del fiambre los empleados de una de estas casas, y lo primero que hacen es sacarlo de la suya, donde ha muerto, y llevarle a la funeraria; allí le lavan, le pelan, le afeitan, le maquillan, procurando sustituir con los afeites los colores de que la Naturaleza le privó al morir; le arreglan las uñas, le dan color en los labios y pintura en el cerco de los ojos y, una vez convertido en una obra de arte, le visten con sus mejores ropas y lo sientan en un sillón, instalándolo en uno de los salones de la casa.

Es allí donde se recibe el duelo, donde familia y amigos dicen adiós al ser amado, que, como es natural, y en la mayor parte de los casos, está ahora mucho más presentable y decentemente amueblado que cuando andaba por este mundo haciendo canalladas y sableando a sus amistades.

Y de allí sale para su última morada. Pero nada de paños tétricos, nada de blandones ni de luces de agonía, nada de ese aparato lóbrego con que el siglo XVI—siglo en el que vive aún alguna nación de Europa que no hay para qué nombrar—rodeó a la idea de la muerte, que, si se le quita lo de la separación, que no es grano de anís, no es más que un episodio de la vida de todos nosotros los humanos.

¿Encontraríamos así, maquillado y con ojeras, el cadáver del pobre Nicolás?

Cuando le hice esta pregunta a Castro, que había acudido a buscarme puntual al hotel, me replicó:

—Lo que puede ocurrir es que no le encontremos de ninguna manera. En Nueva York se pescan diariamente, sólo en las márgenes del Hudson, de treinta a cuarenta cadáveres, y yo vengo por si acaso en la pesca de ayer está el cuerpo del amigo Nicolás.

—¡Pobre!...

—Pero si está, le veremos completamente desnudo, afeitado desde la cabeza hasta los pies y metido en el frigorífico.

Íbamos por el final de la calle, y Castro buscaba una orientación, pues no recordaba a punto fijo dónde estaba el edificio al cual nos encaminábamos. Eran las siete y media y, por contraste con los días anteriores, hacía casi frío; por lo menos, un aire fresco que, por la violencia, llegaba a resultar casi desagradable.

—¿No sabe usted lo mejor de todo esto? Anoche no tuve tiempo de contárselo...

—¿Qué es?

—Nicolás, antes de marcharse anoche de mi casa, dejó encima de mi mesa una carta abierta dirigida a su madre, sin duda para que yo la haga llegar hasta la buena señora; y en ella le dice que vería con gran placer desde la otra vida el que se me entregasen cinco mil *dollars*, como pago a la buena amistad que siempre le demostré.

—Pero ¿quién ha de dar ese dinero?

—Su madre. Si la madre de Nicolás tiene una bonita fortuna.

—Entonces, ¿cómo el hijo andaba por Nueva York durmiendo en los bancos del Parque Central, según usted me ha contado?

—Porque la madre hace mucho tiempo que le había dejado por imposible. Entregar dinero a Nicolás era cosa completamente inútil: a la media hora ya no lo tenía; no se sabe lo que había hecho con él, pero el caso era que ya no estaba en su poder.

—Y ella, ¿dónde está ahora?

—Debe estar en el Ecuador. ¡Fíjese cómo me las arreglo yo para enterarla de esta vaina que me ha colocado su hijo!

—¡Pobre señora!

Llegábamos a la Morgue.

—Yo creo que es aquí, ¡refajo!

Estábamos frente a un edificio de poca altura, poca para Nueva York, al cual se subía por una escalinata que acababa en una gran puerta de cristales; era una edificación casi alegre en su aspecto exterior. ¿Y aquel era el almacén de los muertos? Más bien parecía una fábrica de galletas o de cualquier otro producto alimenticio.

Penetramos en él; por dentro era claro y alegre como un sanatorio para enfermedades benignas. Pasamos a una oficina en la cual había unos señores con unas blusas blancas, los cuales nos remitieron a otro despacho situado al extremo opuesto del pasillo.

En esa estancia había un señor de cierta edad que tenía todo el aspecto de un jefe de negociado; cuando Castro le contó a lo que íbamos, el buen señor fué a un pupitre alto y abrió un libro del tamaño de esos gigantescos que hay en los coros de las catedrales; empezó a pasar unas hojas que levantaban un aire infernal, dado lo desmedido de su tamaño.

Por fin se detuvo en una de ellas y buscó algo con interés. ¿Qué buscaba? No lo supimos a punto fijo, pero era fácil figurárselo. Se hizo repetir por Castro las señas del desaparecido, y tornó a mirar con todo cuidado.

A mí me hizo el efecto, y no andaba muy lejos de ello, de un comerciante buscando en el libro registro el número y casillero de la estantería donde está guardado el artículo que se le pide.

Por fin vino a decir, poco más o menos, según Castro me explicó después:

—Sin afirmarlo en absoluto, creo que ese cadáver, por las señas que ustedes me dan, no se encuentra en la casa.

Castro le preguntó si no podríamos ver los que hubiese, con objeto de reconocerlo caso de que allí estuviera. Pero resultó que de los once que en la noche anterior se habían recogido en distintos parajes de las márgenes del Hudson, ninguno estaba visible, por no estar terminados de lavar y arreglar.

Y nos invitó a volver a las siete de la tarde, hora en la que ya se habría terminado aquella faena.

También nos enteramos, aunque ello fué incidentalmente, de que hoy había en la casa un huésped distinguido: un sujeto que había tenido la humorada de arrojarse a la calle desde una de las estaciones más altas del ferrocarril elevado, allá por la calle 110, y al cual habían recogido hecho una pasta.

Antes de marcharnos, el insigne burócrata, confeccionador del catálogo de fiambres, hizo que Castro le repitiese una vez más las señas del presunto suicida, que apuntó cuidadosamente en un papel aparte.

—Si acaso—le dijo—le tenemos ahí, confrontando yo luego las señas puede que dé con él.

Y salimos a la calle un poco mohínos; no habíamos tenido ni el consuelo de ver a nuestro pobre amigo, hinchado y tumefacto por el agua injerida.

Aquella noche el amigo Racaj, Juanito O'Connor y yo nos dedicamos a visitar los distintos centros y casinos españoles; no era una visita de curiosidad, aunque para mí la cosa resultó sumamente curiosa: íbamos a colocarles localidades para la función del Town Hall, donde se exhibiría la película española, cantaría el tenor Goula y yo hablaría al público..., pero sin darle a la cosa el carácter pedantesco de conferencia.

En todas partes nos recibieron muy bien; en el Casino Andaluz, situado en Brooklyn, una compañía de aficionados estaba ensayando "Las Corsarias", obra tan popular en Nueva York como en la madrileña calle de Santa Brígida. Era pintoresco, por demás, el aspecto de aquel teatro del Casino, con su escenario casi tan grande como la sala y aquellos actores y actrices de un casticismo arraigado que no parecía haber atravesado el Atlántico.

En esta visita nos acompañaron Hurtado, ¡que iba a su tierra!; Mari, el socio y pariente de Elías, de quien más adelante hablaré como él se merece, y unos cuantos contertulios más de la Alhambra. A los otros círculos, situados casi todos en los alrededores, relativamente próximos de la famosa calle 14, fuimos ya solos O'Connor, Racaj y yo.

No había región en España, no siendo la madrileña, que no tuviese en Nueva York su casa social; y no ya regiones, hasta pueblos aislados. Por ejemplo, Sada es un pueblo gallego, sumamente pintoresco, según me dicen; pues bien, en Nueva York hay un círculo español, y no de los más modestos, que lleva el poético e inefable título de "Sada y sus contornos".

¿No es esto grande?

En todos estos sitios no hay que decir que no se oía hablar—o, mejor dicho, gritar—más que en español, desde que se pasaba la puerta de la calle. En uno de ellos, al llegar nosotros, estaban subastando entre los socios, en el salón principal, los objetos que habían sobrado de una tómbola; el espectáculo tenía un sabor marcadísimo a feria de Castilla o de Andalucía, evocaba la patria lejana mucho más que el discurso de cualquier orador cursi atiborrado de langosta con mayonesa.

Lo notable de todos estos centros, cuya visita fué la que más me agradó en Nueva York, era que en ellos, entre aquella gente que pasaba la velada jugando a los naipes, al billar o al dominó, no había ni un solo vago de profesión, no existía ese tipo de vago de casino que con tanta frecuencia se ve en los establecimientos análogos de la Península.

Gente toda que había abandonado su tierra para comer y vivir con un poco más de holgura que la que allí le era permitida, bien podía asegurarse, viéndola ahora entregada al pasatiempo, que aquello no era más que un reposo bien ganado en toda una jornada de trabajo. El uno en su tienda, el otro en su oficina, el de allá en la fábrica y el de más allá correteando como comisionista por las calles de Nueva York, todos ganaban su pan en las horas del día, y antes de venir a refugiarse en este rato nocturno en el rincón social que parecía una sucursal del terruño lejano.

Tuve el gusto y el honor de hablar con muchos de ellos. Ninguno se quejaba de su suerte, y más de uno alabó en mi presencia la hora bendita en que se le ocurrió venir a estas tierras, donde, si bien es cierto que no se atan los canes con butifarra, por lo menos hay más butifarra que repartir que en otras partes, y al que logra un pedazo no andan los demás pensando cómo se lo podrán envenenar.

Una vez más comprobé que en eso de la melancolía del emigrante hay mucho de literatura, y literatura periodística, que es ya el colmo. Muchos de mis interlocutores llevaban varios años fuera de España, y, cuando se les hablaba de volver, hacían un gesto vago como diciendo:

—¿De qué me va usted a hablar ahora?

Otros, con más franqueza, le decían a uno que no pensaban volver.

¡El patriotismo! No insistamos sobre esto, pero yo te juro, lector, que entre el artículo de fondo que publica en las grandes ocasiones un periódico de los llamados patriotas y la realidad viva que va uno recogiendo en sus viajes, hay una colosal diferencia.

Nos retiramos muy tarde, cada uno a su domicilio respectivo. Yo, al volver a mi casa, saboreé una vez más aquel otro encanto del Broadway nocturno, tan distinto del de las primeras horas de la noche, ascua de luz, y del diurno, ascua de sol.

A las doce en punto, terminados los espectáculos, se apagaban la mayoría de los anuncios luminosos, cegaban las fachadas rutilantes de teatros y cines, en las que sólo quedaba entreabierta una hoja de la puerta principal, esa hoja romántica ante la cual el novio o el pretendiente de la actriz espera la salida de su ídolo, libre ya de las galas de la escena, convertido en mujer como las demás.

Era una tregua que la ciudad se concedía a sí misma, un descenso en la fiebre del tráfico de la jornada. El Broadway no quedaba oscuro, pero sí con un alumbrado discreto, propicio a la serenidad; la atención que durante el día era reclamada por el público que pasaba, por el bullicio de colmena, y a primera hora de la noche por el raudal luminoso de los anuncios, se convertía ahora hacia los edificios escuetos, hacia las líneas generales de la calle.

Broadway es una calle relativamente serpentinesca, que atraviesa Nueva York de parte a parte, haciendo eses como si estuviera borracha, como si se le hubiera subido a la cabeza el deslumbramiento de su propia luz. El transeúnte que lo quiera seguir a pie en todo su trayecto—cuatro horas de caminos; yo lo intenté varias veces—se verá sometido a continuas sorpresas.

Desde las cercanías de Whitehall, donde nace, allá en la punta de Manhattan, en la llamada parte abajo de la ciudad, subía con relativa seriedad hasta Fulton Street; todo aquello era el viejo Nueva York, la cuna de la ciudad, las calles arbitrarias en su trazado, donde aun estabà el barrio de los Bancos, o aquel otro de las oficinas de las grandes Compañías de navegación. Todo el oro del mundo se había concentrado allí; por eso en el resto del planeta no se veía un céntimo ni buscándolo con lupa.

Eran las calles por las cuales, a pesar de su vetustez, de su ya verdadera vejez, le daba a uno vergüenza pasar llevando sólo unos cuantos *dollars* en el bolsillo. El Broadway las atravesaba como una criatura que está empezando a crecer y a la cual preocupan poco todavía las cuestiones monetarias.

Ya al llegar a la calle 10 perdía la seriedad y hacía una cabriola que le llevaba hasta la 14. A partir de aquí ya estaba más elegantizado, ya era más señor; en la calle 17 iniciaba una recta—otro ataque de seriedad—que le llevaba hasta la 42. A esa edad, ¡cuarenta y dos años!, ya es hora de que uno siente la cabeza, pero era allí precisamente donde Broadway la perdía del todo, y tan pronto se le veía aparecer a la altura de la 59, cual despistado en la amplitud del inmenso Columbus Circle, como —después de haber vacilado si seguir su paseo por el Parque Central—se le veía surgir en la 72; majestuoso y amplio como una Avenida de los Campos americana.

Claro es que, dada su talla gigantesca, sus vueltas y revueltas no las notaba el transeúnte a simple vista. Había que ir al plano de la ciudad para darse cuenta de ellas; pero no por eso eran menos efectivas. En la calle 14, por ejemplo, le separaban seis cuadras de la décima Avenida, y luego, siguiendo ésta su trazado recto implacable, venía a juntarse con él, con el Broadway, a la altura de la calle 72.

De la famosa quinta Avenida, con la que se cruzaba en la calle 23, le separaban tres cuadras, tres gigantescos bloques de edificación, a la altura de la 59.

Gracias a eso, el Broadway era en Nueva York la protesta contra la línea recta, que resulta muy cómoda, no hay que negarlo, pero que también fatiga y abruma al cabo de cierto tiempo. Gracias a él se salvaba Nueva York, desde el punto de vista de su trazado urbano; y por no tener un Broadway no se salvaba Buenos Aires, a pesar de sus innúmeras bellezas... Porque aquellas dos Avenidas proyectadas y empezadas a ambos lados del comienzo de la de Mayo, no son más que otras dos rectas, aunque de dirección distinta, en el inmenso tablero de ajedrez de la hermosa ciudad del Plata.

Yo a esta hora, caminito de mi albergue, saboreabà la indudable poesía del Broadway nocturno. Fué como una revelación; Nueva York, al cual todavía llaman muchos ciudad prosaica y sin relieve, estaba ahora forjando su tradición, su leyenda de hermosura. ¿Cómo no habían de ser bellos aquellos edificios, aquellos espacios abiertos en los cruces de las calles, aquellas alturas catedralicias, a muchas de las cuales no faltaba ni el remate airoso de una torre?

Podría no tener aquel conjunto la belleza romántica de las piedras viejas, pero sin necesidad de sentirse futurista podía asegurarse que, a la vuelta de cincuenta años, la ciudad norteamericana sería evocadora y la encontraría todo el mundo plena de seducción.

No sería Florencia, pero sí un gusto nuevo que se había ido creando en el mundo poco a poco, hasta cristalizar en una admiración general.

Hoy por hoy, y tal y como yo lo veía en este mi paseo nocturno, aquello tenía la belleza de lo nuevo, de lo limpio, de lo cómodo. Y tener estas tres cualidades no es poco tener en el estado de estupidez a que ha llegado el mundo actual.

Yo hubiera seguido de buena gana mi paseo Broadway arriba, pero en Nueva York, ciudad poco trasnochadora, no se puede abusar de la noche: le espera a uno el día siguiente con sus horas contadas desde muy temprano para el trabajo y para el negocio.

Me metí en la cama pensando que de todas las ciudades magnas que en el mundo han sido, Babilonia, Atenas, Roma, Londres, París, habrá habido un momento en que se haya dicho lo que ahora se decía de Nueva York:

—¡Qué lástima! Son muy hermosas, pero tienen tradición.

Y luego han sido ellas las que, a través de la Historia, han fabricado la verdadera tradición de la gracia y de la belleza eterna.

* * *

Llegó el día de mi exhibición en el teatro de Town Hall. No necesitaré decirte, lector, que para mí fué el día más intesesante de todos los de mi estancia en Nueva York.

Me levanté temprano, como siempre, y, yo solito, me dirigí a la calle 43, a ver por fuera el teatro donde debía hablar aquella noche.

Tenía el aspecto elegante y sencillo de muchos de los de la ciudad, y no he de negar que me produjo cierta emoción ver en sus carteleras mi nombre. ¿Yo anunciado al público de esta ciudad inmensa, hoy la primera del mundo? Y ¿qué iba yo a decirle a ese público, que hasta hablaba un idioma que no era el mío?

Me fuí a la oficina de Elías, en la que, por lo temprano de la hora, no me encontré más que a Mari.

He prometido al lector hablar de este Mari con toda amplitud, y ahora mismo voy a hacerlo.

Era socio y pariente de Elías; español también, que llevaba muchos años en Nueva York, a pesar de su extrema juventud, pues vino a la ciudad de los rascacielos siendo casi un niño. En ella había peleado mucho, había ganado mucho dinero, y ahora lo seguía ganando, entre otras cosas, con una casa exportadora de tabaco en hoja, que me llevó a visitar en la tarde del día de hoy.

Era alto, seco, casi enjuto, de fisonomía abierta y mirada enérgica, y era... el hombre más caballeroso del mundo.

De esto último tuve yo una prueba magna en los postreros días de mi estancia en Nueva York; yo quisiera referir aquí al lector, con todo detalle, en qué consistió esa prueba, pero no puedo hacerlo porque, a exigencia del mismo Mari, hube de dar mi palabra de no referirlo... Sí quiero que conste que hizo por mí, a quien conocía hacía una semana, lo que haría un hermano; y conste también que le doy aquí públicamente testimonio muy sincero de mi gratitud.

—¿No le han llevado a usted a ver el barrio judío?—me preguntó.

—No, señor; hemos andado rondándole varias veces, pero no hemos penetrado en él.

—¡Ah!, pues usted no se puede ir de Nueva York sin ver eso. ¡Verá qué tipos se ven por allí! Y conste que no es un camelo, como el tan cacareado barrio chino.

Convinimos en que aquella tarde, a las cinco, iría yo a buscarle a su despacho. Claro es que para hacerme posible el viaje tuvo que darme apuntado en un papel el itinerario, con las combinaciones del *subway*, nombre y número de las calles a seguir, etc., etc.

En Nueva York no basta con decirle a uno:

—Vivo en tal parte; vaya usted a verme a tal hora.

Hay que decirle también:

—Y vaya usted por este camino, pues de lo contrario no llegará en su vida.

Si el sitio a que uno se dirige está emplazado, como le ocurría al despacho de Mari, en la parte baja de la ciudad, la cosa se complica horriblemente; la razón es una, que parecen dos; a partir de Houston Street por un lado, y de la avenida Greenwich por otro, las calles dejan de tener un trazado regular, y dejan, por lo mismo, de nombrarse y señalarse con un número.

La cosa es más simpática para nosotros los europeos, pero resulta un verdadero lío, estilo Toledo o estilo barrios bajos de Madrid.

Los amigos que le informan a uno en Nueva York, en vista de ese lío, exageran a veces la nota; a mí me ha ocurrido más de una vez dejarme uno de mis acompañantes en la calle 50—yo vivía en la 47—, esquina a Broadway, donde casi daban las ventanas de mi cuarto, y preguntarme muy serio:

—¿Sabrá usted ir de aquí a su casa?

Nueva York es grande, es inmenso, pero el mundo no se acaba a los pies de la estatua de la Libertad; y el que no ha vivido toda su vida en una aldea puede muy bien desenvolverse por sus calles, como por las de París o Madrid. Esto lo olvidan con harta frecuencia los amables amigos que le sirven a uno de cicerone.

Mari, al darme el itinerario para llegar a su oficina, no incurrió en esa vulgaridad. Me lo explicó bien, eso sí, y fué bastante. Y aquella tarde, a la hora convenida, tuve la satisfacción de llegar al sitio de la cita, sin haber preguntado ni una sola vez, ni haber doblado indebidamente una sola esquina. Y es que yo soy muy listo, y además llevaba siempre el plano de la ciudad en el bolsillo.

Eso sí; no se te ocurra preguntarme, lector, por dónde fuí. Lo he olvidado por completo; sólo puedo decirte que hice en el *subway* gran parte del trayecto, y que el despacho de Mari estaba situado en John Street. ¡Ah! Y que el puente de Brooklyn andaba por allí cerca.

Aquella ya no era Nueva York. Quiero decir el Nueva York de los turistas y de las operetas; eran calles del París viejo, o de cualquier ciudad industrial, y, desde luego, era más Nueva York que la calle 59 o el Parque Central.

Mari tenía su despacho en una casa pequeña, en el segundo piso, que allí equivale a nuestro primero; desde que se empezaba a subir por la escalera, de tramos de hierro, percibíase un fuerte olor a hoja seca de tabaco, aquel mismo aroma picante que tanto había excitado mi pituitaria en las visitas a las grandes manufacturas habaneras.

Me encontré a Mari solo, manipulando en un montón de hoja fina, y rodeado de cajones a medio abrir, en los que se apelmazaba la mercancía. Había hojas de aquellas, que parecían pescados abiertos por el lomo y puestos a secar, por todas partes; hasta encima de la mesa de despacho se veía un montón de ellas, en mezcla con las facturas y las cartas.

He dicho que Mari estaba solo a mi llegada, y he dicha mal; a más de un negro formidable que servía de empacador y guarda del despacho, había encima de la mesa una soberbia botella de anís del mono, que había venido directamente hasta allí de Badalona, y de la cual tuve el honor de beberme dos copas.

Mari estaba en el final de la faena de aquel día; en cuanto yo llegué fué recogiendo los papeles de su mesa-despacho, cerró ésta y, antes de depositar en su interior, como en una caja de caudales, la botella del anís, nos bebimos otra copa.

El licor refrescaba mucho en medio de la temperatura bochornosa de la calle, que traía uno metida en el cuerpo; entre su natural excitación y el olor a tabaco, se le ponía a uno el cerebro en una tensión muy agradable; la vida aparecía de color de rosa.

Mientras Mari se ponía la americana me preguntó:

—¿Ha llegado usted bien hasta aquí?

—Sí, señor; siguiendo sus indicaciones, sin ningún tropiezo.

—¡Claro! Si es como todo en el mundo; no hay más que saber el camino. A pesar de ello, ¡si viera usted cuánta gente de la que viene a verme se pierde hasta llegar aquí!

"Es que yo soy muy listo", pensé.

—Bueno, y ahora vámonos a Judea, es decir, al barrio de los judíos.

Salimos a la calle.

Yo no sabría decir, ni aun consultando el plano, por dónde fuimos. Pero ¡qué interesante aquella parte de Nueva York! ¡Qué de evocaciones de cosas leídas, de ambientes de mediados del siglo pasado, de cuadros de alguna vieja zarzuela española, en que los protagonistas, de pronto, se plantaban en la capital de Norteamérica!

Y dominando todo aquel conjunto, como un arco iris, y casi a su misma altura visible, la gigantesca armadura del puente de Brooklyn, brazo de hierro, arrojado de una orilla a otra, sobre la ribera del Este.

Después de atravesar una calle muy ancha—¿no sería New Bowery?—, a cuyo largo iba una rama del ferrocarril elevado, pasamos por dos o tres más pequeñas, y penetramos en el corazón del reino de Judea.

El barrio judío de Nueva York es grande, no era posible que le viéramos todo, y Mari, con muy buen acuerdo, hizo que nos encamináramos a su arteria principal, una calle recta, no muy larga, de edificios bajos, y de extensión nada más que regular —regular para Nueva York—, que si hubiéramos de comparar con alguna de las madrileñas, habríamos de hacerlo con la de Calatrava o con la del Espíritu Santo.

¿No sería la calle Mulberry? Pero es igual; el nombre es lo de menos.

Todo el borde de sus dos aceras, y una buena parte del arroyo, dejando libre de éste no más que lo preciso para el paso de vehículos, estaba ocupado por puestos ambulantes, en los que se vendía todo lo que en este mundo puede ser objeto de comercio..., que es todo menos la simpatía.

El aspecto, lo repito, evocaba en seguida en un madrileño las mañanas de la calle de Calatrava; sólo que, mientras en ésta no se venden, por lo general, más que cosas comestibles, en aquella neoyorquina se vendía de todo y algo más.

No se trataba del Rastro de Madrid; allí todo lo que se vendía era nuevo, o estaba disfrazado convenientemente para que como nuevo pasase.

¿Los precios? No hablemos de eso. Los señores graves que escriben tratados muy pesados de Economía Política y hablan de la ley de la oferta y la demanda, como si fuese una cosa seria, debían darse una vueltecita por esta calle del barrio judío.

Señor Buylla: usted que lleva sesenta años colocando camelos económicos—económicos, pero carísimos—a todos los Gobiernos españoles, usted que escribe y habla en un estilo completamente procesable, debe saber que un servidor de usted ha comprado a uno de estos judíos, de barba bíblica, una sortija grabada por el precio de diez centavos de *dollar*—unos setenta céntimos españoles—, por la cual el hijo de Moisés me había pedido tres *dollars*.

De cuando en cuando, Mari me daba con el codo y me indicaba:

—Mire usted allá.

Yo miraba al sitio señalado y veía detrás de un puesto de ropa blanca a un sujeto alto, fornido, de barba negra, puntiaguda, de nariz en forma de gancho, vestido con una amplia levita y cubierta la cabeza con un gorro negro.

—Es un apóstol—me decía Mari.

Y era verdad. Aquel sujeto procedía directamente de un cuadro del Greco; era la imagen viviente de uno de aquellos discípulos de Jesús, que hoy están en los altares, pero que en la noche angustiosa de Getsemaní echaron a correr en cuanto se percataron de que iba a haber bronca.

Otras veces era un patriarca venerable, uno de esos ancianos de barba hasta las rodillas, uno de los jefes de las doce tribus, cargados de años y de experiencia, y, como se dice en lenguaje vulgar, con más conchas que un galápago. Estos, más que detrás de los puestos ambulantes, estaban a las puertas de las casas, estrechas y un si es no es sórdidas; formaban tertulias de tres o cuatro, o leían un periódico, pero su periódico, uno escrito en hebreo que se publicaba diariamente en Nueva York o, mejor dicho, en aquel barrio de Nueva York.

Y de pronto vimos a Judas Iscariote. Era él mismo, reproducido con toda exactitud a través de los siglos; estaba detrás de un puesto donde se vendían paraguas, artículos de metal y calcetines, y era rojo más bien que rubio, pecoso, con la cabellera ensortijada y la barba un poco hirsuta.

Casi todos ellos vestían de levita negra, una prenda amplia que tenía más de hopalanda que de levita, y cubrían su cabeza con un gorrito parecido al que aun se ponen algunos viejos oficinistas.

Unas mujeres gordas, guapas de cara, y con ese exceso de grasa que suelen tener las judías de vida sedentaria y algunos novelistas españoles, completaban el cuadro, que parecía envuelto en el aroma oriental de los salmos.

Se veían tipos de esos que hieren con viveza la retina, quedándose grabados en ella para siempre. Parecía mentira la pureza con que una raza ha sabido conservarse a través de tantos siglos.

A pesar de que la calle era toda ella un puro baratillo, no se oía ese griterío, martirio del tímpano, que en otras ciudades es un tormento del transeúnte en sitios análogos. Se vendía, se compraba, se regateaba, con tesón, pero con mesura, sin que nadie se creyese obligado para ello a emitir su voz en un tono heroico.

En general, el habitante de Nueva York es poco amigo de los chillidos; gracias a ello se puede vivir en una ciudad donde el simple tráfico produce de por sí estridencias que harían las delicias de un músico moderno, de esos que confunden una sinfonía con la mudanza de un almacén de hierros.

—Mucha de esta gente—me decía Mari—, la mayor parte de ellos, no han salido de este barrio en su vida. No conocen la quinta Avenida, y mucho menos el Parque Central, que para ellos cae tan lejos como la China.

¡Grandes tipos, en verdad! Eran los mismos que se encontraban en el resto del mundo, metidos en las grandes empresas, dedicados al negocio de joyas, al notable *sport* de la usura, brillando en las letras y en la política, sólo que, para andar por el mundo y quedarse con la mayor cantidad posible de dinero ajeno, se afeitaban el rostro, se dejaban, a lo sumo, un bigotillo recortado a la inglesa, se ponían un monóculo y cambiaban la levita-hopalanda por un *chaqué*.

Pero en el fondo, en el pensamiento, tan hijos de Israel como estos del barrio neoyorquino. Sólo que éstos resultaban más pintorescos.

Salimos de Judea y, en un taxi, nos encaminamos Mari y yo al barrio de los Bancos, que relativamente no estaba lejos de allí.

Un poco más allá de City Hall vimos el rascacielos más alto de la ciudad, el famoso Wolwort Building, con sus cincuenta y cinco pisos y sus doscientos veinticinco metros de altura desde el nivel de la calle.

Como todos los análogos, el edificio colosal estaba todo él dedicado a oficinas, y era curiosa una simple inspección desde la nave central de la planta baja, con sus múltiples ascensores que partían como saetas a servir los diversos sectores de la casa, sus distintas porterías y su tráfico mucho más intenso que el de algunas calles de la ciudad.

Para verlo en su totalidad desde fuera, desde la calle, o había que situarse un poco lejos—la mejor vista la tenía desde el centro de City Hall—o había que levantar el cuello en una postura grotesca.

Mirándolo se sentía el vértigo de las alturas al revés, por un fenómeno reflejo de la imaginación, que le hacía a uno suponerse colocado allá arriba, en lo más alto de la inmensa torre, y mirar hacia el suelo.

Del barrio de los Bancos, lo que más me llamó la atención fué el Banco Morgan: aquel centro financiero, el más importante del mundo, de donde salían los préstamos para los Estados, donde, con una sola palabra, se echaba un remiendo a las haciendas nacionales amenazadas por el espectro de la bancarrota, era, en medio de los gigantes de la albañilería que le rodeaban, un modestísimo edificio de dos pisos, algo vetusto, y que más bien parecía una casa de baños un poco descuidada.

El lector comprenderá fácilmente que se trataba de una postura, de una paradoja estudiada. A la casa Morgan le hubiera sido muy fácil levantar para su residencia financiera un edificio que aventajase a todos sus vecinos y aun al propio Wolwort Building. Pero, por lo mismo que los demás lo habían hecho, ella no quiso hacerlo.

Yo veía en esto, y creo que cualquiera lo verá sin necesidad de ahondar mucho, una protesta contra el poderío de la masa y de la simple materia, una tendencia a demostrar la espiritualidad del dinero.

La fuerza de la casa Morgan no podía estar en el número de pisos que tuviera el palacio de sus oficinas; sus millones valían tanto por sí solos, que, aun manejados en una covacha, revolucionaban al mundo.

En la fachada de aquella casita se veían aún los desconchados y las señales que produjeron los cascos de la bomba que unos años antes había arrojado allí una mano anónima. ¿Qué se pretendió con aquello? Era la primera vez que se bombardeaba al dinero en su forma impersonal y simbólica. Dando a Morgan categoría de rey, se le había bombardeado como a los reyes se les hace de cuando en cuando.

Terminó nuestro paseo, encaminándonos, Broadway arriba, hacia la parte alta de la ciudad.

Era ya tarde; yo tenía que vestirme y prepararme para estar en el teatro a la hora debida. Mari se despidió de mí hasta poco después, a la puerta de mi hotel. Subí a mi habitación y me zambullí en el baño; después, sin prisas, empecé a vestirme.

Se necesitaba un poco de valor para vestirse de *smoking* con la temperatura que reinaba ahora en Nueva York; no era el calor bárbaro de días anteriores, pero sí el suficiente para que una camisa planchada de cuello duro fuese lo más parecido a una coraza.

Pero no había más remedio; no era cosa de salir a hablar en público en mangas de camisa.

Vinieron a buscarme al hotel Juanito O'Connor y Sánchez García; salimos por el Broadway; era de día aún, y yo, que nada había comido, sentí la necesidad de tomarme una taza de café muy caliente; es decir, de eso que en Nueva York llaman café, yo no sé por qué.

Yo solito—¡qué valiente es uno a veces!—me metí en un bar que había frente al teatro. Caliente sí estaba el líquido que me sirvieron, pero de café no tenía más que el color. Apuré decidido el brebaje aquél y penetré en el teatro.

Casi al mismo tiempo que yo entraba el tenor Goula; nos asomamos con disimulo por entre la unión de los cortinajes que servían de telón y contemplamos la sala.

El teatro era bonito, bastante grande, aunque, como la mayoría de los de Nueva York, no lo parecía, gracias a su forma ancha, de escena igualmente visible desde cualquier punto de la sala.

Las alturas estaban repletas, cuajadas de gente. ¡Bien habían respondido los socios de los distintos casinos españoles que noches antes habíamos visitado! En el patio no había acabado aún de entrar el público; casi se oía el murmullo de las conversaciones en el vestíbulo, aunque más amortiguado que en los teatros de España, y eso que la mayoría de los espectadores de esta noche eran españoles. Pero... no estaban en España.

En unas butacas de la fila octava estaba la gran artista española Amalia Molina, acompañada de su marido, que es uno de los hombres más caballerosos que yo he conocido. La simpática Amalia acababa de triunfar en Nueva York, como triunfaba en todas partes; unas noches antes había ella tomado por su cuenta, sin intervención de empresario alguno, una de las salas de espectáculo mayores de Nueva York, *la Meca;* se había llenado hasta los topes, y Amalia, además de los aplausos, que resonaron como truenos toda la noche, se había metido en el bolsillo más de dos mil *dollars*.

Y eso sin hacer apenas reclamo, en el país clásico del reclamo. Estaba bien. Todo se lo merecía.

El espectáculo comenzó a la hora anunciada; Elías y Mari estaban entre bastidores, como en el puente los primeros oficiales de a bordo a la hora de una travesía difícil.

A la hora de salir yo a hablar tuve el gusto de ver en los palcos altos, fronteros al escenario—en Nueva York ese es el sitio de preferencia en los teatros—, al vicecónsul de España, a Miguel de Zárraga, a Urzáiz, a los dos hijos del duque de Tovar, que ahora vivían en Nueva York; a lo más selecto de la tertulia de casa de Paquita Torres, que era como decir lo más selecto de la colonia española de Nueva York.

No voy a referir al lector lo que dije al público del Town-Hall en aquella noche; sólo diré que he hablado al público de cinco ciudades diferentes, y que ninguno, ni aquí ni allí, me ha parecido más atento, más fácil para la comprensión y más agradecido.

Público español de Nueva York: desde estas páginas te digo lo que no te pude decir desde la escena del Town-Hall aquella noche, porque hubiera parecido demasiada adulación para buscar tu aplauso. Nunca me he visto ante un auditorio como

el que tú me hiciste el honor de formar en la noche del 13 de junio para escuchar mi pobre palabra. Tú sabías perfectamente que yo no era uno de esos señores que van por el mundo pretendiendo enseñar lo que ellos empiezan por ignorar; que no era sociólogo ni había sido político en mi país, ni era, afortunadamente, hombre serio. Sabías que yo no había atravesado el Atlántico para dar la lata a nadie, ni para explotar después a mi manera, dándomelas de enterado, una visita de unas horas a un país que hasta entonces me era desconocido...

Y como sabías todo eso, quisiste mostrarme tu gratitud, y te aseguro que lo hiciste cumplidamente. De los días de mi estancia en Nueva York, tú eres el más grato recuerdo.

Al ponerme en contacto contigo pude convencerme además de lo mucho que tonifica al emigrante el encontrarse en un país cuyo idioma le es al principio desconocido.

En todas las demás colonias españolas de América, al menos en las que yo conozco—las de Argentina, Uruguay, Cuba y México—se nota como un exceso de adaptación al medio en que viven: se creen demasiado en su casa, y esto, que al principio parece una ventaja, es en realidad un inconveniente, como todo lo que en la lucha de la vida sea un exceso de confianza.

El tenor Goula cantó, con maestría que subyugó al auditorio, varios trozos de música, entre ellos el *A non mi ridestar...*, del "Werther"; su voz flexible, obediente, de timbre encantador, le proporcionó gran copia de aplausos.

Goula se quedaba en Nueva York a intentar la conquista de este público; hacía muy bien. Según me comunicó esta noche, después de la función, ahora ya había más que intentos. Lo celebré mucho, y más celebraré que a la hora de ahora haya logrado ya el triunfo que indudablemente se merece.

Durante la proyección de la película el público tuvo varios momentos de entusiasmo. Era una magna evocación para la mayoría de los asistentes: un trozo vivo de la realidad española, trasplantado a la pantalla. La gente reía cuando tenía que reír, se emocionaba a veces en silencio y, en ciertos pasajes, si la sala no hubiera estado a oscuras y se hubieran podido contemplar algunos rostros, habríase visto en ellos algo más que la emoción artística.

Un éxito, un gran éxito, y eso sí que puedo decirlo sin reservas, puesto que en lo de la película sólo intervine como anunciador.

Al terminar el espectáculo pude saludar en el vestíbulo, a más de otras personas, a Baumer, el abogado de Juanito O'Connor. Estaba encantado o, al menos, así lo decía haciendo grandes aspavientos. Al enterarse de que me marchaba dentro de dos días para Europa, se opuso terminantemente a que lo hiciera sin antes pasar por su despacho, por su estudio de abogado, y yo prometí hacerle la visita a la tarde siguiente.

—Tengo un *whisky* como no lo bebe mejor el propio presidente Colidge—me dijo.

—Se probará, se probará...

—¿Cómo que se probará? Acabaremos con él.

Elías y Mari acordaron que para terminar la noche en paz y gracia de Dios—y además para que yo comiera algo, pues debía estar desmayado, ya que, como los tenores antes de cantar, no había querido tomar nada antes de salir al público—, nos fuéramos todos a casa de ambos.

Vivían juntos, por estar casados con dos hermanas, en una casa nueva y primorosa de la calle 185; pilotamos varios taxis y allá nos fuimos los tres, más Hurtado, Juanito O'Connor, Racaj y mi chico.

Hacía una noche de junio deliciosa; nada más agradable que aquel paseo nocturno atravesando una gran parte de Nueva York, en una expedición que duraba muy cerca de una hora.

Como yo llevaba muy buenos cicerones, Mari y Elías, a partir de la calle ochenta y tantas, que era hasta donde habían llegado mis exploraciones neoyorquinas, iba enterándome de todo, descubriendo nuevos sitios, nuevos edificios, viendo perspectivas que aun de noche, gracias al exceso de alumbrado, resultaban maravillosas.

Había un momento en que cesaba la parte llana y empezaban las cuestas y los caminos de curvas sorprendentes. Por allí ya la edificación era menos densa, y a lo mejor, por encima de un solar vacío, se veía una lejana aglomeración de casas de muchos pisos, de hoteles y villas saliendo de unas sombras que, en la relativa oscuridad de la noche, se adivinaba que eran unos macizos de verdura.

Y llegamos a la casa de Elías y Mari. Era nueva, recién construída; ellos vivían en uno de los departamentos del piso bajo, que hacía esquina a dos calles; su altura era la de uno de nuestros entresuelos más elevados.

La entrada de la casa, como la de muchas nuevas de la ciudad, no tenía ese aspecto de panteón suntuoso que tienen las casas de lujo en la mayor parte del mundo. En Nueva York el clásico portal, campo de chismorreo de nuestras porteras, venía a ser una habitación más de la casa, pero una habitación de lujo, alfombrada y amueblada como un *hall* y como si en vez de ser una estancia abierta a todo el mundo fuese una parte del hogar de todos los vecinos.

En la casa donde entrábamos ese vestíbulo era de una indudable belleza; había en él buen gusto y comodidad, sobre todo comodidad, que es el lujo de los norteamericanos. Al entrar de la calle, en el ángulo de la izquierda, estaba la puerta del cuarto ocupado por Elías y Mari. Al fondo estaban los ascensores y la escalera para subir a los pisos.

Las habitaciones donde penetramos eran, sobre todo, cómodas, y las esposas de nuestros amigos las tenían arregladas con un buen gusto sobrio, que era su mayor encanto.

¡Qué familia aquélla! No había, en las cinco hijas de Eva que la constituían, ni una sola cara que no fuese guapa, y no era la de menor belleza la suegra, que, con su pelo que empezaba a ser gris, era una mujer de atractivos singulares.

Pero aún mayor que la belleza era en todas ellas la simpatía. Familia de artistas, que como artistas habían trabajado hasta hacía poco, formando un número que era una evocación de España, pero sin asomo alguno de españolada, tenían ese atractivo de la gente que se hace cargo de todo y no creen necesario asustarse por nada para andar decentemente por el mundo.

Yo pasé en quella casa, en aquel rincón de España en pleno Nueva York, dos o tres noches muy agradables, que contarán entre los recuerdos más felices de mi viaje.

Y no lo digo por el magnífico gazpacho andaluz que allí también, como en el restorán La Alhambra, se confeccionaba, ni por unos bocadillos de ternera de un tamaño... rascacielesco, de los cuales, en una sola velada, entre Racaj, Hurtado, Juanito O'Connor y yo, nos comimos en competencia unos setenta y seis. No; mi recuerdo no era simplemente un recuerdo estomacal; era la evocación de un ambiente de extraordinaria simpatía donde todo era agradable, con el agrado supremo que emana de un concurso donde, mire uno donde mire, no puede descubrir ni una sola fealdad.

Pero, hombre, ¡si hasta en el tejado de la casa se veían cosas soberbias!

Juanito O'Connor, que tenía mucho de diabólico, me llevó a él una noche, en punto de las diez, es decir, a esa hora en que se acuesta mucha gente en Nueva York, y como era verano y había abiertas muchas ventanas de los interiores, presenciamos unos espectáculos que no referiré aquí, porque no me gusta, lector, poner a nadie los dientes largos.

* * *

Había llegado el momento de regresar a Europa.

Yo hacía ya mis maletas, y tenía tomados mis dos pasajes hasta El Havre, en el "Rochambeau", de la Transatlántica francesa, que salía de Nueva York el día 17.

Esto del pasaje no fué empresa fácil: el barco estaba lleno desde hacía muchos días, pues era ésta lo que en términos de agencia se llama época de pasaje; es decir, esa parte del año en que medio Norteamérica se vacía materialmente en Europa para pasar los meses de verano.

El librero José Gómez, un simpático muchacho español que tenía su librería al lado de la calle 14, y era, con Casasín, el de Roosevelt Street, el único vendedor de libros casi exclusivamente españoles, con quien—o con quienes—se podía tratar sin abrocharse, me sirvió mucho para la difícil tarea de obtener el pasaje para Europa.

Dos días antes de mi marcha, a las cinco de la tarde, Gastón Andrade y los suyos, entre los que no faltaba, gracias a Dios, el simpático Castrito, me llevaron a dar un paseo en auto por todo Riverside y después a visitar, en un Parque de la parte alta de la ciudad, la casa donde murió y habitó una gran parte de su vida Edgard Poe.

Sólo a un hombre como Gastón Andrade se le podían ocurrir dos ideas tan felices.

Riverside es, indiscutiblemente, la parte más bella de Nueva York. Es el paseo alto de la margen del Hudson, donde los edificios suntuosos se miran en las aguas del río, centro del comercio mundial, y que tiene, al otro lado, como fondo del campo visual, las verduras espesas de Nueva Jersey, antesala de Nueva York.

Aunque la ciudad de los rascacielos no tuviera en el haber de su hermosura urbana más partida que esta de Riverside, ya tenía bastante para ser considerada como una de las poblaciones más bellas del mundo. Los ómnibus de la quinta Avenida, los famosos ómnibus que son en Nueva York el orgullo del gremio, abandonan a mitad

de camino la ruta de la calle famosa y atraviesan media urbe en un giro violento a la izquierda, sólo para ir a asomarse a Riverside.

A mí no se me olvidará aquel paseo, que tuvo además el aliciente de ir amenizado por la charla imponderable del venezolano Castro.

—Este es un paseo que da el tobillo, amigo Belda—me decía.

Eso de dar el tobillo o dar al tobillo era una frase ponderativa, peculiar de él, que no tiene versión posible a ninguna de las lenguas vivas en el actual momento del género humano.

—El bueno de Nicolás no ha elegido mal el sitio para matarse, ¡refajo!

El cadáver de nuestro pobre amigo suicida no había sido devuelto por el río: Castro, en sus diversas visitas a la Morgue, no había recogido más que esa negativa. Y Gastón, provocando la indignación del venezolano, sostenía, medio en broma, medio en serio, que Nicolás no se había suicidado.

—El mejor día le veremos aparecer sano y bueno y con una botella de ginebra debajo del brazo. Una botella vacía, naturalmente.

—Así sea—decía yo entonces y sigo diciendo ahora.

Después de la emoción provocada por la belleza indiscutible de Riverside, vino, como colofón del paseo, la otra emoción de la visita a la casa de Edgard Poe.

Era ya casi de noche cuando llegamos a ella, en uno de esos larguísimos crepúsculos del verano, que, para mí al menos, tienen más tristeza que los de cualquier tarde lluviosa del invierno. Para llegar al Parque, entre cuyas frondas estaba situada, había que andar mucho, hasta casi salirse de la ciudad. ¡Y cuidado que es difícil salirse de Nueva York!

Era una casa de campo pequeña, modesta. Desde luego, cuando el creador del "Cuervo" vivía en ella, la ciudad quedaba muy lejos. El interior estaba intacto, con los mismos muebles y "hasta colocados—decían—en el mismo orden"; la habitación en que el maestro trabajaba era un despacho vulgar, como podría tenerlo por aquel entonces cualquier negociante de Wall Street. Tenía que intervenir la imaginación, ayudada por el recuerdo de lecturas y por la luz del crepúsculo, que se filtraba por las ventanas de cristales pequeñitos, para que la emoción se produjese.

Hoy la casita de Edgard Poe, gracias al crecimiento inaudito de la ciudad, era ya un componente más de ésta. Y no estaba mal, como nota de contraste, aquel retiro de un artista que padecía alucinaciones espirituales puramente, en medio de la ciudad que tiene fama de ser—aunque de eso habría mucho que hablar—la más positivista y material del orbe.

Volvimos al Hotel Hargrave y allí me separé de Andrade y de los suyos.

Una circunstancia imprevista hizo que aquélla fuese la última vez que yo estrechase la mano de Gastón; es decir, que partí de Nueva York sin despedirme de él. Pero él sabe muy bien cuán grato será siempre a mi corazón su recuerdo.

Al día siguiente, al dirigirme a la cita con el abogado de Juanito O'Connor, hice una desviación en mi itinerario con ánimo de pasar la última vez por la quinta Avenida. No perdí el tiempo, pues la casualidad me hizo tropezarme casi con un multimillonario de esos que hacen tanto ruido en el mundo como un tenor famoso o como un célebre criminal.

Parece ridículo haber estado en Nueva York y no haber visto de cerca a uno de esos reyes de cualquier cosa sucia—petróleo, carbón, goma de mascar—, que dan un contingente tan grande a los fabricantes de operetas.

Yo estuve a punto de incurrir en tamaña ridiculez. Millonarios sí había visto, como los puede ver todo el mundo en Nueva York sin más que molestarse en pasar por la calle por donde yo ahora iba; es decir, por la quinta Avenida. Pero son millonarios de menor cuantía, casi unos indigentes al lado de los otros.

Para verles no hay más que fijarse al pasar en cualquiera de los grandes ventanales del primer piso de cualquiera de los dos centros sociales llamados por la gente círculos de los millonarios. Para ser admitidos en ellos como socio se necesita acreditar un capital mínimo creo que de un millón de *dollars*.

Como ustedes ven, se trata de una cantidad ridícula que en España, país venturoso, posee cualquier autor que cobre del pequeño derecho; pero, en fin, puede asegurarse que cada uno de aquellos señores que se exhibe detrás de un ventanal, leyendo siempre un periódico, y sin mirar jamás a la calle, posee un millón... o posee la habilidad suficiente para haber hecho creer al Comité de admisión que realmente es millonario.

Ya que en Nueva York el crédito es un arma muy importante, y ya que el crédito, según la definición del maestro Unamuno, no es más que una operación mental en virtud de la cual hacemos creer que otros creen que el que no tiene una peseta, etc., etc.

Pero a mí no me bastaba con estos millonarios. Al famoso míster Hungtintogn, visita obligada antaño de todo español que pasase por Nueva York, ya no hay quien le vea. Al hombre le han sableado tanto los españoles más o menos sociólogos, que ha terminado por cerrar su puerta, comprendiendo que resulta muy caro ser hispanófilo.

Conmigo hizo una excepción, y me mandó el importe, un poco ampliado, del palco que le envié para la función del Town Hall. Conste que se lo agradezco desde aquí.

Pero ahora iba a ver a otro de los peces gordos. A la puerta de una de las magníficas iglesias que hay en la quinta Avenida, y que no es la católica de San Patricio —terminada con dinero protestante. ¿Qué dicen ustedes de esto, católicos españoles?—había cierta aglomeración de gente. Terminaba no sé qué ceremonia, boda, bautizo o cosa análoga, y unos automóviles aguardaban al borde de la acera.

Entre los primeros que salieron iban dos señores, uno como de cincuenta años, el otro de mucha más edad; este último era alto, enjuto, con un bigote inverosímil por lo pequeño y con todo el rostro surcado por unas arrugas espantosas.

Era Rockefeller.

—Apenas para en Nueva York—me dijo en italiano un curioso que se había detenido como yo—. Pasa casi todo el tiempo en La Florida. El que va con él es su hijo.

Subieron a un automóvil. A mí lo único que se me ocurrió pensar es cómo aquel señor, con tanto dinero como tenía, no había podido quitarse aquellas arrugas de la cara.

En casa de Baumer, el abogado, bebí, en efecto, un *whisky* supremo. El insigne letrado, como Sherlock Holmes, era un ser polimórfico; digo esto porque, de pronto, sin avisar a los concurrentes, que éramos Hurtado, mi chico y yo, tomó un violín —nosotros con el *whisky* estábamos tomando lo que en España se llama una violina— y empezó a tocarnos la "Serenata" de Toselli.

Luego nos dió una conferencia sobre la ley seca.

—Un disparate y una mala obra. Y ¿saben ustedes por qué? Porque a este pueblo, que era el más respetuoso con las leyes que había en el mundo, más aún que el alemán, le han acostumbrado a que tome a broma la ley y se burle de ella.

Lo peor de esto es que ya se lo había oído yo decir días antes a un senador, quejándose con amargura de la desmoralización que la ley seca había producido. ¿No sería peor esa desmoralización que todos los estragos del alcohol?

¡Qué difícil es gobernar! Para hacerlo no basta con que un imbécil se crea revestido de una misión providencial para salvar a su pueblo, como ocurre en ciertos países... de Asia.

Salimos con Baumer a la calle en su automóvil. Ibamos, gracias a Dios, completamente borrachos; los policías de Whitehall, donde vivía, debían conocerle bien, porque le saludaban al pasar y nos miraban sonrientes y con cierta envidia, con esa *bonhomie* del policía americano, que se convierte en ferocidad cuando trata con delincuentes.

Españoles de Nueva York: cuando tengáis algún asunto litigioso de qué tratar, encargárselo a Peter Baumer, 15, Whitehall Street.

A las nueve y media de la mañana siguiente, mi chico, yo y los amigos que habían ido a despedirnos, estábamos ya a bordo del "Rochambeau".

El barco tenía señalada su salida para las once, pero ya se sabe lo que pasa con esto de las horas de los barcos.

Sentía yo la melancolía de la despedida. No lo había pasado del todo mal en Nueva York; había conocido gente buena y generosa, cuyo nombre quiero estampar aquí por última vez: Zárraga, Andrade, Mari, Elías, Juanito O'Connor—a éste ya le conocía de antes—, Paquita Torres, Castro, Hurtado, Racaj... La tarde antes me había despedido de Enriqué Meneses, que triunfaba en Nueva York. Sánchez García, Chioino, Baumer, Rosell...

En cambio, omitiré los nombres de dos idiotas que me demostraron la estupidez de que es capaz el corazón humano. Dos españoles. ¡Qué casualidad!

A las once y dos minutos el "Rochambeau" se separó del muelle; abandoné la tierra americana con esta sensación inaudita de puntualidad.

La mañana era hermosísima. Frente a la estatua de la Libertad nos cruzamos con el "France". Media hora después la Libertad se había esfumado en el horizonte.

F I N

Revista Literaria NOVELAS Y CUENTOS

OBRAS PUBLICADAS Y QUE SE HALLAN A LA VENTA EN TODOS LOS QUIOSCOS A

30 cts.

1 Un asunto tenebroso (foll.) H. de Balzac.
16 El maestro de escuela (folletinesca) S. Soulié.
19 Historia de mi vida (costumbres) A. Chejov.
20 Maruja (romántica) Bret-Harte.
21 La señorita de Marsán (misteriosa) C. Nodier.
29 El viudo Lovel (folletinesca) Thackeray.
31 La nariz de un notario (humorística) About.
33 Un héroe de nuestro tiempo (cos.) Lermontov.
35 La hechizada (misteriosa) B. d'Aurevilly.
37 El sueño de Makar (folletinesca) Korolenko.
38 La mano encantada (misteriosa) G. de Nerval.
39 El bello marqués de Letoriere (foll.) Sué.
43 Una conspiración en el Louvre (foll.) J. Mery.
44 El violín de Cremona (misteriosa) Hoffmann.
45 La señorita Mala Sombra (romántica) Theuriet
52 El hombre sin sombra (misteriosa) Chamisso.
54 El desafío (folletinesca) A. Kuprin.
59 Juan de la Roca (romántica) Jorge Sand.
60 La semana (histórica) Lebedinski.
61 La última cigüeña (folletinesca) F. Urabayen.
62 El amo del desierto (aventuras) G. Hauff.
63 Tartarín en los Alpes (humorística) A. Daudet
65 Colomba (Venganza corsa) (rom.) Merimée.
66 Pobre gente (romántica) Dostoievski.
67 Las tribulaciones de Tijon Illich (hum.) Bunin
68 Barteck el victorioso (aventuras) Sienkiewicz.
69 El vicario de Wakefield (rom.) O. Goldsmith.
70 La reina de los lagos (aventuras) Mayne Reid.
71 El enano negro (folletinesca) Walter Scott.
72 La fábrica de crímenes (hum.) Paul Feval.
73 La señorita de la Seiglière (rom.) Sandeau.
74 El torero Caracho (hum.) G. de la Serna.
75 Un corazón sencillo (romántica) G. Flaubert.
76 Aventuras de Arturo Gordon Pynn (av.) E. Poe
77 Escenas de la vida bohemia (rom.) H. Murger
78 La letra escarlata (folletinesca) Hawthorne.
79 Cressy o La niña de los placeres de oro (romántica) Bret-Harte.
80 Ojo de Halcón (aventuras) F. Cooper.
81 El cura de Tours (costumbres) H. de Balzac.
82 El hombre del perro negro (foll.) P. du Terrail
83 El secreto del baúl rojo (policíaca) M. Boué.
85 Trilby o El duendecillo de Argail (mis.) Nodier
86 Mis prisiones (histórica) S. Pellico.
87 Regina (romántica) Lamartine.
88 La novela de una momia (misteriosa) Gautier.
89 El amigo Fritz (costumbres) E.-Chatrian.
92 Diario de una mujer (romántica) O. Feuillet.
93 El perro endemoniado (aven.) Cap. Marryat.
95 Dubrovsky el bandido (aventuras) Puchkin.
96 Zadig o El destino (satírica) Voltaire.
97 Cristianos y moriscos (histórica) Estébanez.
98 El diamante Luna (policíaca) W. Collins.
99 El caballero Mauprat (foll.) Jorge Sand.
100 Los novios (histórica) A. Manzoni.
102 El diario de Satanás (humorística) Andreiev.
103 Nochebuena (costumbres) N. Gogol.
104 Stello o Los diablos azules (hum.) A. de Vigny
107 El marido de plata (humorística) Stendhal.
108 El asesinato del fuerte Medbury (policíaca) Limnelius.
109 Leyendas de la Alhambra (his.) W. Irving.
110 Zalacaín el aventurero (aven.) Pío Baroja.
111 Radiante o El joven irresistible (rom.) Robert
112 El pobrecito hablador (satírica) Larra.
113 La muerte de un tío vivo (fant.) Stevenson.
114 Don Juan (romántica) Azorín.
115 El rey de las montañas (aventuras) E. About.
116 El lazarillo de Tormes (picaresca) Anónimo.
117 La viuda del ahorcado (cos.) C.-Branco.
118 La pista de un crimen (policíaca) W. Collins.
119 El cabecilla Destuches (ave.) B. d'Aurevilly.
120 Luz de domingo y La caída de los limones (romántica) R. P. de Ayala.
121 Un muerto en el umbral (pol.) M. Kennedy.
122 La derrota de los pedantes (satírica) Moratín.
123 Las aventuras de Tom Sawyer (av.) M. Twain
124 Azul (poética) Rubén Darío.
125 Kolstomero (histórica) L. Tolstoi.
126 El paje de Luis XIV (foll.) P. du Terrail.
127 Tarás Bulba (histórica) N. Gogol.
128 Una colonia sobre un volcán (av.) F. Cooper.
129 El camino de Varennes (his.) A. Dumas.
130 Un veterano (costumbres) R. Molina.
131 La primavera de la vida (romántica) N. Garín
132 Los hermanos Carvajales (his.) T. de Trueba.
133 Tres mujeres (romántica) F. Cancela.
134 Los cazadores de ballenas (av.) Mayne Reid.
135 Vidas difícilmente ejemplares (foll.) Urubayen
136 El ilustre hechicero (costumbres) C. Gobineau.
137 Tarrano el Conquistador (fant.) R. Cummings
138 El fin trágico del último zar (rep.) C. Gancedo
140 El fantasma de Canterville (hum.) O. Wilde.
141 Los cohetes de la verbena (cos.) P. de Répide.
142 La serpiente verde (fantástica), J. W. Goethe.
143 Arras por fuero de España (hist.) Herculano.
144 Vida y hazañas del señor Collin (pol.) Heller.
145 Aladino o La Lámpara maravillosa (fantástica) Anónimo.
146 La sirena rubia (romántica) F. Camba.
147 Odios de raza (folletinesca) Paul Feval.
148 Don Juan o El convidado de Piedra (comedia) Molière.
149 Las capeas (costumbres) Eugenio Noel.
150 Un crimen (folletinesca) A. Chejov.
151 Mi amigo el chofer (romántica) Williamson.
152 Humo (romántica) I Turgueniev.
153 Las brujas españolas (fantástica) P. Merimée.
154 Ultimas cartas de Jacobo Ortiz (rom.) Fóscolo
155 Canción de Navidad (costumbres) C. Dickens.
156 La danza del corazón (romántica) J. Francés
157 Sonata de Primavera (satírica) Valle-Inclán.
158 Lirio del valle (romántica) H. de Balzac.
159 La Gitanilla (ejemplar) Cervantes.
160 Mi prima Filis (costumbres) Mrs. Gaskell.
161 "La Salamandra" (folletinesca) Eugenio Sué.
162 Tres almas de Dios (romántica) F. Caballero.
163 La abadesa de Castro (folletinesca) Stendhal.
164 Héroes (histórica) Dicenta (hijo).
165 Cavalleria rusticana (costumbres) Juan Verga.
166 La aventura del albañil (leyendas) W. Irving.
167 Los que no fuimos a la guerra (humorística) Wenceslao Fernández-Flórez.
168 La babucha del Profeta (pol.) Hata Purah.
169 El estudiante de Salamanca (poé.) Espronceda
170 El mandarín (humorística) Eça de Queiroz.
171 Sabel, la buena esposa (cost.) F. Iscar Peyra.
172 La Montaña Perdida (aventuras) Mayne Reid.
173 El alcalde de Zalamea (dram.) C. de la Barca.
174 El hijo del Tiziano (romántica) A. de Musset.
175 El amigo Chirel (costumbres) F. Camba.
176 Sherlock Holmes, derrotado (pol.) M. Twain.
177 Las fortunas de Diana (clásica) Lope de Vega
178 El arca de plata (folletinesca) A. Dumas.
179 Las flechas del amor (romántica) A. Insua.
180 Los estudiantes (costumbres) N. Garín.
181 La mujer de los dos maridos (foll.) E. Braddon
182 El Don Juan de Vireloup (rom.) A. Theuriet.
183 La señorita de Scuderi (histórica) Hoffmann.
184 Un error judicial (reportaje) Luis Amado.
185 Los bisontes blancos (aventuras) Aimard.
186 Trágica aventura de baile de máscaras (folletinesca) A. Houssaye.
187 El espejo cóncavo (cuentos) J. M. Braña.
188 Anuchka, la joven rebelde (rom.) Turgueniev.
189 Los hijos (romántica) M. Olmedilla.
190 Los amores de una envenenadora (folletinesca) E. Gaboriau.
191 La vuelta de la locura (cuentos) De la Cuadra
192 La maja y el torero (romántica) T. Gautier.
193 El conquistador de los Trópicos (hum.) Pajares
194 La Sonata a Kreutzer (satírica) Tolstoi.
195 Don Opando o Unas elecciones (cos.) Estébanez
196 El secreto de miss Clara (pol.) W. Collins.
197 Varenka Olesova (Un amor trágico) (romántica), M. Gorki.
198 El Monte del Diablo (misteriosa) Bret-Harte.
199 Sin novedad en el frente (de guerra) Remarque
200 Liliana (A través de las estepas) (romántica) Sienkiewicz.
201 La mujer de otro (satírica) Dostoievski.
202 El archidiablo Belfegor (hum.) Maquiavelo.
203 La Torre de los Siete Jorobados (pol.) Carrère.
204 Doble error (romántica) P. Merimée.
205 Las mujeres todavía (hum.) Alfonso Karr.
206 Los siete ahorcados (dramática) L. Andreiev.
207 Los endemoniados de Jaca (mis.) C. de Burgos
208 La perla negra (policíaca) V. Sardou.
209 El idilio de un ermitaño (rom.) Palacio Valdés.
210 La aventura del teniente Yergunof (aventuras) Turgueniev.
211 La herencia del tío (humorística) M. Twain.
212 Oliverio Twist (folletinesca) C. Dickens.
213 El rey de los ratones (fantástica) Hoffmann.
214 Voz de ultratumba (folletinesca) Tolstoi.
215 La Atlántida (aventuras) P. Benoit.
216 El casamiento engañoso (ejemplar) Cervantes
217 Los veteranos del Imperio (rom.) E.-Chatrian.
218 El Club de los Suicidas (policíaca) Stevenson.
219 Cárcel de Seda (romántica) F. Camba.
220 La venganza del muerto (foll.) A. Houssaye.
221 El marqués de Villemer (románt.) Jorge Sand.
222 Los bandoleros de Nueva España (aventuras) Mayne Reid.
223 El brazalete de rubíes (romántica) A. Kuprin.
224 La marquesa de O (folletinesca) E. Kleist.
225 Relato inmoral (humorística) W. F.-Flórez.
226 "Jettatura" (El mal de ojo (mis.) T. Gautier.
227 Macbeth (dramática) Shakespeare.
228 Los caballeros las prefieren rubias (humorística) Anita Loos.
229 Intrigas diplomáticas (policíaca) Berndorff.
230 Los mejores cuentos (picaresca) Boccaccio.
231 Manicomio (misteriosa) A. H.-Catá.
232 Deuda aplazada (policíaca) C. S. Forester.
233 La casita solitaria (romántica) A. S. Puchkin.
234 La reina sin nombre (histór.) Hartzenbusch.
235 Un drama de amor (romántica) A. Dumas.
236 El muerto y su adulterio (hu.) Antonio Robles.
237 La cortina escarlata (folletines.) D'Aurevilly.
238 La novela de un camarero (sat.) I. Chmelof.
239 Brujas, la Muerta (romántica) G. Rodenbach.
240 Simón Verde (romántica) F. Caballero.
241 La venus mecánica (costumbr.) J. Díaz Fdez.
242 La voz del muerto (policíaca) Edgar Poe.
243 Buscar tres pies al gato (hum.) A. Karr.
244 Un nihilista (romántica) Turgueniev.
245 Memorias de un suicida (hum.) J. Belda.
246 El jefe indio (aventuras) F. Cooper.
247 Cartas de Fadrique Mendes (sa.) E. de Queiroz.
248 El pescador y su alma (mist.) Oscar Wilde.
249 La viuda (folletinesca) O. Feuillet.
250 Cuatro de Infantería (de guerra) Johannsen.
251 Una historia vulgar (satírica) I. Goutcharof.
252 El fantasma gris (romántica) Bret-Harte.
253 El abuelo Lebigre (satírica) E. Chatrian.
254 Historias de aparecidos (fantástica) W. Irving.
255 El seductor (romántica) Zamacois.
256 Los buscadores de oro (aventuras) G. Aimard.
257 Las cuatro hermanas (folletinesca) F. Soulié.
258 Sonata de Otoño (romántica) Valle-Inclán.
259 Asesinada en la jaula de oro (pol.) S. Spewack.
260 La venganza de una hija (foll.) P. Feval.
261 El salvaje (poética) S. Rueda.
262 Genio y Figura (satírica) Juan Valera.
263 La señorita Lucifer (foll.) X. de Montepin.
264 Un idilio campestre (romántica) B. Auerbach.
265 El prisionero de Zenda (aventuras) A. Hope.
266 Confusión (misteriosa) Hugo Conway.
267 La protección de un sastre (rom.) M. Santos A.
268 Un almuerzo en Sousceyrac (pol.) P. Benoit.
269 La charca del diablo (folletinesca) Jorge Sand.
270 La sirena negra (fantástica) E. P. Bazán.
271 La muerta viva (folletinesca) W. Collins.
272 La novela de un capuchino (rom.) E. Murger.
273 Los seis perseguidos por el muerto (policíaca) C. Raymond.
274 Los cazadores de fieras (avent.) Mayne Reid.
275 Cara de Plata (satírica) Valle-Inclán.
276 ¿Dónde está mi marido? (hum.) P. de Kock.
277 El secreto de lady Alicia (foll.) I. Braddon.
278 El león enamorado (romántica) F. Soulié.
279 El vagabundo filósofo (satírica) M. Gorki.
281 El príncipe de los ladrones (pol.) Hornung
282 Vocación (romántica) Acremant.
283 La calavera de Atahualpa (hum.) Carrére.
284 El profesor Judassohn (folletinesca) Assolant.
285 Los millonarios (satírica) Artzibachev.
286 Sancho Gil (fantástica) Núñez de Arce.
287 En busca de minas de oro (avent.) Conscience.
288 La danzarina de Shamakha (rom.) Gobineau.
289 El billete falsificado (satírica) Tolstoi.
290 El triste amor de Mauricio (rom.) M. Muñoz.
291 El grillo del hogar (humorística) Dickens.
292 El espía de las rocas negras (aven.) F. Cooper.
293 Una pica en Flandes (hist.) Diego San José.
294 Marysia o Las amarguras de la emigración (romántica) Sienkiewicz.
295 La herencia de un cómico (foll.) P. du Terrail
296 Caín. Aventuras de los mares exóticos (aventuras) L. Poirier.
297 El misterio del Kursaal (policíaca) J. Francés.
299 La reina Topacio (histórica) A. Dumas.
300 Ciudad romántica (romántica) M. Cestero.
301 El dux y la dogaresa (fantástica) Hoffmann.
302 El diablo blanco (aventuras) Oteyza.
303 Los monederos falsos (policíaca) W. Collins.
304 El secreto de Javotte (romántica) A. Musset.
305 Un crimen misterioso (foll.) P. du Terrail.
306 El que roba a un ladrón... (polic.) E. Wallace.
307 Los amores de una reina (romántica) A. Hope.
308 Fantasmas (humorística) W. F.-Flórez.
309 Los Hijos de Midas (policíaca) J. London.
310 La vida es sueño (dramática) C. de la Barca.
311 El afinador ciego (romántica) M. Prévost.
312 Miopita (folletinesca) A. Zozaya.
313 Adán y Eva en el Paraíso (humorística) Eça de Queiroz.
314 El rico y el pobre (folletinesca) E. Souvestre.
315 Oros son triunfos (románt.) J. María Pereda.
316 El tesoro del pirata (aventuras) Quiller Couch.
317 El plan de la condesa (romántica) M. Maryan.
318 El carbonero alcalde (histór.) P. A. Alarcón.
319 El suplicio de María Antonieta (folletinesca) Alejandro Dumas.
320 Ulises o Los siete menús (polic.) Frank Heller.
321 Historia de una curruca (rom.) Juan Verga.
322 La resaca (aventuras) Stevenson.
323 Stepane el nihilista (folletinesca) A. Chejov.
324 El señor Dupont, chofer (hu.) E. Kistemaekers.
325 El negro que tenía el alma blanca (folletinesca) A. Insúa.
326 La voz de las campanas (románt.) C. Dickens.
327 La Agencia Barnett y Compañía (policíaca) M. Leblanc.
328 El teniente Conrado (romántica) C. Spitteler.
329 El ingenuo (satírica) Voltaire.
330 Bola de sebo (picaresca) G. de Maupassant.
331 Los majos de Cádiz (histór.) A. Palacio Valdés.
332 El comisario Maigret (policíaca) G. Simenon.
333 El tren expreso (poética) R. Campoamor.
334 Jacobo el espía (aventuras) M. Gorki.
335 El entremetido y la dueña y el soplón (satírica) F. de Quevedo.
336 El oro (aventuras) B. Cendrars.
337 La Condesa Diana (folletinesca) P. Merimée.
338 Viaje sentimental (humorística) L. Sterne.
339 Un toro "de cabeza" en Alcorcón (cos.) E. Noel.
340 Las ruinas de Palmira (histórica) L. Volney.
341 Soñadores (romántica) Knut Hamsun.
342 La máscara heroica (folletinesca) B.-Fombona.
343 La cazadora salvaje (aventuras) Mayne Reid.
344 Amores de juventud (romántica) Ivan Bunin.
345 La cofradía de la pirueta (hum.) E. Carrére.
346 Marion de las Nieves (aventuras) J. Martet.
347 Fuenteovejuna (dramática) Lope de Vega.
348 Judas Iscariote (histórica) Andreiev.
349 Pasarse de listo (folletinesca) Valera.
350 La Virgen de los Ventisqueros (fantástica) Juan Christian Andersen.
351 El becerro de oro (folletinesca) A. Kuprin.
352 El valle inhumano (aventuras) Andre Armandy
353 Cuentos de Marineda (foll.) E. Pardo Bazán.
354 Viaje alrededor de mi cuarto (humorística) Javier de Maistre.
355 El millón desaparecido (polic.) Edgar Wallace.
356 Genoveva (romántica) Alfonso Karr.
357 Sonata de invierno (sat.) R. del Valle-Inclán.
358 El cazador de leones (aventur.) Julio Gerard.
359 Los hermanos gemelos (foll.) Edmundo About.
360 El misterio de la casa desierta (fantástica) Amadeo Hoffmann.
361 Ha muerto una cortesana... (rom.) M. Dekobra.
362 El Madrid de los abuelos (leys.) P. de Répide.
363 El aprendiz de zapatero (fan.) León Tolstoi.
364 La dama del mar (hum.) H. G. Wells.
365 Romeo y Julieta (romántica) M. Bandello.
366 Las dos doncellas (ejemplar) M. de Cervantes.
367 El Caballero de la Taberna (aven.) R. Sabatini.
368 La infidelidad de Lucía (humorística) Max y Alex Fischer.
369 Federico y Bernardina (Un amor desgraciado) (romántica) Alfredo de Musset.
370 Confesiones de "un niño decente" (costumbres) Eduardo Zamacois.
371 Dos corazones desgraciados (rom.) M. Serao.
372 Escenas del mundo criminal ruso (policíaca) General A. de Kochko.
373 El martirio de una madre (foll.) C. Merouvel.
374 La rosa amarilla (costumbres) M. Jokai.
375 La venganza del amor (rom.) O. Feuillet.
376 El malvado Carabel (humor.) W. F.-Flórez.
377 Confesiones (biográfica) P. Verlaine.
378 El Gusano de luz (folletinesca) S. Rueda.
379 El Halcón del Desierto (aven.) Ossendowski.
380 Sonata de Estío (romántica) Valle-Inclán.
381 Eva (Amor de artista) (romántica) J. Verga.
382 La enamorada hipócrita (foll.) V. Cherbuliez.
383 Una noche en Florencia (histórica) A. Dumas.
384 La fe salva (leyendas) G. A. Bécquer.
385 La fuerza del amor (romántica) H. Greville.
386 Vida por vida (folletinesca) C. M. Braeme.
387 La vida extravagante de Baltasar (policíaca) M. Leblanc.
388 El caballero del hongo gris (hm.) G. de la Serna
389 El pájaro de fuego (fant.) B. Nemcova.
390 La hija del almirante (foll.) E. Souvestre.
391 David Golder (aventuras) I. Nemirovsky.
392 Un hombre que desea casarse (humorística) P. de Kock.
393 Florián y Crescencia (rom.) B. Auerbach.
394 El mal menor (folletinesca) A. M. Olmedilla.
395 Oro, sangre y azar (policíaca) D. Ahearn.
396 Hermann y Dorotea (rom.) J. W. Goethe.
397 En el país del Bluff (Veinte días en Nueva York) (aven.) J. Belda.

Podrán formarse interesantes y extensos volúmenes de 26 obras completas adquiriendo nuestras tapas especiales, que se venden al precio de 1,50 PESETAS. Nuestra Administración se encarga de su envío, así como de los números sueltos que se deseen, sin aumento de precio. Unicamente cargará 55 céntimos por gastos de reembolso, cuando no se incluya el importe del pedido o éste no alcance la suma de DIEZ PESETAS. Diríjanse los pedidos a LARRA, 6. Apartado 4.003, MADRID.

DIANA, Artes Gráficas.—Larra, 6.—Madrid.